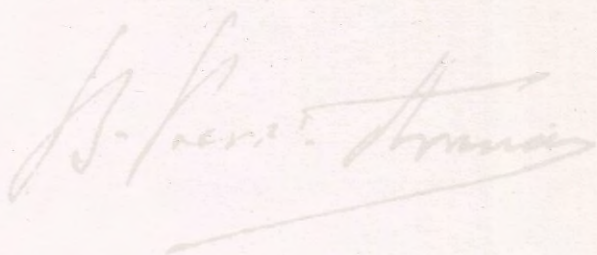


Benito Pérez Armas

La vida, juego de naipes



BIBLIOTECA BASICA CANARIA

15

LA VIDA, JUEGO DE NAIPES

Edición de Pablo Quintana



Biblioteca Básica Canaria

Director

Juan-Manuel García Ramos

Consejo asesor

María Rosa Alonso

Juan Jesús Armas Marcelo

Joaquín Artiles

Luis León Barreto

Sebastián de la Nuez

Pablo Quintana

Jorge Rodríguez Padrón

Lázaro Santana

Maximiano Trapero

Comisión técnica

Coordinación:

Maximiano Trapero

Corrección:

Juan Antonio Martínez de la Fe

Diseño:

Juan Francisco Álamo

Producción:

Carlos Gaviño de Franchy

Secretaría:

Bernardo Chevilly

Mireya Jiménez Jaén

Benito Pérez Armas

LA VIDA,
JUEGO DE NAIPES

Islas Canarias
1990

- © Para la introducción **Pablo Quintana**
- © Para el texto **Benito Pérez Armas**
- ©  Viceconsejería de Cultura y Deportes.
Gobierno de Canarias

ISBN: 84-87137-91-1

Depósito Legal: M. 47.100-1990

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCIÓN: BENITO PÉREZ ARMAS: DEL AMASIKISMO AL REALISMO	9
1. ¿Cómo rehacer la memoria de una nación des- memoriada?	9
2. Modernismo y regionalismo (o nacionalismo) cultural	10
3. Encantos y desencantos de la narrativa ama- sikista	12
4. El retorno al realismo liberal	17
5. Esta edición se hace 65 años después de la primera	21
LA VIDA, JUEGO DE NAIPES	23

INTRODUCCIÓN

BENITO PÉREZ ARMAS: DEL AMASIKISMO AL REALISMO

1. ¿Cómo rehacer la memoria de una tierra o nación desmemoriada?

Ante las galdosianas *Memorias de un desmemoriado* hemos decidido alguna vez que lo más legible de esa obra es el título. El desconocimiento de la figura y de la obra de Benito Pérez Armas puede ser otro síntoma de nuestro desmemorie. Fue, junto con otros, el que aporta la modulación tinerfeña al modernismo canario. Nació en Yaiza, Lanzarote, el 30 de marzo de 1871, pero vive en Tenerife hasta su muerte en Santa Cruz, el 25 de enero de 1937. Con el recurso de cierto caciquismo «bueno y liberal» (Guimerá Peraza), mantuvo una hegemonía calificada así por Domingo Cabrera Cruz, el más memorioso de sus *coroneles*:

Actuaba siempre con guante blanco y con mano izquierda. Con estos nobles procedimientos ejerció durante muchos años la hegemonía política y administrativa de la provincia, sin que nadie pudiera culparle de un grave quebranto en su moral o en sus intereses.

Luis Rodríguez Figueroa fue quizá más lúcido cuando recuerda que la temprana oratoria anticaciquil de Pérez

Armas no le impidió participar más tarde en el reparto de *cacicatos*.

Su generación fue importante, pero no supo encontrar el modo de transmitir su memoria. Sin memoria no hay imagen y sin imagen no hay existencia acumulada o reconocible y comunicable de una persona o de una generación o de un pueblo.

La obra que se inicia con *Agua firme* en la revista *El Cuento Regional* (1909) y se completa en 1925 con la publicación en ese mismo año del cuento *Las lágrimas de Cumella*, y de las novelas *Rosalba* y *La vida, juego de naipes*, hacen de Benito Pérez Armas el cultivador más notable o legible de la novela realista en todo el occidente canario. Antes tuvo otra etapa no menos clave, calificada aquí de maguismo o amasikismo, y que (como su generación) sólo podemos ver y apalabrar bien si la situamos en los primeros decenios modernistas de la narrativa canaria.

2. Modernismo y regionalismo (o nacionalismo) cultural

Lo que distingue a los narradores y a otros escritores modernistas de los que vienen ocupando los mass media desde el decenio 1970 es que aquéllos no sólo tenían conciencia crítica de la personalidad cultural de nuestro pueblo, sino que se esforzaron por construir esa personalidad cultural con su palabra hablada, literaria y política. No es fácil resumir la cultura política durante los decenios 1870 a 1930. Pero la personalidad cultural incluye el regionalismo o nacionalismo cultural, con las variaciones de ese tema entre los hijos putativos del siempre silenciado Secundino Delgado.

No puede haber una historiografía o memoria escrita acumulada y normalizada sin un yo de la tierra que sujete

o conjugue la palabra crítica e historiográfica de esta tierra; no puede haber una crítica libre y acumulada sin un yo colectivo o nacional que piense y apalabre su propia vida como pueblo y la vida y la biografía de otros pueblos afines o diferenciables. Culturalmente, la imagen del nacionalismo es sólo la imagen normal y común de un yo colectivo y tan necesario como el pronombre personal para hacer una conjugación propia de nuestra crítica, de nuestra historiografía y de nuestra historia como canarios de nación en todas sus líneas, desde el pasado precolonial hasta el presente que mira al porvenir.

Después de este rodeo podemos atalayar dos vistas completamentarias: frente al miedo canario a la palabra nacionalismo, la necesidad imprescindible de esa palabra, como imagen de un sujeto o yo de una nación o de una tierra con todos sus supuestos y consecuencias, en el idioma hablado y escrito de la crítica, de la historiografía y de la historia.

Sin más rodeos: los decenios 1870 a 1930 de la historia cultural de los canarios sólo podemos verlos y apalabrarlos bien situándolos dentro de las coordenadas del modernismo y del nacionalismo; y esto es así al margen de que tengamos en cuenta explícitamente el independentismo americanista que Secundino Delgado inicia en el decenio 1890 y se continúa en el independentismo africanista del Partido Nacionalista Canario, que aparece en Cuba en 1924, justo un año antes de la eclosión novelística de Pérez Armas y de que empiecen a florecer otros capullos culturales no muy bien envueltos después con el mapa guerrero y gallogermánico, galicista de nombre y germanófilo de espíritu, de la llamada *vanguardia*. Los anglófonos han evitado la frivolidad feroz y antiestética de envolver la crítica y la historiografía de la cultura que sigue a la experiencia de la primera gran guerra con esa palabra de pólvora jedionda como diría Robert Graves. Esa *vanguardia*, mitificada después, fue académicamente españolista y desmemoriada del

modernismo y nacionalismo anterior, cuando no enfáticamente antinacionalista. Pero tanto en su realismo como en su amasikismo novelístico, Benito Pérez Armas puede ser considerado hoy, dentro de su generación, como uno de los puntos importantes en la línea del nacionalismo cultural o literario de los canarios.

3. Encantos y desencantos de la narrativa amasikista

El amasikismo canario o atención a la herencia demográfica y cultural de nuestros ancestros amasikes, desde los orígenes hasta hoy, ha resultado menos significativo que la atención a sus orígenes y continuidad en los pueblos europeos; entre otras cosas, porque ese amasikismo no ha contado con la normalización historiográfica que sí ha tenido el goticismo o germanismo europeo desde la época romántica. Esa atención a los ancestros canarios, rastreable a lo largo de la Literatura Canaria oral y escrita, se modula de un modo tan explícito en Pérez Armas y sus compañeros de generación que puede verse como una de las líneas claves del nacionalismo aportado por los tinerfeños al modernismo canario. Aunque en lengua canaria, *guanche* o *wanche* quiere decir el de Achinech o Tenerife, esto es, tinerfeño, y aunque Pérez Armas y los de su generación son gente más regionalista que insularista, se ha apuntado para apalabrar esa atención a nuestros ancestros el término *guanchismo*, usado con un retintín de desdén antinacionalista que es otra de las razones para evitarlo en la crítica y en la historiografía. Y aunque en Canarias no hay, ni debe haber, indígenas, del mismo modo que no los hay en Europa, un aficionadismo sin crítica ha dado curso al *indigenismo*, término con olores racistas y que es también inadecuado e evitable historiográficamente. En la medida en que los canarios antiguos eran lingüística y étnicamente amasikes, opinión que han acabado compartiendo los distintos enfoques científicos, y en la medida en que los amasikes prefieren llamarse *amasikes* y no con el nombre ex-

tranjero y brutal de *bereberes* o bárbaros, podemos seguir llamando *amasikismo* a esta asunción canarista o nacionalista que tiene como propio el matiz de su antigüedad. En Pérez Armas ese *amasikismo* está unido a los magos que protagonizan la narrativa de su primera época. Este *maguismo* no fue sólo una asunción literaria del folklore imaginativo e idiomático de nuestros campesinos o magos; fue una asunción de los magos como continuadores de la demografía y de la cultura de nuestros ancestros. Siguiendo a los antropólogos canarios Gregorio Chil y Juan Bethencourt, a éste sobre todo, Pérez Armas y otros tinerfeños pensaron construir la personalidad cultural de nuestro pueblo con un patrón *amasikista*.

Las buenas relaciones entre Pérez Armas y Juan Bethencourt pueden verse en *La vida, juego de naipes*, donde el último aparece como un personaje amigo del protagonista. Leoncio Rodríguez, uno de los más claros cronistas de la época, lo recuerda así:

El distinguido doctor Bethencourt y Alfonso, uno de los que más de cerca han estudiado el hogar campesino, ha demostrado en sus interesantes estudios etnográficos que el fondo de nuestra población es indígena.

Leoncio Rodríguez, amigo de Pérez Armas, recuerda el liderazgo de éste entre los seguidores de la corriente *amasikista*:

En aquella época la mayoría de los escritores y poetas, con Pérez Armas a la cabeza, sentíamos verdadera debilidad por el *tamarco* indígena; considerándonos poco menos que como descendientes directos del rey Benchomo, como dicen ahora los luchadores con más propiedad lingüística sin duda.

En *La Tierra y el Poeta* (1900), del mismo año, aunque más tardío y con un lenguaje distinto del usado en otros cuentos, la tierra canaria le habla en sueños al poeta y divide su historia en tres tiempos: el primero es el tiempo de la libertad. «El segundo período comienza con la conquista... Es lo que pudiera llamarse época del sufrimiento». En la tercera época, la actual, puede observarse este significativo eclecticismo:

Los descendientes de la hidalguía guanche, sin faltar a sus deberes nacionales, ni quebrantar su fe de españoles, van teniendo conciencia de su gran valor, mostrándose confiados del porvenir, y sintiéndose orgullosos ¡sí! que el orgullo santo es la voz del decoro y escudo de los pueblos.

Esto se podía publicar en los periódicos canarios del año 1900, poco después de la decisiva derrota del imperio o colonialismo español en 1898. El periodista Leoncio Rodríguez recordará en su libro *Tenerife* (1916) que en esa época fue explícita la asunción de una personalidad geohistórica en la que se reconoce la supervivencia canaria de un «espíritu africano». La presencia de ese espíritu es clara en *La Baja del Secreto* (1900), donde se cuenta, apoyándose en una tradición hablada o cantada que es una prueba de continuidad demográfica y cultural, la rebelión de los gomeros contra la tiranía del llamado conde de la isla. Otros cuentos de esos años no superan un maguismo o folklorismo cómico que evidencia las limitaciones de ese confuso patrón amasikista.

La novela corta *De padres a hijos* ganó el primer premio en los juegos florales celebrados el 15 de junio de 1901 en La Orotava. Como *El cacique* de Luis Rodríguez Figueroa, ambas del mismo año, presenta el enfrentamiento del joven protagonista contra el cacique brutal. En *El cacique*, el protagonista acaba en la cárcel. En *De Padres a hijos*, el protagonista tiene que expatriarse hacia América,

abandonando a su mujer y a su hija; y cuando regresa, siente tal hostilidad en la vida de su pueblo que tiene que volver a huir lejos. Las dos novelas afirman la continuidad demográfica y cultural de los amasikes canarios; pero en las dos triunfa un confuso patrón de exterminio. *De padres a hijos* quiere dar una imagen viva de la tradición en un ámbito salvaje.

Los habitantes de La Punta del Hidalgo llevan aún en sus venas sangre guanchesca, sangre de los primitivos pobladores canarios, que gozaban de una independencia selvática, adorando a su terruño, fuera del que no comprendían la vida, y persuadidos de que la libertad es el mayor de los bienes humanos.

Líneas de esa continuidad son la lucha canaria, la lúdica lucha del palo o el baile cantado del tajaraste:

Cuando una de las bandas dejó oír las notas de la música más guanchesca que se conserva en las islas, la plaza ofrecía el aspecto de un enorme manicomio. El sonido de la copla primitiva, única en su género, de ritmos salvajes y naturalismo candoroso, se oía como la respiración entrecortada de monstruos jadeantes. Miles de personas daban saltos a compás y la algazara era indescriptible. ¡Atavismo, puro atavismo de un pueblo sano que lleva en sus venas sangre de los primitivos guanches!

Pero entre el yo de esos magos o amasikes supervivientes y el yo del narrador hay desigualdades que impiden comparar ese atávico y anecdótico espectáculo. El ayuyú panamasik,

el grito salvaje, mezcla de relincho y de carcajada, con que los guanches, los bravos y primitivos pobladores de Canarias, exteriorizaban sus grandes ale-

grías, resonó en los aires como la voz de un clarín formidable.

En diciembre de 1901, Luis Rodríguez Figueroa empezó a publicar unos «capítulos de historia» con el título de *Crítica y comentarios de la dominación española en Canarias*. Encabeza la serie una efusiva dedicatoria a Juan Bethencourt, «que estudia y venera la peculiar fisonomía del pueblo guanche». Entonces Figueroa no conocía personalmente a Juan Bethencourt, pero sabe «por Benito Pérez Armas los grandes apasionamientos de usted por el abolengo nativo». Lo que le interesa a Figueroa es «reivindicar la fisonomía peculiar del pueblo canario, su constitución moral y fisiológica distinta, divergente, casi en totalidad, del pueblo conquistador». Se apoya en la asunción de la herencia amasika, afirmada por Chil y Bethencourt, para construir el patrón de la personalidad o yo histórico del pueblo canario. Así, la verdadera literatura o novela regional, como se decía entonces, o nacional, como diríamos hoy, sería la que fijara el horizonte de asunciones de ese supuesto yo histórico; o dicho con sus palabras preferidas: «la que refleje el alma del país». Por esto afirmará Figueroa, en febrero de 1901 y dentro del mismo patrón amasikista, que Luis y Agustín Millares Cubas no sólo «no son tan regionales como se cree» sino que «no son regionales». Para él, entonces, los únicos narradores que «condensan» el alma del país, «con algún acierto, son Miguel Sarmiento y Pérez Armas». Del primero se hizo enseguida famoso el cuento titulado *Pino*, aunque su claro estilo atraía la atención hacia todas sus páginas. Del segundo sólo se conocían los citados dos cuentos amasikistas, entre algunos otros de un folklorismo no falto de interés, como se ve en *¡Que te pierdes, Pedro!* (1900). Su infancia aparece en sus cuentos lanzaroteños, que tienen un tono más patético. Sólo el regionalismo o nacionalismo literario, asumido como patrón amasikista, nos permite entender que al salir *De padres a hijos*, a fines de 1901, alguien vea en Pérez Armas al «creador de la novela regional».

4. El retorno al realismo liberal

Ese patrón amasikista no murió, no ha muerto todavía; pero la condena a prisión, sin juicio, que cae sobre Secundino una madrugada de marzo de 1902, hace que el regionalismo y el amasikismo sean vistos como antiespañoles o separatistas por una metrópoli hipocondríaca. El habla criolla prefiere emigrar hacia otras modulaciones menos arriesgadas del sietelingüismo. Ya dentro de su corriente realista, en *Agua firme* (1909), Pérez Armas nos presenta a un aristócrata mestizo, que trae del extranjero un patrón de modernidad. «Alvaro no confía mucho en el poder de las exhumaciones históricas para alcanzar la reforma del presente»; y, aunque algunos «paquidermos» de la oposición lo vean como un atentado contra España (son sus palabras), el «regionalismo» es para el protagonista el único modo de recuperar la perdida grandeza de España. Sobrevive la asunción regionalista; pero el lenguaje es completamente distinto. Aunque se acuerde de «las edades geórgicas» y de «cuando Tenerife tuvo el esplendor de las selvas africanas», estos recuerdos de la historia antigua o del paisaje son desde ahora un telón de fondo mantenido y sentimental que admite cualquier eclecticismo.

La pasión, la tenacidad, el impulso luchador, en sus complejas expresiones, fue la característica de aquella familia insular. Sangre de menceyes de la raza aborigen, se fusionó a la esclarecida de uno de los aventureros asturianos que acompañaran al adelantado Fernández de Lugo. De ahí arranca el árbol de los Cuevas-Medrandá que, un siglo más tarde, en aguas del Atlántico, del Pacífico, del Golfo de México, produce el oro de sus heráldicas manzanas. Médula de guerreros, alma de corsarios, voluntad de dominadores, hiciéronse a los mares en busca de riquezas.

El maguismo y el amasikismo han dejado paso a ese confuso mestizaje ecléctico que sueña con el patrón de

los dominadores. No es extraño que *Las lágrimas de Cume-lla* sea la crónica autocomplaciente de un cacique que es también «virrey ultramarino»; es la breve biografía novelada de un cacique real, el catalán Juan Cumella, considerado por Pérez Armas como «un hombre superior», de un modo inquietantemente explícito pero clave para entender al autor de *La vida, juego de naipes*. Esta novela es, junto con *Rosalba*, la más notable de su segunda época. En *Rosalba*, que lleva el subtítulo de *novela canaria*, el señorito Fernando, sobrino de la moribunda marquesa de Mira-Costa y heredero del marquesado, no es un emprendedor ni un político ambicioso, como el protagonista de *Agua firme*, sino un vividor que, después de conocer a las mujeres europeas, prefiere casarse con una del país, sin importarle que tenga el «alma plebeya», y desoyendo «la voz de la sangre».

Para José Arozena *La vida, juego de naipes* es «la cumbre del realismo canario», dentro de la obra de Pérez Armas y dentro del decenio 1920: antes, y a partir de Galdós, hubo otras cumbres. Aunque situada en 1908, esta novela (y *Rosalba*) es de 1925. En Las Palmas, Domingo Doreste hace esta síntesis favorable:

La vida, juego de naipes, es un ejemplo de honradez narrativa. José Antonio, que es el que narra, está en el Hotel Taoro, de La Orotava, para convalecer de una enfermedad, a la sazón en que llega también don Alonso Contreras, viejo y bastante enfermo, acompañado de su hija única, la lindísima y un tanto enigmática María Leticia. Don Alonso, natural de Tenerife, mató a un hombre en defensa propia, allá en sus mocedades, y hubo de huir a América, donde pasó su vida; una vida de aventuras sin cuento, de correrías novelescas, de sorprendentes ocurrencias. Es el héroe de la epopeya isleña en América. Cansado, viejo, rico y averiado del corazón, vuelve al país natal.

La verdad es que el viejo protagonista, que tiene un nombre sin cadencias canarias, es un «isleño enriquecido en América, que estaba aquí de paso para Europa». La enfermedad lo detuvo para que pudiera contar su historia y para que el joven protagonista pudiera hacer el amor con su hija en la cima del Teide: «¡Aquí todo es santo...! ¡Dame un beso!». El toque erótico aparece en esta novela y en *Rosalba*. El título intenta resumir la ética de ese protagonista que se fue «endureciendo, templando, para adquirir todo el valor que necesitan los espíritus destinados a luchar con la Adversidad».

Para salvar mi vida tuve que concluir con la de otro, y me expatrié, hice la única jugada posible... De sencillo labrador, medianamente acomodado, que hubiera sido, me transformé en aventurero errante, disperso por el mundo, a la voluntad de la mano del que maneja los naipes, decidido siempre a sacar el mayor rendimiento posible.

No es éste el indiano de la narrativa millariana o sarmientina. Así el liberalismo pragmático de Pérez Armas pudo pintar a un canario triunfador, cosa que no creía fácil o posible sin salir de la colonia, porque también el joven protagonista, después de su casorio con la hija del indiano, emigra a Buenos Aires.

Hablando desde las últimas novelas, editadas por él, escribe Leoncio Rodríguez:

Estas últimas producciones de Pérez Armas, escritas en el transcurso de pocos meses, señalan el período de su mayor lucidez de inspiración y lozanía de espíritu, aunque las primeras, sus cuentos y siluetas de gentes del mar y sus leyendas canarias, son, a nuestro juicio, las de más originalidad, las que acusan los rasgos más personales y autóctonos de su labor literaria.

Para María Rosa Alonso *De padres a hijos* es «tal vez su mejor novela». Domingo Cabrera Cruz saluda a *Rosalba* como la «iniciación de la novela canaria»; y señala, entre «los autores del resurgimiento tinerfeño», a Pérez Armas como «guía y maestro de nuestra generación»:

Con *La vida, juego de naipes* ya tenemos una novela regional. Hasta entonces, ensayos remotos, unos balbuceos que iniciaron el movimiento, unas páginas afortunadas en las descripciones del paisaje, algún intento de dar vida a caracteres insulares y un buen propósito que siempre quedó a medias, hasta que don Alonso Contreras... regresó al Valle de La Orotava, después de sus correrías por América.

Este es nuestro hombre. Su figura se irá desatacando de día en día, porque en él se condensan los sentimientos de nuestro pueblo.

Es el indiano emprendedor, codicioso de poseer la riqueza, la consideración social y el poder. El poder, sobre todo... Maestro de su propia juventud, se encara con el futuro, dispuesto a vencer. Vencer siempre y, para vencer, ni doblegarse ni enfrentarse con los fuertes, hacerse a un lado para luego incorporarse a la corriente victoriosa.

Nadie ha comprendido tan bien como Domingo Cabrera al autor de *Las lágrimas de Cumella* y de *La vida, juego de naipes*. Aunque esa comprensión no resulte ya compartible para muchos, sí es significativa del realismo liberal soñado por estas gentes coloniales durante el decenio 1920. El olvido de la anterior narrativa canaria se debe menos a las limitaciones insularistas que a las limitaciones historiográficas. No menos legibles que Benito Pérez Armas son Luis y Agustín Millares, Miguel Sarmiento y Alonso Quesada, entre otros; pero a estos canariones conviene añadir el nombre de otros tinerfeños igualmente olvidados,

como Miguel Maffiotte, Aurelio Pérez Zamora o el misterioso *Calícrates Temísdemos* del que una investigación de varios años ha logrado recuperar para el conocimiento común una temprana narrativa anarquista, no menos legible y olvidada que la todavía escandalosa *República bananera*, de Rafael Romero.

Gracias a Leoncio Rodríguez sabemos lo siguiente. Al final de su vida, Pérez Armas sueña sobre todo con los *Cuentos canarios*:

Según nos decía en sus confidencias amistosas, aspiraba a reunir y completar su colección de *Cuentos canarios*, para legárselos a sus hijos, como recuerdo de todas sus devociones por la tierra.

Por eso, aunque no sólo por eso, conviene conocer esos cuentos de su primera época amasikista y maguista para ver bien la transición hacia el realismo en su novela más importante.

5. Esta edición se hace 65 años después de la primera

Sigo la edición príncipe, como siempre. En *La vida, juego de naipes* esto es fácil; pero el lector de los *Cuentos canarios* no siempre sabe de dónde sacó Leoncio Rodríguez las ediciones de esa Biblioteca Canaria en las que escasea la fiabilidad filológica y que María Rosa Alonso, oralmente y con lúcido y amoroso humorismo, ha calificado de chaplinescas, porque don Leoncio cortaba los textos como Chaplin se cortaba las mangas sobrantes. Es preferible ir a las fuentes originales: las revistas tinerfeñas *Siglo XX* y *Gente nueva*. Después de publicarse en esta última, la misma edición de *La Baja del Secreto* aparece en forma de folleto el mismo año 1900.

Seríamos hipócritas (y muchos ya hemos empezado a serlo) si dijéramos que resulta increíble que sea ésta la primera edición que se hace, después de la príncipe, de

la novela más significativa del más importante autor realista de la banda occidental de Canarias. Se ha hablado y se ha escrito sobre su nombre, utilizado también para un temprano y generoso premio de novela; pero ésta es la primera vez que se reedita su obra, y esto quiere decir que sólo a partir de esta edición pueden empezar a leerla de modo normal los lectores comunes; y también más de uno de los lectores críticos. El desconocimiento y la inedición de Benito Pérez Armas se ha extendido a casi todos los legibles narradores canarios anteriores al decenio 1970.

La Literatura Canaria no será bien editada y leída mientras no se normalice su presencia en los programas de enseñanza desde las aulas universitarias hasta las más elementales. Mientras esto no suceda, la turbia sintaxis de la confusión típica de una cultura sin yo nacional seguirá sustituyendo a la más lúcida y moderna y mundial filología, que incluye el horizonte del Norte y el horizonte del Sur, y que puede hacernos iguales y libres de ese afrentoso analfabetismo funcional que crece en nuestra tierra como un manzanillo importado: no podemos seguir sometidos a su sombra venenosa.

También esta introducción conviene relacionarla con la hecha para Luis y Agustín Millares Cubas. Algunas imágenes se repiten; como decía aquel francés, exiliado en la misma Britania en que había vivido mucho antes nuestro Sotomayor: las repetiré hasta que todos ustedes las recuerden, mis queridos compatriotas.

PABLO QUINTANA

LA VIDA, JUEGO DE NAIPES

EXPLICACIÓN PRELIMINAR

La historia que publicamos a continuación fue escrita en mil novecientos ocho, por un camarada nuestro, hoy residente en Buenos Aires. Hemos vacilado mucho antes de darla a conocer, temerosos de revelar intimidades; pero al fin nos decidimos a hacerlo cambiando los nombres de los protagonistas, única variación que nos hemos permitido introducir en el original.

Estamos muy lejos de creer que con esta publicación se haga un gran servicio a las Letras, y más distantes aún de pensar que aumente con ello el caudaloso río de obras —sésudas y admonizantes— que aspiran a redimir a la Humanidad de errores y pecados. Nada de eso. Se trata de una vulgar narración, escrita sin pretensiones, al correr de la pluma, que mueve a curiosidad desde las primeras páginas, y en la que su autor procuró salvar del olvido sucesos y comentarios que personalmente le interesaban: de un puñado más de cuartillas, dadas al viento de la curiosidad, con el exclusivo objeto de que quien las recorra pueda distraer sus ocios.

Damos esta explicación para que nadie se llame a engaño, si sigue leyendo y no halla cosa que merezca atención, ni para el Arte, ni para la Filosofía, ni para cosa alguna trascendental.

Es ésta, exclusivamente, una obra de distracción, y si tal propósito fuese alcanzado, nos daríamos por muy satisfechos.

I

El doctor Bethencourt Alfonso es uno de los contados hombres ante quien yo me he rendido a discreción. Desde pequeño, siempre que aparecía en mi casa, con aquel su semblante de gravedad, suavizado por una sonrisa bondadosa, con las floridas barbas luengas, los ojos avizores tras los cristales de los espejuelos, le tributé reverente admiración. Era de la intimidad de mis padres, y en todo momento difícil, tuviera o no relación con la Medicina, el consejo de Juan —como ellos le llamaban— era norma a que indefectiblemente se atenían.

De aquella primera edad culminan dos hechos en mi memoria. Cierta día, después de formularme una serie de preguntas, hallándonos en el jardín, le dijo a mi padre:

—¡Promete mucho este chico! Preocúpate de su educación, pero antes que nada fortalécelo; llévale al campo temporadas para que se constituya, en la seguridad de que después adelantará rápidamente en sus estudios.

Tirándome de las orejas, añadió:

—¡Es muy listo este mocoso!

Aquellas frases fueron como luz de alborada en la ambigüedad de mi conciencia. Nadie me hizo bien parecido durante todo el resto de mi vida. ¡Yo era de los privilegiados!; ¡de los que podían llegar!... ¡El augurio lo había hecho el hombre que yo consideraba infalible!...

Otra vez, cuando concluí el bachillerato y estaba en vísperas de embarcarme para la Península, a emprender los estudios universitarios, me sacó de paseo, por las afueras de la ciudad. ¡Cuánto diera por reproducir fielmente aquella clara y profunda lección, en que el hombre abrió al niño sendas de luz, de experiencia, con el charlar ingenuo de un camarada, que, luego de cruzar mares, ríos y montañas, muestra las cicatrices que lleva en el cuerpo, sin humos de adoctrinador!...

Tengo con don Juan Bethencourt Alfonso una deuda que jamás será saldada.

Vine de Madrid doctorado y a los pocos meses enfermé de bastante gravedad. Puede decirse que don Juan no salió de mi habitación mientras estuve en peligro. Convalecía, cuando una mañana le dijo a mi madre:

—José Antonio debe pasar dos o tres meses en el Valle de La Orotava para reponer todas sus fuerzas. Es una necesidad... Allí tiene a su íntimo amigo Jorge Gámez y lo pasará distraído. Arregle usted, Isabel (refiriéndose a mi madre), las maletas, y mañana, en marcha. Yo le acompañaré para explicarle al compañero Pérez Ventoso lo que ha tenido y dejarle instalado en el hotel.

—¿Cuál? —le pregunté.

—El *Taoro*. Allí estarás cómodamente. Mañana, a las nueve, vengo por ti.

Era el año mil novecientos ocho. Hicimos el viaje en un *landeau* tirado por tres jamelgos que avanzaban Perezosamente, pero a mí se me hizo corto el tiempo oyendo el discurrir agudo de don Juan, acerca de cosas viejas, que exhumaba de modo maravilloso, remontándose a épocas anteriores y coetáneas a la conquista de las Islas.

Jorge Gámez nos esperaba en el *hall* del hotel, y vino a recibirnos, con alegre familiaridad, así que se detuvo el coche.

En las terrazas había grupos de extranjeros, sentados en sillones y canapés de junco de los que se fabrican en La Madera, tomando el sol en aquella tibia y luminosa mañana de febrero.

—¡Qué ojos tiene! —exclamó Jorge.

—¡Criollos, apasionados! —dije yo.

—Ese contraste de la piel nevada, los ojos negros y el pelo rubio es admirable.

—Jorgito, Jorgito! —expuso don Juan— que estás llamando la atención y el indiano te *perjudica*, como dicen por allá.

Se acercó un mozo, que no era el que nos servía, y dijo:

—Don Juan: el señor Contreras le manda estas copas de champán.

Traía tres y las llenó. Las alzamos, con la vista puesta en ellos y les dimos las gracias. Correspondieron, en igual forma, y la faz de María Leticia se iluminó en una sonrisa de congratulación.

Comenzó el desfile y nos fuimos al *hall*. Poco después llegaron ellos. Don Alonso se sentó con nosotros, y María Leticia, casi enfrente, junto a una inglesita, que después supe que era de Gales. Nos sirvieron el café.

Don Juan siguió locuaz, árbitro de la conversación, desarrollando temas que debieron ser de interés para el señor Contreras, a juzgar por la atención que les prestara. Medió poco en la conversación, y cuando lo hizo fue corroborando opiniones o esclareciéndolas con atinadas observaciones. Jorge, pendiente de María Leticia, fingió escuchar, pero todo su pensamiento fue para ella, a quien miraba a hurtadillas aprovechando todas las ocasiones. Yo, todavía débil, tenía el cerebro como evaporado, bajo el influjo de la digestión y la atmósfera del *hall*, donde se mezclaban humos de cigarros ingleses, habanos, egipcios, turcos, y no sé qué

clase de combustible infernal que ardía en la pipa de un sujeto que estaba contiguo a nosotros.

—Creo que debemos trasladarnos a los jardines —manifestó don Juan—. El día es espléndido y tú (refiriéndose a mí) has venido para tomar el sol y permanecer al aire todo el tiempo posible. Los agentes naturales, según ya te he dicho, son ahora el mejor reconstituyente.

—¿Convalece usted? —me preguntó don Alonso.

—Sí, señor. He salido de una grave enfermedad.

Don Juan habló de la naturaleza de mi padecimiento, y después dijo:

—Señor Contreras: dejo a este joven bajo su custodia... Vigílelo usted... Vale mucho, por su talento y su cultura, pero es un poco rebelde, indisciplinado...

—Como todos los que poseen ideas propias —manifestó el indiano—. Desde luego tengo mucho gusto en ponerme a sus órdenes.

—Muchas gracias. Quedo obligado a sus bondades —repuse.

Don Alonso se fue al *bureau* del hotel, a contestar unos telegramas, y María Leticia se nos incorporó, diciendo:

—¿Ya regresa usted, doctor?

—Todavía no. Vamos al jardín. ¿Se le ofrece a usted algo?

—Una consulta... Poca cosa, doctor.

—Estoy a sus órdenes; con mucho gusto.

María Leticia y don Juan se quedaron allí, y Jorge y yo salimos al gran patio central que estaba inundado de sol. Varias jóvenes extranjeras jugaban al *tennis*, en la alfombra de césped. Nos detuvimos a contemplarlas porque dos no eran feas y otra tenía un cuerpo escultural. Los bancos laterales estaban ocupados por papanatas que parecían en éxtasis dionisiaco.

—¡Las razas superiores! —dijo Jorge.

—¡Las que imponen la Ley! —expresé yo.

Seguimos hasta penetrar en los jardines, y allí nos sentamos en una glorieta, bajo el follaje de una mimosa, junto a un pequeño lago nutrido de la clara linfa de un surtidor.

—Pasarás aquí una buena temporada —dijo Jorge— y te repondrás rápidamente. Haremos excursiones a todos los sitios pintorescos del Valle. Verás qué hermosuras contiene. Deja por ahora los libros; nada de preocupaciones... Sol, aire libre, ejercicio... ¡Vida completamente animal! Eso es lo que te conviene.

—Tal me propongo. ¿Me acompañarás? ¿Tienes ahora muchas ocupaciones?

—Aburrirme... Dar algunas vueltas por las fincas... ¡figúrate! Aquí me tendrás todos los días. Mi casa, como sabes, está muy cerca.

—¿Y de amores? ¿Cómo va eso?...

—Terminado. Era imposible: pava, insustancial, no tiene más que la carita... ¡Corté de raíz, con gran estruendo en todo el Valle!

—No me llama la atención. Tú necesitas un harén o una mujer extraordinaria..., de esas que existen, que deben existir, pero que yo no he tropezado todavía.

—No las busques más que en los libros; yo, al menos, tampoco las he encontrado por ahí...

—Es cosa de suerte. Muchos hay felices.

—Algunos. La mayoría la constituyen resignados, hipócritas, o sencillamente bestias, que estando hartos ya son felices.

—¡Complicado clavicordio es el del Amor! ¡Tantas cuerdas, clavijas, registros... y así que falta algo, ya no hay armonía!

—De ahí los organillos. Lo que todos podemos tener. Le das un poco al *beo* y te quedas bailando bonitamente.

—¡Brutalmente!, dirás. Ése es el grosero mecanismo.

—¡Qué clavicordio!... Ahí viene con don Juan.

Era María Leticia, que avanzaba radiante y ligera, repartiendo saludos a los papanatas, junto a don Juan, que parecía muy ufano de su pareja.

Al llegar, dijo él con gesto desolado:

—¡El matrimonio y la vejez son dos abismos! De no ser por eso, yo juro aquí, ante estos dos amigos, que haría viaje a Europa con el señor Contreras.

Comprendimos la broma galante y prestamos asentimiento. Ella entonces expresó:

—Para viajar ni hace falta ser soltero, ni joven. Mire usted cuántos viejos están por ahí... Desde lejos han venido.

—El doctor —repuso Jorge— se refiere a viajes en ciertas condiciones: ¡a los que todos haríamos a no ser por temor a los naufragios, a los peligros!...

—¡Naufragios, peligros! —exclamó don Juan— ¡Cantinelas de cobardes! ¡Yo me siento Colón cuando estoy en presencia de mundos inexplorados!...

Entonces ella, con cierto dengue mimoso, manifestó:

—¡Este doctor!... Por algo dice mi padre que es un sabio bromista. Ustedes le conocen bien, ¿verdad?...

—Le admiramos —expresé yo.

—¡Qué suerte tiene este don Juan! —dijo Jorge, mirándola codicioso.

—Nada de suerte. Esta señorita hace días que está aquí nostálgica, triste —según acaba de confesarme— y ya la ven ustedes ahora alegre y complacida. ¡La he curado y me corresponde, como es natural!

—¿Se aburre usted? —le preguntó Jorge.

—Mucho. Esto es encantador, pero no hay distracciones, no sabe una cómo ocupar el tiempo. ¡Estas señoras y estos caballeros son tan raros!...

—Verdad. La colonia extranjera es este año una colección de estafermos. ¡Da grima!

En esto llegó don Alfonso fumándose su segundo habano después del *lunch*. Bethencourt Alfonso le hizo observaciones acerca de los perjuicios que el exceso de nicotina ocasionaba a sus padecimientos.

—Doctor —repuso festivo—: la Ciencia es una insoportable tiranía. ¡No deja vivir!... Me ha despojado de casi todos los encantos. Si suprimo éste, más vale anticipar el fin...

Poco después me dejaron solo. María Leticia y Jorge se fueron precipitadamente a favorecer a un chiquillo del jardinero, a quien una avispa había picado, y don Juan y el señor Contreras se sentaron a corta distancia, en otro banquillo frente por frente al que yo ocupaba.

Pude entonces contemplar al indiano. No me recordaba a ninguno de los que había conocido hasta aquel momento. Ni traje llamativo, ni cadena de oro, ni anillos, ni dijes, ni ademanes de improvisado. Todo en él era naturalidad, sencillez, compostura sin afectación y modestia, por más que alguna vez creí sorprender en sus pupilas resplandores de cóleras reprimidas. Su cuerpo daba aún idea de vigor, y los pómulos, la boca y la nariz, un tanto pronunciados, parecían denotar la presencia de una voluntad persistente y dominadora. Tenía hendida la frente por una cicatriz que le llegaba más abajo de la ceja del ojo izquierdo, en el que un punto blanco, una desgarradura de la córnea, titilaba.

Cuando don Juan se dio cuenta de que María Leticia y Jorge se habían ausentado, dijo:

—José Antonio, ven acá. ¡Siéntate aquí!

Así que llegué, continuó:

—Deseo que ustedes sean buenos camaradas, que fraternicen; estaba informando a don Alonso de lo mucho que tú vales, de la vieja amistad que nos une, y quiero ahora que sepas que este señor posee méritos extraordinarios —como apreciarás cuando le trates— de quien tienes mucho que aprender. Conoce la Vida como pocos y honra nuestra raza...

—¡Don Juan, detenga el potro —interrumpió el indiano— que me da vértigos esa velocidad!

Y volviéndose para mí, añadió:

—He luchado mucho con la Vida y nos conocemos, nada más. El doctor descubrió casualmente mis condecoraciones, y ha formado una opinión inmerecida, que cierto amigo oficioso y ponderativo corroboró. He ahí todo.

—¿Es usted militar? —le pregunté.

—No, señor; mis condecoraciones son de otra índole... Don Juan pudo verlas en el ejercicio de su profesión. Valen muy poco.

—Tú me conoces, José Antonio —habló don Juan—, y sabes que si digo una cosa es cierta. Repito que el señor Contreras es un hombre de grandes méritos, cuya vida te edificará, si es tan bondadoso que te la refiera.

—Séale o no útil, tendré mucho gusto, doctor; basta que usted lo quiera. Después de todo será un modo de pasar el tiempo.

—Muchas gracias —le dije—. Ya siento viva curiosidad.

Don Juan sacó el reloj, y poniéndose de pie, expuso:

—Se me hace tarde. Voy a escribir unas letras a Jorge Pérez para que sepa lo que has tenido y el régimen que sigues. Con su permiso, señor Contreras.

Apenas nos separamos le pregunté:

—¿Qué condecoraciones son ésas, don Juan?

—Verás. Es un cardíaco. Llegó muy mal y tuve que hacerle un reconocimiento. Al auscultarle me encontré con siete cicatrices, de otras tantas puñaladas, y riéndose me dijo que eran sus condecoraciones. No tuve tiempo de son-sacarle: lo único que sé es que nació aquí, emigró muy joven, recorrió media América, fue corsario y está cargado de millones.

—Me va interesando.

—La fauna de nuestros emigrantes es dilatadísima. Yo los he conocido de las más variadas condiciones. No tienes idea.

—¿Y la hija?

—Una muchacha encantadora. Tiene mucho del padre.

—Parece muy educada. ¡Qué tipo distinguido!

—La madre era inglesa. Murió hace dos años. Es hija única.

—Veremos si consigo que don Alonso me cuente sus aventuras. Parece un poco reservado.

—Tócale siempre el resorte de la vanidad, porque estos hombres que han triunfado, que se han impuesto, van por ahí por más que blasonen de modestia. Tiene escrito un diario de su vida. Dadas tus aficiones literarias puedes sacarle gran partido. Dedícate, pues, a él, y deja a Jorge con la hija.

Don Juan escribió la carta al doctor Pérez Ventoso y poco después le despedimos, rogándole que volviera otro día. Prometió hacerlo si sus obligaciones profesionales se lo consentían.

Era una de esas tardes de invierno, muy frecuentes en Canarias, en que únicamente por el calendario se sabe que no se está en primavera. Don Alonso alabó la benignidad de nuestro clima, y Jorge, queriendo permanecer cer-

ca de María Leticia, propuso que subiéramos a la azotea del hotel para recrearnos en el espectáculo del Valle. Accedieron.

Jorge llamó a un mozo y le dijo algo de que no pude enterarme.

Subimos. La luz crepuscular caía oblicuamente dardeando las quietas aguas del mar; nubecillas rastreras posaban sobre la Villa de La Orotava, que parecía esfumarse. Los Realejos, La Perdoma y otros pueblecitos lucían sus núcleos urbanos en el ágata verde de la campiña; la cordillera central, blanca a trechos, recordaba los paisajes suizos, y el Teide, alejado, dominador, mostraba en la cima el penacho rojo de una nube, a los últimos reflejos del sol que se ponía...

—Razón tuvo Humboldt en doblar la rodilla ante este maravilloso espectáculo —manifestó don Alonso—. Yo he visto paisajes magníficos, pero ninguno como éste, en que, en tan corto perímetro, puede admirarse el mar, una de las montañas más elevadas del Planeta, campos de insuperable fecundidad y el sol dominándolo todo.

Apareció el sirviente, a quien Jorge había dado órdenes, con una bandeja de copas titilantes y una botella de champán.

—Bebamos una copa —dijo mi amigo, mientras el mozo descorchaba la botella.

Yo vi entonces que la hija del indiano envió a Jorge, entre el resplandor de su sonrisa, una mirada de insinuación.

Nos trasladamos al muro del poniente. El mar, después de días de violencia, estaba aún agitado y la resaca cubría de espuma todo el litoral. El Puerto de la Cruz, con su caserío visto a ojo de pájaro, sus calles, sus plazas, sus azoteas y miradores —entre la pompa de los jardines y las huertas de plataneras— parecía un pueblecito costero fabricado de similor, una villa de fantasía, a la luz pálida

de la tarde. La impresión general era de dulzura, de sosiego, porque el sol se sumía en las esmeraldas de Anfítrite.

Bajamos. Jorge se fue a su casa a cambiar de traje. Comía conmigo. ¡Ah, la mirada de María Leticia!...

Por más que fuera la misma *menagerie*, era muy distinto al panorama que ofreciera por la noche el comedor. No había notas agudas y los fracs y *smokings* ensombrecían el cuadro. ¡Las razas superiores devoraban solemne y silenciosamente!

Una inglesita, algo espetada, de ojos de terciopelo azul, comía sola cerca de nosotros. Era agradable su conjunto, y decidí enfilarla, para lo que hice a un lado el búcaro de rosas que estaba sobre la mesa. Jorge se dedicó a María Leticia.

Terminó la comida y pasamos al *hall*, para esperar a nuestros amigos, que llegaron poco después.

—¡Diablos, María Leticia con mi inglesita! —me dije cuando las vi juntas—. ¡Son amigas!

Me la presentó, y me doblé por la cintura en una reverencia teutónica.

Hablaba francés y me puse frente por frente a ella para reanudar hostilidades... Pero fue inútil, porque don Alonso me llamó para presentarme a un periodista yanqui —redactor del *New York Herald* que había pescado una fiebre en las Indias— y a un naturalista inglés que regresaba del Teide entusiasmado con el descubrimiento de una especie vegetal que se consideraba extinguida en el mundo científico.

La conversación fue amena, especialmente cuando don Alonso, discutiendo con el yanqui, clamó contra la inmoderada sed de oro del pueblo norteamericano («aurea sacra fames», dijo el naturalista) y la falacia de sus postulados de Derecho Público, en todo lo que hiciera relación a los restantes pueblos del Nuevo Continente.

Pude darme cuenta de que don Alonso era hombre de bastante cultura, y de juicio ponderado, por más que a veces surgieran de las profundidades de su temperamento frases que parecían llamaradas.

Cuando nos despedimos de nuestros contertulios, exclamó:

—¡Teorías, doctrinas, principios!...; ¡de Jesucristo acá si se ha aprendido algo es en cabeza propia!... ¡Venirme a mí con relumbrones!... Créame usted: en cuanto tocan a los intereses, especialmente al oro, la sordidez es ahora la misma que antaño. Lo que ha variado es el modo de encubirla, nada más...: trátase de los del dolor, de los del superhombre o de los generosos civilizadores de la India...

A las once nos retiramos a nuestras habitaciones, y miss Maison —así se llamaba mi inglesita— me sonrió de un modo muy expresivo... ¡Me correspondía, vaya si me correspondía!...

II

Mi costumbre de dormir en alcoba privada de toda luz fue causa de que me despertase muy temprano. En el 76 amanecía a la misma hora que en todo el Valle, porque sus vidrieras sólo tenían persianas para mitigar los rigores del sol. Me levanté, pedí el baño, y hecha la *toilette*, puse unos renglones a mi madre mientras me servían el desayuno.

A las ocho de la mañana ya iba yo en los jardines de un sitio para otro, complacido de la placidez del ambiente, con los nervios aquietados después del reposo de la noche. Vi por allí al naturalista, y me puse a reflexionar en los agentes físicos, en todo aquel conjunto de influencias a que aludiera don Juan Bethencourt. Me sentía vitalizado, alegre, en el seno de la Naturaleza, con la libertad y singularidad de las plantas, de las flores y de cuanto me rodeaba. «Estos seres —me decía admirando la tranquilidad del naturalista— deben disfrutar de goces infinitos y compadecer a los que vamos por el mundo tras quiméricos ideales». Divagué un buen rato acerca de la Vida, la Felicidad, el Amor, y otras abstrusas cuestiones, pero afortunadamente me cortó el chorro ideológico la presencia de una planchadora, antigua sirvienta de mi madre, que venía con una gran cesta de ropa femenina, alba y reluciente, para entregar en el *Taoro*.

Hablamos un momento de cosas pasadas, y reviví aquellos años en que mi corazón de enamorado no había caído aún en el sueño de las especializaciones.

La acompañé hasta la puerta, hablándola de cosas que ella llamó «machangadas del señorito». Eran las nueve, y me fui a una de las terrazas, para contemplar desde allí los huéspedes que había en el comedor. Divisé a miss Maison y me sonrió. ¡Vaya si correspondía!

Se presentó don Alonso diciendo:

—Veo que usted tampoco almuerza. No me explico cómo esta gente hace ahora una comida en toda regla para después tomar el *lunch* a la una. ¡Viven para engullir!

Le pregunté por la hija, y me manifestó que como era domingo había ido al Puerto de la Cruz a oír misa, acompañada de otras jóvenes católicas.

Me invitó a que pasáramos al jardín para presenciar la llegada de la colonia extranjera a la capilla protestante que se encuentra a pocos pasos del hotel. Dije a un mozo que si venía Jorge le avisaran dónde íbamos.

Desde el primer momento comprendí que don Alonso estaba más alegre y comunicativo que el día anterior. Comenzó por justificar su réplica demasiado viva al redactor del *New York Herald*. Le sacaban de quicio los embustes y arrogancias de los norteamericanos, especialmente las últimas, porque entendía que ni las naciones, ni los hombres, por grandes y eminentes que sean, tienen derecho a declararse superiores a los demás, a humillar y escarnecer a los débiles, a título de su pretendida superioridad.

«¡No es de presa», pensé un poco desconcertado, porque hasta entonces yo consideraba que un indiano rico tenía necesariamente que ser de aquella catadura. Siguió hablando, y como lo hiciera con alguna vaguedad —al menos así me lo pareció— pensé si sería uno de los tantos que dicen

una cosa y hacen otra. Me previne y puse en funciones todos mis medios analíticos.

—Porque a mí —dijo— no me dé usted hombres o colectividades que enuncian una serie de principios y después no los practican. ¡Yo avaloro por los hechos, exclusivamente por los hechos!... ¡De romances, de bellos romances está el mundo cansado, y de histriones que no ajustan sus vidas a las enseñanzas que proclaman!... Quien crea que una doctrina es verdadera y justa, por ella debe gobernarse: ¿no es así, amigo Brito?

—Indudable.

—¡Predicar, predicar!... ¿Y el trigo?; ¿dónde está el trigo?... ¡Al cabo de centurias y centurias están las trojes tan exhaustas como antes!...

Comenzaban a llegar ingleses e inglesas a la capilla protestante y los que habitaban en sitios lejanos venían en carricoches, burros o caballos, provistos de la Biblia. Ocurrió que al bajarse de su asno una opulenta hija de Albión, ya jamona, perdió el equilibrio y puso de manifiesto buena parte de sus redondas plenitudes, con gran júbilo de la chusma de espoliques que andaba por allí. Don Alonso corrió veloz a prestarla auxilio, preguntándole en inglés si se había hecho daño. Por fortuna no hubo nada que lamentar, y así que terminó el incidente volvió al sitio en que estábamos, y dijo:

—La mayoría de los actos humanos no depende de la voluntad. El hombre, con su decantado libre albedrío, apenas tiene una limitada esfera de acción... ¿Querría caerse esa señora?... Pues lo que ocurre en el mundo físico pasa en el moral.

—¿Es usted fatalista?

—Tengo un concepto al que he ajustado siempre mi conducta. Voy a explicárselo gráficamente. Para mí la Vida es juego de naipes, sencillamente juego de naipes... Baraja la mano oculta (yo creo que la de Dios), le da a usted los naipes (hasta ese momento soy fatalista), para que

los combine libremente, según su criterio..., para que haga la jugada... ¡Ésa es toda la libertad del hombre!

Debí mirarle con extrañeza.

—¿Le sorprende?... Pues cuando conozca usted mi vida, toda mi vida, verá que esa convicción ha sido la clave de mis éxitos... ¡Ajusté a ella mi conducta desde que recibí el primer golpe de la Adversidad, que fue espantoso!...

—Poco deja usted para el libre albedrío.

—¿Poco?... ¿Entiende usted que es poca cosa hacer bien la jugada?...

—El símil no me parece del todo adecuado...

—Lo primero que es necesario adquirir es la convicción de que existe para el hombre, para su libertad, una parte vedada, absolutamente vedada... ¡Ni perder tiempo en lamentaciones estériles, ni desesperarse!... Aceptar lo inevitable como tal, y poner los siete sentidos en deducir las mayores ventajas posibles de la situación en que uno se encuentre colocado... Si no nos dejan elegir los naipes, ni cambiarlos, ¿a qué forcejeos ni lamentaciones?... ¡Es ridículo!...

La declaración de que el primer golpe que le asestara la Adversidad era el origen de aquellas convicciones, excitó profundamente mi deseo de conocerlo.

—¿De modo que un golpe rudo —le dije— despertó su conciencia?

—¡Rudísimo! Para salvar mi vida tuve que concluir con la de otro, y me expatrié, hice la única jugada posible... De sencillo labrador, medianamente acomodado, que hubiera sido, me transformé en aventurero errante, disperso por el mundo, a la voluntad de la mano que baraja los naipes, decidido siempre a sacar el mayor rendimiento posible... ¡Ah, mis reflexiones, mis soliloquios mojados en lágrimas, a bordo del bergantín que me condujo a Cuba!... Fue algo así como un curso abreviado aquel mes de dolores, de desesperación, en que la intensidad suplió la extensión... ¡Créa-

me usted, amigo Brito: toda una biblioteca de filosofía no hubiera hecho tanta luz, tanta claridad en mi alma!...

Hubo un breve silencio y acordándome de las indicaciones de Bethencourt, manifesté:

—Me interesa mucho conocer su historia... Debe ser usted un hombre extraordinario...

Pareció serenarse rápidamente, y dijo:

—Los seres extraordinarios, los grandes caracteres, son muy pocos. A mí me ha bastado con ser un hombre entre hombres... ¡Mi historia, mi historia!... ¿Y para qué?

—Para deducir sus enseñanzas.

—Ya creo haberle dicho que no se aprende sino en cabeza propia. Es escaso, muy escaso, el poder educador de las experiencias de otro... Pero si usted lo quiere vamos allá, satisfaré sus deseos. Después de todo, si usted recibe algunas emociones, será porque yo las reviva, y para los que ya nos vamos del mundo éste es uno de los pocos placeres que nos quedan...

Se me ocurrió esta tontería:

—Un hombre sin historia es como un árbol sin hojas... Debe ser muy agradable recordar, sentirse satisfecho, bajo las ramas frondosas de una vida llena de triunfos, fecunda y dilatada.

Nuevamente permaneció silencioso, y como yo siempre me dejo arrastrar de los excesos imaginativos, me lo representé como un viejo león, solemne y grave, que contemplara sus músculos pesaroso de verlos sin vigor.

Iba a darle otro tirón de la lengua, cuando apareció el coche de Jorge, arrastrado por sus dos briosos alazanes. Venía con la hija de don Alonso y una de las zancudas más espeluznantes que habíamos visto en el comedor del hotel. «¡No pierde ocasión! Supo que estaba en el Puerto y fue a traerla», me decía, cuando gritó:

—¿Dónde están metidos? Llevamos media hora buscándoles para dar un paseo.

Descendió rápidamente del coche, mientras don Alonso alababa la gallardía de los alazanes, que humeaban resoplando nerviosos y batiendo los frenos.

El faetón era de seis personas, y Jorge cogió las riendas, colocando al cochero a su lado. Don Alonso y yo tomamos asiento frente a María Leticia y a la zancuda. Distraídos no me la presentaron. ¡Era imponente!

Las jacas partieron afanosas, y como Jorge para igualarlas, tocara a una de ellas con la fusta, la zancuda, tras un gesto displicente, pronunció frases en tono de reproche.

—No sabe español —me dijo don Alonso—. ¿Ha visto usted qué sensibilidad? ¡No puedo con estas gazmoñerías! Seguramente pertenece a una sociedad protectora de animales y cuando Jorgito tocó apenas uno de los caballos ha puesto el grito en el cielo. Y esta misma señora, con toda seguridad, pasa indiferente por una criatura muerta de hambre... ¡Siempre igual, las fórmulas, los ritos, las exterioridades, suplantando lo verdadero! ¡Muchos ingleses se preocupan más de las bestias que de los sin trabajo!... ¿Le parece a usted eso natural?...

—¡Afinidades!... ¡Son afinidades!... —contesté de modo que pudiera oírme María Leticia.

Ambos sonrieron.

Habíamos llegado a la villa de Jorge, y el faetón rodaba por el paseo de acceso exornado de rosales, geranios, camelias y otras plantas muy decorativas, que no sé cómo se llaman, y que producían una sensación de frescura muy semejante a la de las mañanas después de la lluvia.

Al detenerse el coche, dijo Jorge:

—Ésta es mi casa y la de ustedes. Siento que no esté aquí mi madre para que hiciera los honores, pero fue muy

temprano a La Orotava a cumplimentar a una prima que celebra sus días.

—Muchas gracias por el ofrecimiento —dijo don Alonso.

—¡Esto es muy lindo! —expresó María Leticia.

Subimos a la terraza. Altos y copudos árboles producían una sombra deliciosa después del paseo a pleno sol. Los muros estaban literalmente cubiertos de begonias variadísimas, extrañas, sorprendentes, y todos nos pusimos a verlas. Lamento no saber botánica para formular aquí uno de esos índices con que algunos reputados escritores le dejan a uno boquiabierto...

Edificada de escorias volcánicas, de productos lávicos de diversas formas y tonalidades, había, poco más allá, una especie de gruta donde se escondía toda una colección de helechos, culantrillos, ñameras y otras plantas de sombra.

—¡Qué encanto! —exclamó María Leticia.

En el centro de la gruta había una mesa redonda y dos sillones propicios al descanso.

—¡Sitio de amor, de confidencias! —manifestó don Alonso.

—Cierto —dije yo por lo bajo a María Leticia—. Aquí falta lo que mi amigo busca ahora desesperadamente... ¡Una mujer como usted!

No contestó nada; pero pude entonces comprobar que Jorge tenía razón. ¡Qué sonrisa la suya! ¡Había allí, en efecto, cuanto pudiera apetecer la gula!

Como todo creyente, ante su ídolo mudo, Jorge levantó el vuelo de las fantasías, pero yo pensé: «No se decide... Continúa buscando su hombre entre hombres: el que sueña su alma enamorada»... ¿Por qué se me ocurrieron estas cosas?... ¿Qué pudo justificarlo?

Vueltos a la terraza Jorge ofreció un *cocktail*. Lo rehusaron cortésmente, y yo propuse entonces que nos sirvieran unas copas de malvasía del viejo, del centenario, del que ya se encuentra en pocos sitios.

—¡Eso sí! —expresó don Alonso—. No lo bebo desde que era muchacho.

Verdaderamente es fuerza rendirse ante una botella que diga, en una papel amarillento, astroso: «Del majuelo del Condado. Cosecha de 1788». ¡Ciento veinte años durmiendo! ¡Un Faraón!

Cubierta de polvo y telarañas, vino yacente en una cestilla de junco, adornada de vistosas camelias. Canónicamente, con respeto casi bíblico, le quité el lacre (donde estaba grabado el escudo de armas de los Gámez-Folguera) y Jorge procedió al arriesgado empeño de descorcharla, sin que se estremeciese... Los cálices eran altos, finos, transparentes, propios para una ofrenda a Baco y comenzamos a llenarlos. El hijo de las tierras volcánicas, del sol africano, y de las brisas saladas, caía perezoso, pesado, como si durase aún su sueño de siglos...

—¡Incomparable néctar! —dijo don Alonso cuando probó su copa.

—¡Exquisito! —expresó María Leticia.

Yo hablé entonces de que nuestro malvasía fue el vino de más alta reputación en Europa durante los siglos XVII y XVIII, y repetí frases de Shakespeare y otros poetas. Jorge refirió la anécdota del príncipe que, condenado a muerte, eligió para su sacrificio una pipa de nuestro caldo.

Sin darnos cuenta nos bebimos la botella. A don Alonso se le pusieron los ojos como dos faros y a María Leticia dijérase que le habían salido alas... ¡Su trinado reír, sus senos ondulantes, su venustidad en ascuas, toda su persona en una languidez de abandono y pereza!...

Durante el *lunch* la conversación fue en extremo movida. Jorge era dichoso, creyéndose correspondido, y yo hice alusiones demasiado imprudentes. Más de una vez pareció ella sofocar una réplica; pero don Alonso las reía mostrando hasta el platino de su dentadura.

Así que concluimos, me dijo:

—Vámonos al jardín para comenzar el relato de mi vida.

Nos pusimos en un banquillo, desde donde se ve el Puerto de la Cruz. Encendió un habano, y expuso:

—Yo procedo de familias de labradores. Mis padres poseían lo que aquí decimos «un mediano pasar», que les permitía vivir decorosamente. Éramos tres hermanos: Faustino, el mayor; una hembra, Clara; y yo, que tenía entonces dieciocho años. Mi hermano estaba en la Península concluyendo la carrera militar, y a mí, después de hacer los estudios de la primera enseñanza, me instruía mi padre en asuntos de Comercio. Deseaba que continuase a su lado, auxiliándolo en el manejo de las fincas, y que emprendiera algunos negocios, suponiéndome capaz para esa clase de asuntos. Pasábamos los dos el mes de agosto en una de nuestras haciendas, atendiendo a la recolección de cereales, para hacer después la de vino, que eran los dos productos principales que en ella recogíamos. La tal propiedad se halla en un pueblo de esta isla, que entonces era un caserío de contados edificios: uno aquí, y otro allá, dispersos como gotas de verano... Corría el mil ochocientos sesenta y dos, y el quince de dicho mes, entre seis y siete de la tarde, iba yo solo por un sitio oculto, en dirección a nuestra casa, cuando vi venir a un sujeto que apodaban el *Niño*, de muy malos antecedentes. Conocerle y quedarme temblando, fue una misma cosa, porque el tal había anunciado que donde me encontrara se las vería conmigo. Examiné el terreno y vi que no tenía escapatoria. Como me era conocido el asunto de que me iba a hablar, me puse a discurrir la contestación que debía darle, decidido a so-

portar todo género de humillaciones antes de proceder a vías de hecho, porque mi inferioridad era palmaria. Venía montado, y así que llegó, detuvo la yegua, y me dijo: «¡Buenas tardes, valiente! ¡Gracias a Dios que te encuentro!». Saltó de la yegua y se vino a mí. «¡Lláname ahora borracho! ¿Te atreves? ¿Di, cobarde?». Me eché un poco atrás, tartamudeando: «Yo no le he llamado a usted borracho! ¿Quién le ha dicho eso, Miguel?». «¿Tú no lo sabes? ¿Qué pasó en la venta de Andrés, el del *Robado*?...» Estaba a muy poca distancia, en el centro del camino, blandiendo el bastón. «Yo lo que hice fue decir que usted no debió insultar a mi novia... ¡Quien afirme otra cosa, miente!», repuse. «Sí, ¿eh?; pues ¡toma, toma!», gritó, dándome un palo en la cabeza que me hizo rodar. Después no puedo decir lo que ocurrió. Sé únicamente que caí de espaldas; que me puso una rodilla en el pecho; que me enloqueció dándome puñetazos, y que maquinalmente pude sacar el cuchillo que llevaba en la cintura y hundírselo en un costado... ¡Qué sensación! ¡Jamás lo olvidaré!... ¡Aquel cuerpo de atleta, aquella mole, comenzó a ceder, a aflojarse, como si fuera de goma, hasta que rodó dejándome cubierto de sangre!... ¡Horrible, horrible, amigo Brito!...

Hizo una pausa. En su faz había un gesto sombrío, semejante al que debió poner Oliverio Cromwel, cuando ante el cadáver de Carlos I, exclamó: «¡Cruel necesidad!»...

—Mi primer impulso fue huir, escapar, y, en efecto, di una loca carrera hasta un castaño que estaba próximo. Las piernas me temblaban en tal forma, que tuve que detenerme allí. Vino la luz al cerebro y pensé que debía esperar a que se oscureciera para ponerme a salvo. Poco a poco fui dejando de ser autómatas, y con los dedos aferrados a una rama del castaño, porque así me parecía no estar tan solo, reflexioné que dejar allí el cadáver era descubrir el delito, tan pronto como al amanecer pasaran los primeros transeúntes. Buscaba soluciones cuando reparé en un aljibe que había a corta distancia. En otra carrera me puse en el lugar del suceso, cogí el cadáver por las

piernas, en un desesperado esfuerzo, y lo arrojé dentro. Al oír el choque en el agua experimenté una sensación espantosa, algo así como si hubiera cometido otro delito, y huí a campo traviesa hasta mi casa.

Se puso de pie, para respirar, y al cabo de un momento continuó:

—La escena con mi padre no se la refiero. ¡Ciertas cosas, amigo Brito, después de cuarenta y seis años, todavía son más fuertes que mi voluntad!... ¡Pobre viejo!... ¡Yo no aprecié todo su dolor hasta que tuve a María Leticia!

Contagiado de su emoción, y acordándome que era cardíaco, le dije:

—Prescinda de esos detalles, don Alonso; ya me hago cargo de la situación. Lo que me interesa es su vida en América.

—Voy resumiendo; pero necesito decirle que mi padre fue partidario de que me quedara, de que no me expatriase, afrontando todas las consecuencias... Obediente, sumiso hasta entonces, me rebelé: «¡De ningún modo! —le decía—; cóñzcase o no la verdad, salga o no absuelto, yo no puedo vivir más aquí». Discutíamos, cuando de pronto me preguntó: «¿Y el cuchillo? ¿Dónde está el cuchillo?». «Allí quedó; allí debe estar...», le contesté, dándole cuenta de la importancia de la pregunta. Quiso ponerse en marcha para recuperarlo, pero no se lo consentí, interponiéndome con gran decisión. «Quien va soy yo —le decía—; porque sé cuál es el sitio, donde fue el suceso». Forcejeábamos tenaces, cuando de pronto expresó: «¡Ninguno de los dos! Va Blas que es de toda confianza».

Vimos venir a María Leticia, con un telegrama en la mano, y don Alonso guardó silencio.

—Llegó este despacho —dijo— y por si es negocio de urgencia te lo he traído.

—Avisan de Santa Cruz que ya están allí los baúles que se nos quedaron en Buenos Aires —manifestó don

Alonso, después de leer el telegrama—. Daré órdenes para que los remitan.

—¿Y por qué no ir nosotros a buscarlos?... Yo tengo que hacer algunas compras... ¿Damos el paseo?...

—Como quieras. Tú mandas... ¡Estoy tiranizado!

—¡Adorable tiranía! —dije yo.

—Sí —repuso—. La única aceptable.

Ella hizo un gesto triunfal, como de niña mimosa, y se fue, dejando en nuestros corazones una estela de alegría.

—Llegábamos a la intervención de Blas —manifestó don Alonso, tornando a sus confidencias—. ¡Blas, Blas!... Ya no se ven estos hombres, o andan tan escasos que ni con linterna se les halla... Había nacido en aquella propiedad —como su abuelo y su padre— porque era descendiente de una familia vinculada al terruño, noble y fiel, a la que los de mi línea paterna tenían gran afecto por su consecuencia y laboriosidad. Dio mi padre unas voces y vino presuroso, pero no le dejó entrar en la habitación en que nos hallábamos, sino que le fue al encuentro. Quiso, sin duda, evitarme la angustia de repetir el relato en mi presencia... Pero después regresó mi padre y nos pusimos nuevamente a discutir: sostenía yo que era imposible que Blas diera con el lugar del suceso en la oscuridad de la noche, a campo abierto, sin punto especial de referencia que pudiera orientarle. Seguía él, obstinado, en no consentirme que fuera por el cuchillo, cuando Blas entró de rondón, con sus recias polainas de cuero, una azada, un farol y la manta de nuestros campesinos. Verme y abrazarme diciendo: «¡Alonsito, Alonsito, todo sea por Dios!», fue una misma cosa. Volví a insistir en la imposibilidad de que el viejo saliera airoso de su cometido, y entonces dijo él: «¡Aguarden, aguarden!», y salió de estampía...

—¿Alguna idea luminosa? —pregunté.

—Ya verá. Apareció con su perro cazador, diciendo: «¡Éste me enseñará dónde fue; éste me enseñará!», mientras tocaba mis pantalones manchados de sangre y repetía: «¡Colorado, aquí; Colorado, aquí!»... El perrito cenceño, vivaz, de color de barbas de maíz y ojos encendidos, husmeó, raboneando ansioso, aquella horrible mancha... «¡Déjenme ahora! —manifestó—. Llevo el farol y cuando el perro marque el sitio lo encenderé»... Ya salía cuando mi padre le dijo: «¿Y la azada, para qué llevas la azada?»... El viejo, sin volver la cabeza, bramó: «¡Pa quitar el rastro de la sangre y partirle el alma a ese maldito si se me aparece!»

Esta última parte del relato conmovió en tales términos a don Alonso, que hube de decirle:

—Está usted fatigado... Suspenda por hoy... Demos ahora un paseo antes de la comida.

—Se lo agradezco. Al revivir estas escenas, y evocar las sombras de mi padre y aquel noble campesino, se me subleva el corazón... ¡Así está él, amigo Brito!... Tuve piernas, tuve riñones, para andar por ahí..., por el Mundo, pero éste (con la mano sobre el pecho) se me ha rendido... ¡Cada cual flaquea por el punto más débil!... ¡Qué hemos de hacer!...

III

Al día siguiente, muy temprano, partieron para Santa Cruz don Alonso y su hija. Iban con el propósito de no regresar hasta la tarde, y Jorge y yo planeábamos un viaje a Garachico, para almorzar en compañía de un amigo de la infancia, a quien ambos teníamos mucho afecto.

—Sí —manifestó Jorge—. Vamos a ver al hidalgo del *Peñón*, al anacoreta del vinillo de *Lamero*... ¡Es único ese rancio tipo, medio godo, medio guanche, metido allá en su harén de odaliscas, sin más agua que la del Bautismo!

—¡No, hombre, no!... —exclamé, riéndome—. ¡Se lavan la cara y los pies!... ¡Además la beben..., la beben, Jorge!

Don Domingo de Aguilar, gerente del *Taoro*, hidalgo también por más de un motivo, atento y dulce hasta el zumo de la caña, se llegó a nosotros y nos dijo:

—Hoy es día grande, fausto... Tendremos aquí dos príncipes alemanes; sesenta y siete turistas de la misma nación, y veintinueve belgas, ricos, no de los que van para el Congo, sino de la buena sociedad. Están ustedes de enhorabuena, jóvenes amigos, porque van a pasar una mañana cosmopolita.

—¿Príncipes?... ¿alemanes?... ¿belgas?... —dijo Jorge—. Habrá alguna guapa, ¿verdad, don Domingo?; porque hasta

ahora, salvo milagrosas excepciones, lo que tiene usted aquí este año es para hacerse fraile...

Reímos los tres, y don Domingo, según su inveterada costumbre, tiró de petaca y nos ofreció una *conchita* de Pedro Murias.

—¿Tiene usted aviso de Santa Cruz? —le pregunté.

—Deben llegar de un momento a otro. Vamos al *bar* y haremos tiempo. Les ofrezco un aperitivo.

Bebimos el *cocktail*, refrigerado con nieve del Teide, y trazamos varios programas para reformar el Valle de La Orotava, primero, y la isla entera después, conforme mandaban las exigencias del turismo.

En esta noble empresa, mil veces delineada y nunca acometida, estábamos, cuando oímos rodar de coches. Don Domingo desapareció, como alma que lleva el diablo, para averiguar si eran los príncipes.

Sí, lo eran, y la banda del Puerto de la Cruz, con sus artistas uniformados de blanco, ¡como en estío!, rompió a tocar audazmente el glorioso himno del Imperio de Guillermo II, que entonces estaba hasta en la sopa.

A Jorge no le gustó la princesa, y yo alabé la gallardía del príncipe, alto, solemne, recio, que, gorra en mano, saludó a aquella media docena de músicos indígenas como debió hacerlo Napoleón a sus huestes, después de una gran batalla...

Al terminar el himno todas las cacatúas, los loros y demás seres implumes, que allí estábamos, puestos de pie, con magnífica arrogancia, dimos hurras, en testimonio de civil cordialidad, y los príncipes, radiantes y generosos nos hicieron la merced de sus protocolarias complacencias...

Un cuarto de hora después llegaron los restantes turistas, y el hotel, los jardines, las terrazas, quedaron atestados de alemanes, flamencos y valones, que, mezclados a los

hijos de Albión, a los indios vendedores de manufacturas de Oriente, a los aurigas e intérpretes del país, daban la impresión de una Babel.

Jorge se me perdió en aquella maleza humana, donde había más espinas que flores, en atisbos de incorregible buscador, y yo, entre filósofo y artista, saturado de lecturas mal digeridas, me puse a filosofar acerca del distinto poder de los pueblos, en orden a las Artes, las Ciencias, etc. Claro es que no perdí una guapa, a pesar de mis hondas cavilaciones, y que tuve ocasión de flechar a las más codiciables, de esa manera aparatosa e intrépida que decimos «poner una pica», en nuestras gloriosas tierras de España... Había allí belgas dignas del genio de Rubens y de sus esclarecidos discípulos, por sus altos senos, su piel, su busto y sus caderas, capaces de *encaderar* al propio Mencey de Taoro si resucitase; figuras de hombre a lo Van-Dyk y Teniers, que transportaron mi alocada imaginación al gran siglo de aquel simpático país, heroico campo de nuestro don Juan de Austria y sus aguerridas legiones; cráneos alemanes, redondos como mundos, o cuadrados como bloques, que resplandecían al sol, atestiguando la pujanza del pueblo de quien sólo el herético Heine pudo decir heréticas majaderías; espléndidas matronas de piel de albaricoque, desmañado vestir y bases ciclópeas, adecuadas para saciar a un superhombre... Busqué inútilmente algo semejante a la Margarita del *Fausto* o a la Carlota de *Werther*... pero digna de Goethe no había nada; ni tampoco de Schiller o del genial creador del *Intermezzo*...

El mediodía era magnífico, y las cumbres nevadas, el mar de un azul refulgente y el sol libre de nubes, convidaban a no pensar sino en cosas bellas..., o nutritivas, porque todo aquel mundo supercivilizado estaba ansioso del momento eucarístico del *lunch*...

Jorge apareció, diciendo:

—No hay nada extraordinario. ¡Vulgaridades!...

Y entonó un himno a la latinidad femenina, al donaire y gentileza de las de nuestra raza. Yo exclamé:

—«¡Plus Ultra!».

—¿Más allá?... ¿Qué más allá?...

—¡La mestiza!... Ese tipo singular, mezclado, donde Dios puso lo del Norte y lo del Sur...; donde hay cosas celestiales para todos los sensibilizados del Planeta...

—¿A quién te refieres?

—A María Leticia... ¿No sabes quién era la madre?

—No.

—Una inglesa.

—¡Acabáramos!; ahora me lo explico... ¡Es cifra, es compendio!... ¡Es flor y nata de maravillas!

Un indio de tez cobriza, ojos de sátrapa, maneras lésbicas y blanca dentadura, nos ofreció sus mercancías, tuteándonos familiarmente. Jorge le compró un pequeño elefante de ébano (portador de la buena suerte), por la cuarta parte del precio que al principio le señalara, y yo un Buda de marfil, prolijamente regateado.

Sonó la campana del *lunch*, y todo aquel conglomerado desapareció como barrido por una ráfaga de viento... El comedor, las terrazas (donde habían puesto mesas) quedaron atestados de mandíbulas tan diligentes y poderosas como las de los héroes de Homero a la hora de los festines... ¡Qué trituradoras!

Don Domingo Aguilar improvisó un pequeño comedor, cerca de sus oficinas, y allí almorzamos los tres, servidos por una muchacha morena del Puerto de la Cruz (del barrio de La Ranilla), que debía saber a marisco, según opinión de Jorge. Comimos espléndidamente porque don Domingo es sibarita, singularmente a la hora de los postres, que aquel día compartimos con un camarada, cuyo nombre no cito por si estos papeles se extraviasen. Baste decir que es el prototipo de esos jóvenes de nuestra burguesía que

van a Londres unos años, estudian inglés y algunas cosas mercantiles (los de carrera son contadísimos) y luego vienen con aire a lo Chamberlain, totalmente sajonizados; esto es, *traducidos...*: ¡tontos y traducidos!, con una crasitud de alma y de intelecto que produce asombro... Le manteamos, a nuestro antojo, con gran júbilo de don Domingo, que tenía que soportarle por ser uno de los accionistas más importantes del *Taoro*.

Terminado el almuerzo fuimos a ver a la madre de Jorge, y no volvimos al *Taoro* hasta las cinco de la tarde, a cuya hora encontramos allí a María Leticia y a don Alonso, que nos recibieron con un chaparrón de noticias. Habían saludado al doctor Bethencourt, que reiteró su compromiso de pasar un día con nosotros; adquirieron dos *periquitos* que traían en una jaula; tropezaron con unos íntimos amigos de Buenos Aires que iban para Marsella; don Alonso pisó una cáscara de naranja, que estaba en una acera, y a poco más se destroza un brazo, etc. Les referimos nuestras impresiones, y cuando yo, en un aparte, le dije a María Leticia que Jorge no había encontrado nada parecido a ella a pesar de la gran afluencia de turistas que habíamos tenido por la mañana, contestó:

—Del mal gusto de Jorge ya no tengo duda; y usted, ¿tampoco halló nada digno de admiración?...

—Yo me admiro pocas veces —le manifesté—. Necesito algo más que cosas materiales. Por desgracia soy muy exigente, o descontentadizo, y esta mañana no hubo aquí más que bellas manifestaciones de la carne...

—¿Un hombre espiritual? —repuso—. ¡Dígaselo usted a otra!... Voy creyendo que incluso los poetas mienten cuando hablan de sus amores ideales. Leí la vida íntima de algunos y he perdido la ilusión que sus poesías me habían inspirado!... ¡Qué decepción!

Don Alonso nos interrumpió manifestándome que el ajeteo del viaje le había producido mucha sed y nos fuimos

al *bar* a tomar cerveza. Así que apuró su *bock*, reanudó el relato.

—Blas encontró el cuchillo y nos manifestó que no sólo había hecho desaparecer el charco de sangre, sino que además, previendo que entre el lugar del suceso y el aljibe hubiera rastros de aquel origen, incendió los matorrales (*panascos*, decía él) a la sazón completamente secos. Mi padre le encargó que guardara absoluta reserva, incluso para su mujer, y el viejo, con espontaneidad digna de un filósofo, repuso: «¡Descuide su mercé: yo bien conozco que la mujer vino al mundo para parir, y la mía debió nacer preñada de alcahuete!»... Le dimos las ropas manchadas de sangre, y se fue a convertirlas en ceniza, más allá de la linde de nuestras tierras, en un profundo barranco. Después comenzamos a planear mi evasión, y decidimos que aquella misma noche me trasladara a los *Paredones*, finca de pasto que teníamos cerca del mar, donde había una cueva a propósito para refugiarme hasta que llegara barco que me condujese a Cuba. Blas sería mi guardián y compañero durante esos días de espera.

—Y su madre, ¿dónde estaba? —le pregunté.

—Allá iba. Había quedado en La Laguna atendiendo a mi hermanita que estaba enferma de algún cuidado. Precisamente uno de los motivos más poderosos de mi decisión de expatriarme era ocultar a mi madre lo ocurrido; que le pudieran decir que me había embarcado para América, sin autorización de nadie, fugado, en busca de fortuna, porque el disgusto que tal noticia le produjera nunca sería parecido al del conocimiento de la verdad. «¿Que no se descubre el hecho? —le decía yo a mi padre—. Pues siempre estoy en condiciones de volver. Nada se pierde, a los pocos meses estaré de retorno, sin que le hayamos dado un pesar de muerte»... Tomada la decisión me puse en marcha, en compañía de Blas, para los *Paredones*, donde estuve once días oculto en la cueva. Mi padre iba a verme todas las noches, y mi única expansión consistía en pasearme por una playa cercana, en medio de la oscuridad,

departiendo con él acerca de los preparativos del viaje. A mi vieja se le dijo que me había ido a Granadilla, con otros compañeros, a cazar perdices, deporte al que fui muy aficionado... Las noticias que me comunicaba mi padre eran tranquilizadoras: se buscaba al *Niño*, se sospechaba que algo grave le había ocurrido, pero nada más, porque la aparición de la yegua con montura y sin él hizo recelar que se trataba de un accidente. Los suspicaces hablaban de la posibilidad de que hubiera perecido en alguna reyerta, a las que, como ya le he dicho, era muy propenso.

—Días de ansiedad serían aquéllos para usted —le dije.

—¡Figúrese! No quiero ahora hacer comentarios. Ya llegarán oportunamente cuando termine esta primera parte de mi historia... La décima noche de cautiverio me dijo mi padre que todo estaba ya combinado, y que al día siguiente, por la tarde, nos pusiéramos en marcha, con las debidas precauciones, en dirección al paraje conocido por *Hoya Fría*, en la costa de Santa Cruz. Así lo hicimos, guiando Blas, que era conocedor de aquellos desiertos transitados únicamente por gentes dedicadas al pastoreo. Llegamos al atardecer, y seguidamente, Blas y otro criado de confianza, trasladaron mi equipaje a un embarcadero próximo, donde nos esperaba una lancha con cuatro remeros y su patrón. Por más que quise reprimir las lágrimas, cuando me despedí del viejo servidor, no pude lograrlo, y tuvo que gritar mi padre: «Pero hombre ¿ahora te afliges, cuando tanto interés tenías en embarcarte? ¡Todavía estás a tiempo de entrar en el cuartel, si tanto te asusta el viaje!»; porque la consigna era decir que yo me iba para librarme del servicio militar.

Entraron en el *bar* algunos extranjeros produciendo ruido, y como el local era estrecho, propuso don Alonso que nos trasladáramos a los jardines.

—Mi padre —continuó así que salimos— estaba muy emocionado; pero se mantuvo aparentemente sereno du-

rante la travesía de la playa al buque, hablándole a los marinos que me habían aconsejado que no me expatriase por eludir el servicio militar. Llegamos a bordo. Era el navío un bergantín de corto tonelaje, llamado *Ibiza*, de la matrícula de Mallorca. La casa armadora me había recomendado con gran interés al capitán, y se me alojó lo mejor posible, dadas las pésimas condiciones que tenía el *Ibiza* para el transporte de pasajeros. Ya había cerrado la noche cuando me despedí de mi padre... ¡Para qué decirle, amigo Brito, lo que fue aquella escena!... ¡Pobre viejo!...

—No tiene usted que referirla. Me hago cargo.

—Bien. Cuando el *Ibiza* se hizo a la vela, ya oscurecido, y nos alejamos de Santa Cruz, sentí una mezcla confusa de alegría y de terror. No podría explicárselo aunque me lo propusiera. Hasta aquel instante la idea de escapar, de no caer en manos de la Justicia, había presidido en mí, dominándome por completo. Sin duda el instinto de conservar la vida y el sentimiento de la libertad, son los estímulos más poderosos del alma, pues para ellos fueron todas mis potencias, en una afán exclusivo, salvaje, ciego, hasta que me consideré a buen recaudo. Al zarpar el *Ibiza* surgió en mi corazón un mundo de sentimientos, como si quitado el peso que los sujetara, que los contuviere, aflorasen de pronto en la conciencia... Y va otra observación (debo hacerla aunque me sea doloroso): de todo aquel conjunto de sentimientos, el que me producía el temor a lo desconocido, a las incertidumbres del porvenir, fue el más fuerte, dominando incluso al de dejar a mis padres, mi patria y mi novia... ¿Quiere esto decir que yo he sido, que yo soy, un hombre egoísta, o que cuanto se refiera no sólo a la conservación del individuo, sino también a su seguridad, se antepone y triunfa?... Yo no lo sé, amigo Brito, pero el hecho es cierto y usted deduzca las consecuencias que estime lógicas...

—Precisamente la sinceridad con que me habla es lo más valioso de su relato. No oculta usted ni lo que pudiera perjudicarle.

—A mí ya nada me perjudica, desgraciadamente. Cuando la mentira tiene precio, es indigno decirla; no teniéndolo, calcule usted... Sigamos... Me metí en el cubil inmundo, que llamaban camarote, y estuve tres días alimentándome con pan bizcochado, almendras, nueces y fruta pasada, que mi padre me había puesto en unos saquitos, entre la ropa del baúl. Rehusaba todo lo que me traían, y creyéndome enfermo le avisaron al capitán (un mallorquín rudo y campechanote) que vino a verme, y así que se persuadió de que no estaba malo, me dijo: «¡Tienes los ojos hinchados de llorar; veo que eres un cobarde!: ¡arriba, deja la cama! Y si eres así, ¿por qué no fuiste al cuartel? Cuba es cien veces peor. ¿Apostamos a que te traigo en el viaje de regreso?...». Y al decir esto dibujóse en sus labios una sonrisa burlona que me hirió como una puñalada. Desde aquel momento hice la vida corriente, porque yo siempre he tenido un amor propio exagerado y el mallorquín lo había puesto en acción. Poco a poco fueron aclarándose mis confusas ideas (porque no hay como el tiempo para disipar dolores y barrer nieblas del cerebro) en aquellas pesadas horas de interminables días, hasta que me di cuenta de mi verdadera situación y pude trazarme la línea de conducta que después he seguido inexorablemente...

—¿Nació entonces —le pregunté— su convicción de que la Vida es algo como juego de naipes?

—Sí, señor; de entonces data... Los primeros días actuaron en mí las ideas adquiridas, los prejuicios, y me repriminaba diciéndome que debí sufrir los golpes del *Niño*, dejándome matar incluso, antes que asestarle la puñalada; pero luego pensé que había obrado inconscientemente... ¿Cabe responsabilidad donde no hay juicio? ¿Existe delincuencia, forma de delito, donde no hubo deliberación?...

—Claro que no; aunque los códigos lo proclamen por exigencias de carácter social.

—A cada hombre se le da su temperamento, eso es incuestionable, como se le dan los restantes atributos de

su personalidad. Yo obré ciegamente, con la inconsciencia de un vesánico al sacar el cuchillo y quizá en aquellas circunstancias haría igual en este momento. Si surgen las sombras, las nieblas, esa noche profunda, en que sólo el rayo del instinto de la propia conservación nos alumbrá, siniestro y terrible, ¿cómo puede pedirse ecuanimidad, medida?... ¡Ah! ¡qué fácil es hablar de dominio, de reflexiones, de todo ese bagaje de mentidos poderes que proclaman los voceros de la libertad espiritual!... Lo cierto es que cada uno obra según sus impulsiones, sus determinantes, y que específicamente no pueden ni modificarse... ¿Piensa usted de otra manera?...

—Habla usted como Lombroso y sus discípulos de la escuela antropológica.

—Hablo de lo que sé de propia experiencia. Yo he leído muy poco de esas cuestiones; pero una voz me decía: «maté sin saber que mataba, a impulsos de algo que, nacido en el abismo de mi ser, me hizo obrar, me avasalló, con la misma violencia que una fuerza exterior inexorable, y siendo así no soy criminal, ni ante Dios ni ante mi conciencia».

—Esa convicción le tranquilizaría.

—Y me permitió seguir haciendo inducciones. Le advierto a usted que yo no sabía lo que era en método inductivo; pero luego vi, cuando estuve iniciado en tales materias, que de lo experimental (¡de mi hecho, de mi terrible hecho!) había ascendido a la conclusión de la irresponsabilidad... ¿No cree usted que ése es el verdadero camino de la Ciencia?; ¿de llegar a la Verdad?...

—El método experimental o inductivo es indudablemente necesario, insustituible; pero no puede ser único porque entonces la Ciencia marcharía de un modo casuístico... Hace falta la conjetura, la hipótesis...

—Bien. Yo no puedo discutir teorías, y mucho menos con usted; pero lo que sí necesito decirle es que a mí las hipótesis nunca me sirvieron de nada (sino que más

bien me han extraviado), y que las deducciones, arrancadas de los hechos, han trazado la pauta de mi vida... Por ese método llegué, repito, a la convicción de mi irresponsabilidad, y avanzando me dije: «No soy culpable; pero necesito conducirme, obrar, en función de los hechos consumados, sin pretender remontar su curso —que sería insensato— ni amilanarme con disquisiciones acerca de si es malo o bueno mi temperamento. Torpe o avisado, impulsivo o ecuánime, rubio o moreno, el hombre es lo que es, y su trayectoria en la vida ha de estar acorde, necesita estar acorde con sus características. Como usted ve no tenía yo entonces sino dieciocho años y pensaba como un filósofo... ¡El dolor, amigo Brito, maestro insuperable, había aleccionado mi alma para siempre!... Todo en la Naturaleza es efecto de una incomprensible causa. ¿Qué es el instinto, por ejemplo?... ¿Qué son esas fuerzas que gobiernan a los hombres igual que a los irracionales?... ¿me quiere usted decir?...

—Ése es el mundo impenetrable, misterioso. Todo tiene que ser objeto de suposiciones... Las últimas causas son inaccesibles...

—Conforme; pues entonces, ¿a qué meterse en ese laberinto?; ¿para salir como el negro del sermón? ¿No ve usted que es perder lastimosamente el tiempo?... ¡Bellas musarañas, fantasías, sueños, cuando hay tanto que hacer en el mundo!...

—No estoy conforme; el hombre necesita algo más que las verdades que puede comprobar, que están al alcance de su razón, de eso que usted llama bellas musarañas...

—¿Sí? Entonces que no sea vanidoso, y que diga: región de la Ciencia; región de las musarañas, acotando debidamente... ¡Porque, amigo, tomar por campo de la Verdad lo que sólo puede ser objeto de la superstición, de la Fe, o de lo que usted quiera, menos de la razón!... El área de nuestros conocimientos es reducida, y apenas se la traspasa, tan pobre hombre es un filósofo como el que no ve tres en un burro...

Me iban cargando todas aquellas filosofías y le dije:

—Bueno. No discutamos. Lo que me interesa es conocer todas sus conclusiones, las que formuló, como línea de conducta, a bordo del *Ibiza*.

—Perdone usted la digresión: a eso iba. «Si no soy responsable de lo que me ha pasado, ni puedo suprimirlo, ni sustituir mi temperamento —me decía—, debo resignarme, aceptando las cosas como son, luchar desde el sitio en que me encuentro colocado (conforme a mis modalidades) sin perder tiempo en lamentaciones, ni interrogar al Destino». Fue entonces cuando me juré triunfar o perecer, no regresar a las islas sino millonario, poderoso (se va usted a reír) ¡para casarme con mi novia y demostrarles a mis padres que tenían un hijo merecedor de sus desvelos!... Ya usted ve cómo yo he dado también mis paseos por las regiones de las musarañas, de las hipótesis, de las fantasías... ¡Cuando he vuelto a las islas ya no existen más que las cenizas de mis padres y los nietos de mi novia!...

Era la hora de la comida y no tuvimos tiempo ni para cambiarnos de traje. Jorge se había marchado a su casa y don Alonso me invitó a que nos reuniéramos los tres en la misma mesa. Accedí, gustoso, y María Leticia comenzó, enseguida que nos sentamos, a referirnos su última conferencia con Jorge. Me pareció que se proponía averiguar antecedentes acerca de mi amigo.

—Hemos celebrado hoy un convenio —dijo—, de gran importancia para ti, papá.

—¿Para mí? Cuéntame, cuéntame, si no es cosa que debe ignorar José Antonio.

—No hay secreto. Jorge se ha comprometido solemnemente a reconciliarme con esta vida, a que me parezca encantadora, y yo a que permanezcamos aquí mientras cumpla su ofrecimiento.

—¿Un pacto que me obliga a mí sin prestarle consentimiento? —dijo don Alonso.

—Se anticipó a sus deseos —expuse yo.

—¿Anticiparme? Me eran bien conocidos. Desde que llegamos a Tenerife está diciéndome que por su gusto permanecería aquí indefinidamente. ¡Qué gracia! ¿Y ahora protestas?...

—Jorge es muy simpático y muy serio. Seguramente cumplirá lo convenido —dijo don Alonso, cambiando conmigo una mirada de inteligencia—. ¿Qué cree usted, José Antonio?...

—Que Roma no se ganó en un día... Que poco a poco hará que María Leticia se persuada de que éste fue el Paraíso Terrenal, según cuenta la tradición...

—¿Tanto como eso? —preguntó socarronamente don Alonso.

—Tanto. Yo así lo espero.

—¡Qué intuición! ¡Malos profetas son ustedes!... Con que logre su propósito un mes más (hasta que haga buena temperatura en Europa) se puede dar por satisfecho.

Yo juzgué entonces oportuno hablar de Jorge, y expuse, sin exageraciones, todo lo que mi amigo se merece. María Leticia me escuchó atentamente, pero con naturalidad, ocultando la agradable impresión que mi panegírico debió producirle.

Cuando terminé, don Alonso puso este comentario:

—Una bujía que arderá sosegadamente hasta consumirse si un soplo de viento no la apaga; una existencia como hubiera sido la mía (con menos recursos económicos) si la Adversidad no me hubiera echado de las islas... Es extraño que esté aún soltero.

—Es un célibe que odia el celibato, pero impone tal cúmulo de condiciones que hasta el día ha tenido que resignarse... ¡Busca imposibles!...

Dije estas frases mirando fijamente a María Leticia, subrayándolas ligeramente, y ¡oh, eterno femenino!, no pudo ocultar su vanidad.

Si hubiese de decir lo que pensó, juraría que fue esto:

—«¡Hay alguna que le satisface!... ¡Soy yo!... ¡Ése imposible soy yo!...»

IV

Estaba yo asomado a una de las ventanas del 76, absorto en la contemplación del paisaje inundado de sol, cuando entró Jorge, diciendo:

—¡El peatón, el peatón!

Traía unas cartas en la mano y me las entregó hablando de mi pereza. Era una de mi madre y me puse a leerla, pero no me dejó terminarla refiriéndome su última entrevista con la hija de don Alonso. Tal era su atolondramiento, que hube de interrumpirle:

—Estás hecho un colegial; peor todavía, un mentecato... Echaste todo a rodar con ese convenio de María Leticia...

—¿Quién te lo dijo?

—Don Alonso, indignado.

—¿Qué me cuentas?

—Lo que oyes, y lo gracioso es que te llamó verdolaga.

—¿Verdolaga? Pero ¿hablas en serio?...

—¡Naturalmente! ¡Para bromas estoy!

—¿De modo que ella le contó?...

—De cabo a rabo. ¿Pero tú no sabías que le refiere todo, que le consulta?... ¡Si la tiene esclavizada!

—¿Entonces es un déspota, un animal?...

—¡Espantoso! ¡Da miedo! Anoche, después de ponerte como no digan dueñas, gritó, mirándome con ojos de caimán: «¡Me voy, levanto anclas!; ¡ni un día más estoy aquí! ¡bueno fuera que yo consintiese que ese verdolaga me esté *socavando* la chica!»

—¿Socavándola?... ¡Habrás visto bestia semejante...! ¿Verdolaga?... ¡Si soy capaz de partirle el cráneo!

Ya no pude más, y solté una carcajada, mientras cogía, a modo de baluarte, la butaca próxima para defender la cabeza de un testarazo.

Salí ileso de la broma, y Jorge reanudó su animada conversación, explicándome todo lo que tenía proyectado para cumplir su convenio con María Leticia: presentándola a sus parientas; excursiones a los sitios más pintorescos de la isla; comidas, etc. De cuanto me fue diciendo deduje que ya existía entre ellos algo más que amistad, preludios, aunque él se mostrara muy pesimista.

—Es una mujer desconcertante —me dijo—. ¡No acabo de comprenderla!

—¿Qué quieres? —manifesté—. ¿Te parece poco que hayas logrado retenerla en el Valle? ¿Crees que eso del convenio, de tus fiestas, de tus distracciones, no es valor entendido? ¡Se queda por algo que no es nada de eso!...

—Pero ¿será por mí?...

—¡No!; ¡por el naturalista!...

—En fin, veremos... Por lo pronto ya sabes que hoy tomaremos el *lunch* en el Botánico.

—¿Es posible que llevando un mes aquí todavía no conozcan el jardín?

—Y tan posible: ella misma me lo dijo. Allí le presentaré a mis primas para que vaya haciendo relaciones.

—Bueno, Jorge: te voy a pedir un favor... Dile a María Leticia que invite a mi inglesa... ¡Llevala, por Dios, que me tenéis relegado al ostracismo, a don Alonso!...

—¡Hecho! Ni una palabra más.

—A las once volverás a buscarnos, ¿eh?

—Sí. Hasta después.

—¡Adiós, verdr-laga!

Me vestí rápidamente y bajé al *hall*, donde estaba don Alonso de tertulia con el redactor del *New York Herald*, y dos señoras peripuestas y parlanchinas, que luego supe que también eran del oficio de la pluma.

—Ya no se levanta usted tan temprano— me dijo—; las fuerzas llaman el sueño... ¿Le enteró Jorge de que hoy almorzamos en el Jardín Botánico?

—En este momento lo he sabido.

—Partiremos a las once, así es que no tenemos tiempo que perder si usted desea que continúe hablándole de mis cosas pasadas.

Nos instalamos en uno de los sofás, y comenzó:

—Los últimos quince días de mi estancia en el *Ibiza* me fueron más llevaderos porque trabé amistad con el piloto, que era un joven de Las Palmas, muy simpático, y a quien, por cierto, tropecé quince años después en La Guaira, convertido en oficial de la Armada chilena. Se llamaba Antonio Padilla Navarro, era de poco más edad que yo, muy moreno y de recia complexión. Fuera de las horas de descanso estábamos siempre juntos, especialmente en las de sus guardias, entreteniendo el tiempo como mejor nos parecía y apurando copas de un vino generoso que mi padre me había puesto en las maletas. Por su iniciativa me fue permitido comer en la misma mesa que él y el capitán, cosa que me pareció entonces una suprema distinción... Cierta tarde, hallándonos a dos días de navegación de La Habana, se desencadenó un temporal. Fue cosa de unos minutos: llegaron inesperadamente unas rachas de

viento, se ensombreció el Océano, las olas se encresparon, y el *Ibiza* bailaba como una cáscara de nuez... De pronto faltaron dos estays del palo mayor, y el capitán ordenó que un gaviero subiera a la cofa para reponerlos. Era un muchachote valenciano y trepó por la escalilla de cuerdas, volviendo la cara al viento para que no le asfixiara. Ya estaba arriba, agarrado a uno de los obenques, cuando perdió el equilibrio y se vino abajo el infeliz, que fue a dar a popa, cerca del timonel. Corrimos despavoridos a auxiliarle; pero estaba exánime, con el cráneo abierto como una granada... ¡La mano providente había puesto en las suyas todos los descartes de la baraja y el desventurado no tuvo otro remedio que ofrecer sus despojos a los tiburones del mar Caribe!... El estupor del timonel, cuando vio venir al gaviero sobre su cabeza, fue tal, que abandonó un momento el gobierno y el *Ibiza* se atravesó. ¡Excuso decirle! La mar entró por barlovento y, en menos que se cuenta, quedamos anegados... «¡Todo el mundo a su puesto y uno al palo mayor!», clamó el capitán, mientras personalmente enmendaba la guñada. Hubo un momento de perplejidad en la marinería, y entonces el piloto se quitó rápidamente la americana y subió presto a cumplir la orden del jefe. Yo permanecí cerca del cadáver, tan lívido como él, mientras estuvo arriba nuestro compatriota reparando la avería... Ya íbamos a un largo, corriendo el temporal, con los estays repuestos, cuando el piloto bajó. «¡Bien, Navarrito, así son los hombres!» —le dijo el capitán, dándole un abrazo.

Oímos rodar un coche.

—Debe ser el de su amigo —manifestó don Alonso—; pero mientras bajan las señoras voy a terminar este incidente... El piloto y yo fuimos los únicos que velamos el cadáver, hasta entrada la noche, en que después de envolverle en una lona y lastrarle con unos pedazos de hierro, se le echó al agua, sin más ceremonia que las consabidas anotaciones en el diario de navegación. Como usted ve el suceso no tiene nada de extraordinario; pero para mí fue de un gran valor educativo, porque la conducta del

piloto, la serenidad del capitán, el espectáculo de la muerte sin una lágrima, sin un lamento, en la indiferencia glacial de las cosas y los hombres, fue para mi alma operación semejante a la que se realiza con el acero al rojo cuando se le da consistencia metiéndolo en el agua fría... ¡Me iba endureciendo, templando, para adquirir todo el valor que necesitan los espíritus destinados a luchar con la Adversidad!...

Apareció María Leticia, vistiendo uno de sus lindos trajes de mañana, dichosa y gentil, para avisarnos que esperaban por nosotros.

—Me voy poniendo celosa, José Antonio —dijo sonriente—. ¿Qué se traen ustedes entre manos?... ¿Cuándo van a concluir esas misteriosas conferencias?...

—Nada de misterios. Recibo de don Alonso enseñanzas más valiosas que las de los libros. ¿Y de quién está usted celosa? —la dije.

—De usted, porque me roba a mi padre; y de él porque me priva de su amable compañía.

—¿Y Jorge?... —la pregunté, mientras don Alonso cogía su sombrero.

—Jorge es un buen amigo de usted... Se preocupa de distraerle... ¡Llevamos a miss Maison!... Pero ¡ándese con ojo, porque pertenece a un militar!...

—¿Es casada?

—No. Tiene relaciones con un oficial del ejército alemán. Un húsar de la muerte...

—¡Diablos! ¡Ya tiemblo!... ¡Qué desengaño!

Antes de subir al coche me di cuenta de que miss Maison conocía mi indicación a Jorge, porque me mostró su gratitud en un saludo harto expresivo, en el que, con húsar y todo, las claras violetas de sus ojos colmaron de promesas a los del «español pícaro», como ella me llamaba.

Descendíamos por el tortuoso y mal empedrado camino del Jardín Botánico, cuando el faetón saltó en un bache con tal violencia, que María Leticia se quedó abrazada a su padre —que estaba enfrente— y miss Maison sobre mí, cara con cara, en un calculado y suave abandono, que aproveché solícito... «¡Húsar de la muerte —me dije sin poder sujetar las manos—; que soy podenco!»...

Provistos de catálogos nos recibieron en la portada el director del jardín y el naturalista (compañero de hotel) para colocarnos las consabidas disertaciones acerca de las innúmeras especies vegetales acumuladas allí desde los tiempos de Carlos III hasta la fecha... Como ni a María Leticia, ni a Jorge, les interesaban aquellas sabias lecciones, se escurrieron a la primera oportunidad; miss Maison y yo les imitamos, distraídos, absortos, en la contemplación de aquel peregrino mundo de plantas, flores y frutas...

Gárrulo y sentimental, puse en juego todos mis recursos retóricos, con la franca acogida de su insinuante reír, que fluía inagotable, desde el fondo de su deseo, añorando quizá los bigotes del húsar...

Llegaron las primas de Jorge y todos fuimos a saludarlas.

—¿Qué tal? —le pregunté en un aparte.

—Lo mismo siempre... ¡Incomprensible!

Miss Maison, así que estuvo en presencia de testigos, quedó grave, hierática, digna del trono de un reino en tal grado de civilidad y mutua consideración, que las formas suplantaran a la Virtud...

El pobre don Alonso llegó sudando, sin sombrero, yo no sé si más de la conferencia botánica que de calor, porque el naturalista y el jardinero le habían vuelto tarumba.

—¿Estará usted admirado? —le pregunté.

—Y complacidísimo —repuso— de la amabilidad de estos señores. He podido contemplar casi todas las especies

que conocía del Nuevo Continente, mezcladas a las de Europa, Asia y África. Nunca creí que hubiese en tan corto espacio tal cúmulo de ejemplares. ¡Y qué conocimientos, qué memoria, la de estos bondadosos amigos!

Los representantes de la Ciencia botánica parecieron recibir la caricia de toda la Flora universal. Así quedaron de complacidos.

La mesa en que debían servirnos el almuerzo estaba en el paseo central, entre laureles y palmeras reales que elevaban sus copas a gran altura, permitiendo así que convivieran debajo rosales, camelias, jazmines y otras plantas de vistoso follaje.

Al señalar los sitios tuvo Jorge la bondad de ponerme entre miss Maison y su prima Guadalupe. ¡Lumbre por ambos lados! Para don Alonso y el naturalista fueron los sitios de preferencia y él se colocó junto a María Leticia.

Trajeron los *hors d'oeuvre* y al aparecer una gran bandeja de *clacas*, don Alonso y yo rompimos en frases de júbilo.

—¡Medio siglo hace que no las como! ¡Me enfermo, hoy me enfermo! —dijo entusiasmado.

—¡No hay para mí marisco comparable a este sabroso molusco! —exclamé yo.

Todos repetimos, excepto las primas de Jorge, que, un poco cohibidas, contemplaban incesantemente a María Leticia con ese escudriñar insaciable de las jóvenes puerileras.

Se había propuesto Jorge que el almuerzo tuviera carácter regional, y lo logró cumplidamente, a satisfacción de todos, harto aburridos de las monotonías culinarias del hotel.

Fueron varios y exquisitos los postres, y cuando apareció el malvasía, ¡el Faraón!, hubo una verdadera salva de aplau-

sos a la que se sumó, contagiado, el naturalista que aquel día dejó de ser abstemio.

Fue entonces (a la segunda copa) cuando miss Maison estableció confiadamente su contacto («aequo animo») con mi pierna derecha, que andaba errante... perdida allá abajo, en las sombras, en busca de un celestial apoyo...

Al atardecer de aquel día, el indiano continuó su historia:

—Voy a referirle mi vida en Cuba —dijo—; pero limitándome a los sucesos que merezcan ser conocidos. Estuve allí ocho años. Los dieciséis primeros meses trabajé en una casa de comercio muy acreditada, de un emigrante de estas islas, a la que había sido recomendado. Recordaré siempre con horror aquel período en que tuve que soportar toda clase de humillaciones, matándome como un negro, sin horas casi para dormir. Fui explotado, villanamente explotado; pero aprendí no sólo aquello que era indispensable a la índole de los negocios que tenía la casa, sino, además, a apreciar la sordidez de los hombres, que a costa de la vida de sus semejantes (y de la suya propia) se entregan al frenesí de las especulaciones. Cuando tuve algunas economías me independicé, decidido a trabajar por mi cuenta, a buscármelas, donde y como fuese, único medio de no ser un paria, y de huir del peligro de dar en la cárcel por homicida, dado mi temperamento y la índole de los insaciables explotadores... Trafiqué en diversos artículos, especialmente en tabaco, que compraba a los vengueros oriundos de este archipiélago y revendía con buenas utilidades. Esto me impuso la necesidad de recorrer la isla, o gran parte de ella, utilizando los escasos medios de transporte que había entonces en aquel país. De ese período sólo un suceso merece ser referido. Una mañana iba yo, en la provincia de Santa Clara, desde un lugarejo a la capital, y tuve que habérmelas con dos salteadores que pretendieron desvalijarme. La seguridad personal en Cuba era entonces muy deficiente, y había que vivir muy alerta,

sobre todo en los recorridos por parajes desiertos y magníficos, como era aquel por donde transitaba dicho día, en un caballejo criollo, conduciendo unos miles de pesos, en moneda de oro y plata, para pagar a los vegueros. Yo iba, pues, muy prevenido y saqué el revólver que tenía en la cintura, dispuesto a la defensa. En efecto, al doblar cierto recodo, un hombre se abalanzó a las riendas, pretendiendo detener la cabalgadura, y otro, machete en mano, surgió de la manigua. Hice fuego, y el que estaba en el camino cayó instantáneamente; mas el de la manigua, mientras tanto, pudo descargar su machete, con tal violencia, que dejó mi caballito en tres patas. En menos que se dice le metí dos balazos, y cuando iba a rematarle, ya pie en tierra, se me ocurrió decirle: «¡O me manifiestas dónde tienes tu caballo o te dejo sin respiración!» Aquella idea fue salvadora, porque el mulato me contestó, precisando el lugar, y pude sustituir mi pobre jaquilla que quedó allí desangrándose...

Nos interrumpió Jorge para decirnos que se iba a su casa y que volvería a comer con nosotros.

—Ya tenía algún capital —continuó don Alonso— y cansado de correrías decidí volver a La Habana, para establecerme en dicha ciudad definitivamente. Al poco tiempo entré en relaciones con una muchacha lindísima, hija de canarios, con quienes sostenía yo muy buena amistad. La joven se llamaba Virginia, y, además de bella, era inteligente, simpática y bondadosa. Nos enamoramos perdidamente; pero como ella apenas contaba dieciocho años, y yo no tenía aún los veinticinco, decidimos aplazar el matrimonio hasta que consolidase mi situación económica. A los diecisiete meses de noviazgo la pedí a los padres, porque mis asuntos marchaban muy bien, no sólo en el orden comercial, sino en el de la industria de la fabricación de rones, aguardientes y demás bebidas espirituosas.

...Una noche, hallándonos de conversación en la salita de su propio domicilio, con las ventanas abiertas, porque

había un tiempo sofocante, ocurrió el suceso más trágico de mi vida... Necesito humedecer los labios. ¿Me permite un momento para tomar un vaso de agua?...

Antes que él tocara el timbre lo hice yo, diciéndole:

—Si está usted fatigado suspenda la narración hasta mañana. No hay prisa...

—Gracias. Prefiero terminar la relación del hecho y mañana le expondré sus consecuencias.

Después de beber el vaso de agua, continuó:

—Hablábamos, repito, una noche y a solas, porque la madre había salido de la habitación, Virginia sentada en una mecedora, y yo en otra, junto a una mesita pequeña, con tapete rojo, donde ardía un gran quinqué de petróleo... En un momento de efusión me acerqué a Virginia para darle un beso, y ella vino hacia mí para corresponderme... ¡Del paraíso al infierno, señor Brito!... Oyó pasos de la madre, y se hizo atrás con tal rapidez, que la mecedora perdió el equilibrio, y la desventurada, sin darse cuenta, para evitar la caída se agarró del tapete y el quinqué se le fue encima convirtiéndola en una hoguera... ¡Toda, desde el pelo a los zapatos! Enloquecido, quemándome las manos, intenté apagar las llamas, mientras pedía a gritos una colcha, algo, con que envolverla y sofocar pronto el fuego; pero todo fue inútil... ¡La infeliz murió a los seis días, entre terribles dolores, convertida en un fantasma y pidiéndole a Dios que se la llevara pronto!...

—¡Horrible! —exclamé.

—¡Segundo golpe de la Adversidad! —manifestó muy conmovido—. ¡Otra nueva jugada, otra nueva vida, para el expatriado por la muerte del *Niño*!...

Sin decir nada más nos fuimos cada uno a su habitación porque había sonado el primer aviso para la comida...

V

Aquella noche me manifestó Jorge:

—Chico; no sé qué pensar de esa mujer; cada vez estoy más desconcertado.

—¿Qué ocurre? ¿Alguna novedad?...

—No. Lo de todos los días. Atenciones, amabilidades, finuras, insinuaciones si tú quieres; pero nada más... Así que le hablo en serio suelta una carcajada, hace un mohín, o tuerce la conversación... ¡Me deja plantado, José Antonio, sin decirme lo que la pregunto, ni rechazarme abiertamente!... ¿Qué opinas tú? ¿Debo insistir?...

—Opino dos cosas: que estás enamorado y que no eres psicólogo...

—Bueno, conforme; pero, y ella ¿qué es?: ¿una mujer frívola, coqueta, o un carácter tenaz y desconfiado?...

—Hombre; en tan pocos días... Yo no veo motivo para tus lamentaciones; pero cuenta, dame algún detalle para formar idea...

—Pues escucha. Ayer, por ejemplo, estuvo muy expansiva e insinuante en el Botánico, hasta el punto de llenarme de confianza, y cuando la abordé me contestó sonriente con una pata de banco...

—¿Qué te dijo?

—«La tierra está cansada de dar flores!», y dio una carrerita con el pretexto de cazar una mariposa. ¿Qué quiere decir eso?...

—Nada. Una estrofa de Campoamor... Escarceos... Y los ojos, ¿qué te cuentan?...

—A veces, cuando los entorna, me llenan de esperanza.

—Pues por ahí has de saber su secreto. Las mujeres o lo dicen todo con los ojos o no hay que creerlas nada. Por otra parte, eso es lo sublime, lo divino, el fuego que funde, «la cadena áurea del mundo», que dijo Homero (y perdona la cita) que debes prolongar todo lo que puedas antes que llegue la profanación de la palabra, del Verbo, que siempre es torpe y mezquino.

—¿Qué teoría! ¿De modo que debo conformarme con que me mire, con que alguna vez me mire?...

—Con que sin hablar te diga lo que sienta. Ve con calma, no te precipites, atolondrado y ridículo provinciano. ¿Crees, por ventura, que estás tratando con una señorita de pueblo, con alguna de esas jóvenes que andan a la pesca de marido sea como sea? Se trata de una mujer excepcionalmente hermosa, culta, producto de un gran medio social, millonaria, que sabe dar a las cosas su verdadero valor.

—Eso sí; no es nada gazmoña. Voy a contarte dos incidentes. Cuando llegaron mis primas al Botánico, con la prisa de ir a recibir las tuvo que coger por donde estaban regando y se recogió el traje hasta media pierna, casi hasta las ligas, como si tal cosa, a pesar de que yo iba detrás. ¡Qué piernas, qué líneas, José Antonio, se me quedó el cuerpo electrizado! ¡Calcula tú!... La otra mañana venía yo a buscarte y tomé por la galería donde están sus habitaciones, de pronto salió del cuarto de baño precipitadamente y tropezó conmigo, ¡en kimono, sin medias, luciendo aquella garganta!... Pues, ¿qué crees que hizo? Saludarme sonriendo, con mucha amabilidad, casi provocativamente, y decirme que entrara en su departamento porque don Alonso deseaba darme un recado...

—¿Y todavía te quejas, insaciable mortal?

—Llegamos al gabinetillo que separa sus dormitorios, me ofreció un sitio y se sentó frente a mí, a esperar que saliera el padre... ¡Sin camisa, señalándose todo, estupefaciente, con aquella blancura deslumbrante!...

—Y en esos momentos, ¿qué te dijeron sus ojos?

—¡Nada, menos que nada; porque creo que ni me miraron!... Adoptó una actitud tan natural, tan indiferente, que fue para mí como una montaña de nieve. No me atreví a decirle ni una palabra...

—¿Ves? Lo que te digo...

—¡Enigmática, desconcertante, incomprensible!

—¡Ca! Dueña de sí; persuadida de que donde no hay intención no existe pecado; ingenua, como debió ser la madre, y fuerte como es el padre, sencillamente.

—¿Y qué sabes de él? Por lo visto te interesa mucho.

—Un enigma. Ése sí que es desconcertante. Me cuenta sus viajes, cosas de América; pero de su vida no sé aún sino que está cardíaco (lo que quiere decir que se morirá pronto), que tiene muchos millones (que heredaría la hija) y que a ti te llama verdolaga, viéndote hacer el palomino atontado...

—¡Adiós, águila! Me voy.

—Hasta mañana, *hereu*. ¡Que Dios te ilumine!

Era ya medianoche cuando me metí en la cama. ¡Qué pesadilla! Soñé encontrarme en la cueva de los *Paredones*, en compañía de Blas, el *Niño* y el piloto del *Ibiza*, entre horribles llamas que producían un humo fosforescente, en el que bailaba don Alonso, vestido de Satanás, y María Leticia, en kimono, luciendo las piernas, subía y subía, en busca de Jorge que se hallaba sentado en el planeta Marte (partido en dos), mientras Virginia alumbraba el Cielo con un quinqué monstruoso, oculta entre nubarrones...

Me levanté tarde y, por tal motivo, se retrasó la salida para las Ramblas, donde íbamos aquel día, invitados por las primas de Jorge, a almorzar en una de las propiedades de Guadalupe.

Cuando llegué al punto de partida me hicieron un escándalo, incluso don Alonso, que protestó festivamente de mi pereza.

Miss Maison no estaba allí, porque según me dijo María Leticia, su madre había enfermado. Esto me produjo viva contrariedad.

Ni don Alonso, ni su hija, habían pasado de los Realejos; así que lo restante del viaje fue para ambos motivo de permanentes ponderaciones. Aquellas inaccesibles rocas basálticas en que se estriba el Teide, para poder subir más allá de las nubes, de recuencos y barrancos que producen escalofríos; aquellas cascadas deshaciendo al sol sus cabelleras de espumas; aquella vía ondulante, ceñida, que parece agazapada por temor a los desprendimientos; aquella lengua de tierras fecundas que lleva hasta las playas la gloria del platanal; aquel manto azul, refulgente, de las aguas del océano, de donde suben frescas brisas embalsamadas, todo fue motivo de emociones para ellos.

—¡Magnífico, magnífico! —decía constantemente don Alonso.

Llegamos a la finca de Guadalupe, y descendimos por una rampa orillada de adelfas hasta la casuca infanzona, de despintadas maderas y sillares raídos por el aliento del mar. Gentes campesinas, en traje dominguero, nos aguardaban, complacientes, prodigando el su merced. El abuelo octogenario, corvado y enjuto como un sarmiento, besó la mano de Guadalupe con los ojos arrasados de lágrimas, diciéndola «¡su niña, su querida niña!».

Como la playa está próxima quiso don Alonso que almorzáramos en ella. Era muy pendiente el sendero y cada uno de nosotros ofreció el brazo a una excursionista. Me

tocó a mí Guadalupe, que, con sus tacones Luis XV, apenas podía dar un paso. ¡Así tuve que sostenerla y evitar vaivenes peligrosos!...

Después del almuerzo, que fue opíparo, como cosa preparada y dispuesta por Guadalupe, todos se fueron a pasear por la ribera, y don Alonso y yo permanecemos allí, en aquella especie de caracol, encantados de la suavidad del día.

Reanudó entonces el relato.

—La muerte de Virginia fue para mí un derrumbamiento porque además de la pérdida de la mujer elegida, de la futura esposa, la visión permanente de aquel momento trágico en que la infeliz, ardiendo como un réprobo, fue hacia la ventana, me dominó como una pesadilla, produciéndome un desequilibrio nervioso, que a poco más me sume en la locura. Estuve muchas noches sin cerrar los ojos, y muchos días sin comer, alimentado con algunos sorbos de leche y zumo de caña helada, únicas cosas que podía tomar... ¡La idea fija, amigo Brito, es un taladro que hace la voluntad como una criba!... Enloquecido, esclavo de pensamientos impropios de un hombre en su normalidad, me fui una tarde de paseo por la ribera, y anduve, anduve, hasta rendirme. Me senté, como estamos ahora, frente al mar, buscando en mi interior fuerzas para resistir siniestras tentaciones. Recapitulé: toda mi vida, especialmente cuanto me había sucedido a partir de la muerte del *Niño*, acudió a mi memoria como un fúnebre cortejo, porque entonces no tenía en la imaginación otro color que el de las tinieblas... Poco a poco el espectáculo del mar, de ese poder ciego e indomable, me fue tornando a la vida, tranquilizándome, hasta que volví a mis conclusiones del *Ibiza*... No pensar en lo irremediable; desasirse del vano empeño de las lamentaciones; no indignarse ante los hechos, y deducir siempre las mayores ventajas... ¡Los naipes, la jugada, amigo Brito!... ¡Mi concepto de la Vida!...

—Había sufrido un eclipse —manifesté.

—Para brillar más claro en mi conciencia, para reafirmarse definitivamente... Comprendí que debía cambiar de medio, dejar Cuba, apartarme de cuanto impidiera (por la fuerza de las evocaciones) que en una nueva faz, en una nueva orientación, resurgiese el mundo de las esperanzas, de las luchas, de las ilusiones, únicos sostenes de la Vida... Decidí vender todo lo que tenía, en el menor plazo posible, y trasladarme a los Estados Unidos. Ésa fue mi resolución aquella tarde...

Llegaron hasta nosotros los demás compañeros de excursión, y nos dijeron que iban a dar un paseo por la finca de Guadalupe, para hacer unos ramos de flores y tomar después el fresco a la sombra de las adelfas. Les dejamos ir, encargando a Jorge que nos avisara el momento del retorno.

—Con la protesta de los padres de Virginia (que me habían cobrado mucho afecto), y la de mis amigos, realicé todos mis bienes, con bastante fortuna, en veintisiete días, al cabo de los cuales partí para Nueva York. «¡Fuera de aquí!; ¡sacudirlo todo! —me decía—. ¡Debo ser un hombre nuevo, en una nueva vida!»...

—Una vez más puso usted a prueba la energía de su carácter —expresé.

—Hice lo que era acertado, porque adormecerse en los recuerdos, dejar que una idea lúgubre nos esclavice, no atajarla y vencerla, por todos los medios al alcance de la voluntad, es dar en la locura o caer en una especie de panteísmo en que hasta los objetos se nos imponen... ¿Puede negarse la influencia del medio, de las cosas, de las mil maneras de sugestión de cuanto nos circunda? ¿Entre recuerdos de Virginia iba yo a vencer fácilmente su propio recuerdo?...

—Claro que no.

—Y perdida ella, ¿de qué me servía su presencia en mi espíritu, como no fuera para componer una elegía o algo semejante? Claro es que en absoluto no se borran

las imágenes, perduran; pero como cosas secundarias, esfumadas, que lejos de enervar, consuelan muchas veces; pero ése no era mi caso. La obsesión es lo que esteriliza y mata, y de ella tenía yo que apartarme... La gran metrópoli del trabajo, de los delirios, la sede de la raza de los esfuerzos siempre superados, y de la velocidad siempre en aumento, con su ideología brutal, me dio recursos para la liberación que buscaba... Metido en el vórtice, las nubes fueron disipándose, y a los pocos días de estar en él, ya tuve espacios libres, momentos —cada vez más dilatados— en que mi cerebro se emancipó del fantasma, permitiéndome reconciliarme con la Vida...

Calló un instante, y luego añadió:

—¿Le parece que demos un paseo por la orilla? Me siento pesado. Estos almuerzos al aire libre, y la abundancia de platos de mi predilección, me llevan más allá de lo que el estómago consiente.

—Como usted guste —contesté.

—Entro ahora en un período muy interesante. Fui recomendado a un *boarding—house* de la viuda de un cónsul yanqui que había servido muchos años en La Habana; una especie de casa de huéspedes limitada a pocas personas, y allí trabé amistad con el hombre que más ha influido en mi vida, con un ser verdaderamente excepcional, de quien ya tendré que hablarle durante todo el curso de mi relato... Voy a ver si logro darle una idea de aquel inolvidable amigo, ya muerto, por mi desgracia. Era polaco, descendiente de una antigua familia noble que salió de su país huyendo de persecuciones religiosas y se estableció en Inglaterra. Se llamaba Vladislao Chozco, tenía seis años más que yo (treinta, cuando nos conocimos) y era de mediana estatura, de recia complexión, ojos verdes, casi negros, pelo rubio y piel tostada, bruniada, como la de los hombres de mar avezados a las inclemencias de todas las latitudes. Poseía un entendimiento muy fértil, ofuscado a veces por una imaginación soñadora, y una cultura vastísima. ¡Mo-

ralmente un santo, así, amigo Brito, un santo!... Nadie nos presentó, y una tarde, advertido yo de que conocía el español, nos quedamos hablando con motivo de preguntarle por el mérito de cierta gramática inglesa que los periódicos anunciaban mucho y que había adquirido con el propósito de estudiar concienzudamente aquel idioma. Cogió el texto, lo hojeó detenidamente, y después dijo: «No debe usted preocuparse demasiado de estudios gramaticales, de profundidades, si lo que quiere es comunicarse con los demás, así como yo lo estoy haciendo con usted en español. Yo desearía conocer bien, a fondo, mi idioma nativo, porque es el que traduce los sentimientos de los de mi raza, de los de mi país, pero los restantes idiomas (y chapurreo cinco) los he aprendido exclusivamente para poder andar por el mundo..., para establecer esas relaciones superficiales y necesarias entre los seres de distintas procedencias... ¡Para el alma no hay más que un idioma! Las cosas de negocios exigen pocas palabras. El genio de un idioma es el de una raza, y nadie debe desnaturalizarse, en lo más íntimo y personal que tiene cada pueblo.»

—¡Donosa teoría! —exclamé.

—Pues así era el hombre. En eso y en todo. Ya tendremos ocasión de volver sobre ese punto... Aquel día se me ofreció para darme algunas lecciones de inglés, sin gramática, a viva voz; y por las noches, después de la comida, salimos juntos a pasar el rato en un *bar* donde se reunían extranjeros de diferentes naciones... Poco a poco fui conociendo su historia: se había educado en un seminario, con propósito de hacerse cura; pero, no encontrándose con fuerzas para el sacerdocio, abandonó aquellos estudios y se consagró a los de Náutica. Quiso entrar en la Armada holandesa y como tropezara con dificultades, por su origen polaco, comenzó a navegar en buques mercantes de aquella nación, primero, y después en cuantos se le ofrecieron, hasta que tuvo una pequeña fortuna y se estableció en Nueva York, donde, además de ser el representante de una compañía naviera, trabajaba en ne-

gocios de exportación asociado a un alemán residente en Puerto Cabello.

Se oyó un pitazo. Era Jorge que avisaba el regreso y nos pusimos en camino hacia la finca de Guadalupe.

—Conocía medio mundo, y había leído de todo aprovechando las horas muertas de las largas navegaciones, especialmente de Inglaterra a Australia, donde había servido algunos años... ¡Siempre, siempre, amigo Brito, estaba aquel hombre con un libro en la mano, como no fuera en las horas de oficina o en el *bar* y paseando, únicas expansiones que se permitía!

—Le aficionó a los libros. Comienzo a explicarme por qué usted ha leído tanto.

—Me aficionó a los libros y a penetrar en las cosas y en los hombres... Pero verá usted; cogí por entonces una pulmonía, y al verme solo, sin parientes ni amistades, se constituyó a mi cabecera, con una solicitud y un cariño extraordinarios. De día, de noche, a todas horas, estuvo pendiente de mí mientras me consideré en peligro. Después buscó un lugar cerca de Nueva York, un pueblecillo de campo, y allá nos fuimos cinco semanas a consolidar la mejoría, a convalecer, como usted ahora en el Valle de La Orotava. Nuestra amistad se hizo entonces íntima, fraternal, porque ambos nos referimos nuestras mutuas andanzas y desventuras...

Comenzábamos a subir el tortuoso sendero que conduce a la finca de Guadalupe y don Alonso se detuvo a contemplar el panorama.

Bajo la influencia del crepúsculo las aguas del océano estaban relucientes de oro. Era la baja marea, y negros peñascos perforaban el líquido cristal produciendo la impresión de monstruos marinos que se asomaran a ver la puesta de sol; la brisa rizaba la superficie, y los *borregos* de Atlante parecían venir hacia tierra ganosos de verse en la playa antes de que llegase la noche; el relieve de

la isla, ondulado y agreste, tenía a trechos entonaciones de bronce florentinos...

Don Alonso pronunció frases de entusiasmo, y luego dijo:

—Aquel hombre llenó todos los vacíos que había en mi alma. Yo no sé el concepto que tenga usted de la amistad, de esos vínculos que nacen entre personas sencillas, por afinidades ocultas... Probablemente será usted pesimista, como yo lo fuera de no haber tropezado con Chozco, porque desgraciadamente estamos muy distantes de aquellas épocas en que la amistad alcanzó permanentes y gloriosos ejemplos... El hombre inmoral llama amigos a los que son sus cómplices; el ocioso al que le acompaña a pasar alegremente el tiempo; el disoluto al que le secunda en sus extravíos; el negociante a su socio, al que le ayuda a ganar el dinero, etc. Pero eso no es la amistad; éstas son relaciones interesadas y superficiales que se quiebran apenas desaparecen las causas que las produjo. La verdadera amistad es algo tan hondo, tan puro y grande que se da muy pocas veces, pero si existe es como un casamiento indisoluble. Yo he tenido en mi vida la suerte de encontrarla, y precisamente en los instantes en que más me convenía, no sólo por mi situación de ánimo (como usted va viendo) sino porque Chozco me trajo en el orden cultural lo que yo no hubiera podido ni concebir, cuando todavía estaba en tiempos de recogerlo. Se dice que el grado de amistad entre dos personas depende de la importancia de los servicios que se hayan prestado, y yo creo que esto es verdad, porque si Chozco fue para mí la Providencia, yo fui poco menos para él... ¡Cuántas veces me lo decía con los ojos inundados de lágrimas!...

—Se completaban ustedes, por lo visto.

—Admirablemente. Ya usted se irá dando cuenta. Chozco me devolvió a la Vida. Gradualmente fue transformándose mi panorama interior: ya todo no era negro, porque él puso el blanco, y los tintes grises, el amanecer de otra

vida, fueron alejando la sombra en que me dejara sumido la tragedia de Virginia... En los dos años que permanecemos en Nueva York, no sólo estudié inglés, contabilidad, y otras cosas útiles, sino que adquirí conceptos de Filosofía y de diversas materias que me eran completamente desconocidas, gracias a sus enseñanzas orales y a la biblioteca numerosa y seleccionada que puso a mi disposición. Decía él que yo estaba dotado de curiosidad, de buenos deseos, y de aptitudes para establecer relaciones, metodizando a mi manera los conceptos que adquiría...

María Leticia nos salió al encuentro, con un gran ramo de flores, haciéndose lenguas de la amabilidad de las primas de Jorge.

—¿Entonces Jorgito va cumpliendo bien su convenio? —le preguntó don Alonso.

—Muy bien. Si sigue así vas a ser tú quien, de acuerdo con José Antonio, señales la época de nuestra partida...

—¿De acuerdo conmigo?... —le pregunté.

—¡Claro! ¿No piensa usted venir con nosotros?... Mi padre sin usted ya no sabe vivir, y por lo que veo se pagan en la misma moneda...

—¡Celosa! ¿Ya tienes celos? —dijo don Alonso.

—¡Claro! Pero Jorge, afortunadamente, me compensa de esos desvíos...

Así que nos quedamos otra vez solos, detuvo el paso, y en tono de confidencias expresó:

—Me parece que anda el Amor por medio, amigo Brito, y aunque yo en estos asuntos ni quito ni pongo rey, le agradecería que me dijera con sinceridad, si es cierto todo lo que manifestó el otro día acerca de Jorge. Franqueza por franqueza, yo nada le oculto...

—Quizá fui parco. Jorge es intachable, don Alonso, y si María Leticia le corresponde yo creo que usted no debe sentirse intranquilo. Salvo que usted tenga aspiraciones

extraordinarias que rebasen los límites de lo que por aquí se encuentra.

—Gracias; le agradezco sus informes... Yo no aspiro sino a que ella sea feliz. Este viejo tronco ya no tiene más que esa rama que le sujete al mundo, y, como es natural, quisiera verla florecida o en condiciones de que florezca... ¡Qué triste es la vejez!... ¡Se sabe mucho y no se puede nada!...

Hice un elogio de María Leticia, para concluir manifestando que estaba seguro de que sabría hacer una buena elección, sin dejarse deslumbrar por fuegos fatuos o aparatosas vanidades.

—Sí —manifestó—. Hasta hoy ésa fue su conducta, porque ha tenido muchos pretendientes y a ninguno aceptó. No se da cuenta de mi estado de salud, no quiere convencerse de que cualquier día me quedo muerto, y de que entonces será muy difícil su situación, sin parientes, ni de una ni de otra rama.

—Adelanta usted los sucesos, don Alonso; tiene usted todavía muchos años por delante... No veo razón para esos pesimismo; su aspecto es inmejorable.

—Todo lo que usted quiera; pero un cardíaco es como un reloj, que se para cuando menos se cree. No me hago ilusiones... Pero vea usted lo que es la Vida; después de tantas luchas, de tantas fatigas, logré hacer un capital y ahora me encuentro con que precisamente esa situación económica es el mayor obstáculo para la felicidad de mi hija. ¡Qué sarcasmo! ¿verdad?...

—¿Y por qué, don Alonso? No entiendo...

—Pues verá usted. Esta muchacha, que es un tipo especial, tiene la obsesión de que los que la solicitan no lo hacen por ella, por sus cualidades, sino por el dinero que yo acumulé... Cuando usted sepa quién era la madre, y conozca toda la vida de Chozco (que fue su padrino y su maestro), se explicará la existencia de esa preocupación... ¡No se sabe cómo se acierta!... ¡Huyendo de un

peligro se cayó en otro!... ¡Arduo problema es el de la educación!...

—Ciertamente; pero esos recelos demuestran que su hija no es un ser vulgar... ¿No fuera peor que enorgullecida de su dinero, lo fiara todo a cosas ridículas en la feria de las vanidades?...

—Por lo que hace a su propia felicidad quizá no. Mire usted, amigo Brito, yo después de muchas observaciones he caído en la cuenta de que en este mundo la única manera de ser dichoso es tener un objetivo (cuanto más bajo mejor) y poder realizarlo. Los infelices son aquellos que van tras de sueños irrealizables. ¡Son los forzados, los galeotes, que han de morir con el remo en la mano sin un momento de tregua, de saciedad!...

—¿Entonces los seres vulgares, que van a ras de tierra, son los que se hallan más cerca de la felicidad?

—No lo dude ni un momento. Será todo lo desconsolador que usted quiera, pero es la verdad. Los goces están más en uno que en las cosas. Así ve usted, por ejemplo, a un avaro: prescinde de todo por el afán del dinero, por reunirlo, y cuantas privaciones se impone son a manera de flagelaciones para llegar a su Dios, al objeto exclusivo de su felicidad. Desde nuestro punto de vista aquel hombre es un desventurado, un ser digno de lástima; pero la realidad es que sus placeres deben ser muy intensos cuando sacrifica a su pasión todas las satisfacciones que tenemos los demás mortales... Chozco fue más infeliz que yo, porque su meta era inaccesible, y mi hija va camino de ser una desventurada... ¡Ojalá me equivoque!...

—¿Me quiere usted decir por qué?

—Busca un hombre como se lo forjaron la madre y Chozco. ¿Quiere usted creer que su preocupación ahora, cuando nos ve en estas pláticas, es que yo le diga a usted cuál es nuestra situación económica?... De ahí deduzco que está un poco interesada por su amigo, por Jorgito, y que teme que si yo le hago confidencias a usted se las

transmita a él... He tenido que hacerla ofrecimientos, con toda solemnidad, para tranquilizarla... ¡Y aquí me tiene usted, amigo Brito, después de mis luchas, de reunir una fortuna, con los pies en el sepulcro y pendiente de una flecha de Cupido!...

Habíamos llegado a la carretera, donde estaban los compañeros de excursión, y subimos al coche sin pérdida de tiempo porque el día agonizaba.

Así que estuvimos en el *Taoro* se fueron Jorge y sus primas, a quien aquél debía llevar a sus respectivos domicilios, porque a pesar de las reiteradas invitaciones no quisieron quedarse a comer con nosotros.

Don Alonso continuaba sin hacer la digestión del almuerzo, quejándose de la pesadez de que me hablara dos horas antes, y resolvió pedir una tisana de manzanilla y acostarse sin cenar.

—Puesto que usted también está solo en su mesa acompañe a María Leticia: ocupe mi puesto —me dijo cuando se despedía.

Así lo hice.

Hablamos de la excursión, de lo bien que habíamos pasado el día, y ella se mostró muy satisfecha de las primas de Jorge, especialmente de Guadalupe.

—Es lindísima —dijo— y debe tener un corazón de oro. Después de tratarla no me explico ciertas cosas...

Asentí con frialdad a las alabanzas, temeroso de que Jorge la hubiera informado de las habladurías que de tiempo atrás andaban en lenguas de sus parientes.

—¡No disimule, José Antonio, estoy enterada! —manifestó—. Ha hecho usted una buena elección, pero no sea tan cruel, tan engreído...

—Jorge es un charlatán, sencillamente un charlatán, que se hace eco de majaderías... Entre Guadalupe y yo no existe nada, como no sea una excelente y antigua amistad...

—¿Va usted para cartujo?... ¡Qué gracia, después de su vida de estudiante!...

—¿También le dijo Jorge?...

—¿Si usted se interesa por la vida de mi padre, qué mucho que yo lo haga por la de usted?...

—Apenas hay diferencia... Yo he sido un atolondrado que deshojé flores estúpidamente... y estoy arrepentido.

—¿Y ahora todo para los libros?...

—Ni eso. ¡Para soñar cosas que no están en el mundo... y admirar a los amigos que las han encontrado!...

—¿Que no están en el mundo?...

—Para mí, no; para mí no están...

—¿De modo que no hay nada entre usted y Guadalupe?... ¿Formalmente?...

—En absoluto; con toda formalidad.

Me pareció, cuando hice estas afirmaciones, sorprender en sus ojos, en lo más recóndito de sus negras pupilas, un halo de satisfacción y los dos permanecimos en silencio durante unos minutos.

—¿Le habrá contrariado a usted hoy la ausencia de miss Maison? —dijo de pronto.

—¡Naturalmente! —repuse festivo—. Es todo el objeto de mi vida..., ¡pero ese húsar, la idea de ese húsar me atormenta!...

—¿La cree usted una de las flores que se deshojan y se olvidan?... Me parece, si eso supone, que tendrá que rectificar.

—Yo nunca formulo juicios temerarios. Me resigno con lo que Dios me depara. ¿Todo para Jorge?... ¿No ve usted que es una crueldad?...

—Si usted lo oyera a él no hablaría de ese modo.

—¿Por qué? ¡Es insaciable! ¿Desea más todavía?...

—Habla de usted con tal entusiasmo que parece estar envidioso.

—¿Que me envidia?...

—Su talento, su cultura, su retirada... ¿Cree usted que yo no conozco su vida?...

—Falseada, seguramente. ¿Quiere usted que se la refiera?...

—Lo que yo ignore no habrá usted de decírmelo. Doy más crédito a Jorge.

—Evidente que sí; pero él no sabe de mis cosas tanto como yo. Además le ciega el afecto que me profesa. No fíe usted de sus informes.

Hubo otra pausa. Yo sentí un embarazo, una turbación de adolescente, y ella me pareció dominada también de parecidas sensaciones, hasta que por fin dijo:

—¡Qué bellos ojos los de Guadalupe!

Levanté los míos y de los de ella salió un hechizo de luz que me dejó deslumbrado y estremecido. La chispa fue y vino, durante unos segundos, en un silencio anhelante, que hube de interrumpir exclamando:

—¡Qué fatalidad!

Se puso de pie, sin hacerse cargo de mi exclamación, y nos fuimos a dar paseos en una de las terrazas... «Pero ¿qué ha sido esto?... ¿Cómo se produjo?... ¿De quién partió?...» Me iba yo diciendo, mientras ella parecía buscar ansiosa el aire fresco de la noche...

VI

La indisposición de don Alonso careció de importancia, pero le retuvo en su cuarto hasta mediado el día.

Jorge tampoco apareció aquella mañana, y yo la empleé en hacer examen de conciencia. Sentía una angustia, un desasosiego, después de la última escena con María Leticia porque me consideraba reo de deslealtad con Jorge y en situación equívoca con don Alonso: hice un severo análisis y convine conmigo mismo en la necesidad de alejarme de aquella mujer, de no reincidir en las debilidades de la noche anterior, que incluso podían conducirme al ridículo. «¡Qué necesidad! —pensaba—: debí comprender que de su parte sólo hubo el propósito de sumarme a su corte de admiradores. Todo fue un juego de coquetería, de vanidad, porque no soportaba mi indiferencia, mi frialdad, ante su hermosura, y quiso vencerme... Con toda seguridad se habrá ufano de su triunfo y estará haciendo los consiguientes comentarios...»

Tomé, pues, la resolución de no prestarme más a coqueterías, y de olvidar aquellas peligrosas insinuaciones, que podían poner en riesgo mi amistad con Jorge y el concepto que le merecía a don Alonso.

A eso de las doce llegó éste, y como le preguntara por el estado de su salud, contestó:

—Medianejo. Crea usted, amigo Brito, que a pesar de lo que dice el burro de la fábula, es posible que un asno

lleve dos albardas, porque yo, además de los padecimientos del corazón, tengo que soportar con frecuencia estas desazones del estómago... Anoche apenas pudimos cerrar los ojos: mi hija desvelada, con insomnio, y yo al retortero hasta las seis de la mañana... ¡Día de mucho, víspera de nada!

—¿Qué tiene María Leticia? —le pregunté.

—Nada... ¡Es un manojo de nervios! Ella se lo dirá a usted a la hora del *lunch*... ¿Quiere usted que demos una vuelta y reanudemos el relato?...

—A sus órdenes; con mucho gusto.

Apenas puesto en marcha, continuó:

—Ha de convenir usted conmigo en que ante aquella espantosa situación de la tragedia de Virginia, hice la jugada posible, busqué la única manera de librarme del marasmo en que seguramente hubiera caído... Fíjese usted en que yo era entonces un joven sin cultura, que no sabía palabra de inglés, y en que el hecho de abandonar el país en que estaba establecido y tenía relaciones, donde iba camino de hacer una fortuna, supuso un acto de energía, porque me trasladaba a un mundo desconocido...

—Algo como una segunda expatriación.

—Eso es; porque Cuba era ya para mí una nueva patria: me había hecho a la idea de vivir allí para siempre... Huyendo del fantasma del *Niño* tomé la primera decisión de salir de estas islas, en busca de otros horizontes, de otra vida, y huyendo del espectro de Virginia me embarqué otra vez para meterme en la babel de Nueva York...

—Ahí está María Leticia —le dije porque la vi venir.

—Yo no sospechaba siquiera —continuó diciendo— que encontraría a Chozco, ni llevaba plan alguno, ni conocía a nadie en Nueva York... ¡Iba a la ventura de Dios, de la mano providente, como una de esas aves emigradas

que cambian de país, de latitud, ante la necesidad de seguir viviendo!...

—¡Buenos días, José Antonio! —dijo ella.

—¡Muy buenos! —la respondí, puesto de pie y ofreciéndola un sitio para que se sentara.

Su piel de camelia blanca era más transparente que nunca; sus ojos parecían febriles y el carmín de los labios no tenía la viva coloración de otras mañanas. Diríase, en efecto, dominada de una preocupación después de una noche de insomnio. «¿Qué será? ¿Qué le habrá dicho a su padre? ¿Por qué quiere darme a mí personalmente esa noticia?», me decía rememorando intranquilo, las escenas de la noche anterior.

Don Alonso propuso que diéramos un paseo, y durante todo él habló de la situación económica de la Argentina, y de otros asuntos relacionados con dicha república, a los que apenas presté atención. Volvimos al hotel, en el momento en que los restantes huéspedes se sentaban a la mesa, y María Leticia manifestó:

—¿Insistes en permanecer hoy a líquido?

—Sí. Ahora voy a que me hagan un ponche de huevos y leche. Pasen ustedes al comedor. Hasta luego —repuso— y se marchó dejándonos solos, sentados en un sofá.

—¿Toma usted un aperitivo?... Tengo hoy deseos de acompañarle.

—Como usted quiera. ¿Qué pido?...

—Vermouth.

Toqué el timbre y encendí un cigarrillo egipcio. Estábamos muy próximos, porque apenas cabíamos en el sofá, y así que solté la primera bocanada de humo se acercó más a mí, y dijo perezosamente:

—¡Qué aroma! Si yo fuera hombre fumaría siempre de ese tabaco. Trasciende a cosas orientales... Debe sugerir bellas fantasías... ¡Me reanima!...

—A mí me cansa; necesito alternar con el habano —repuse indiferente.

—Es natural; los hombres de su temperamento buscan siempre novedades..., motivos de nuevas sensaciones...

—¿Qué sabe usted de mi temperamento? ¿De dónde deduce?...

—De nada y de todo. ¿No ve usted que las mujeres, hasta las más infelices, tenemos el don de adivinar ciertas cosas?...

—¡Qué penetración!

—Nos guía el instinto de defensa.

—Pues respecto a mí, se equivoca usted, María Leticia: yo no soy como usted supone. Cambio solamente aquellas cosas en que la mudanza reporta beneficios; pero nada más. ¿Me cree un insensato?...

No dijo nada, y sonrió, de aquella manera única en que consiste su principal motivo de seducción. Inmediatamente apuró el vermuth, se puso de pie y nos fuimos a la mesa.

A poco que nos sentamos vino un mozo con una botella de champán, colocada en una refrigeradora de latón, y procedió a descorcharla.

—¿Piensa usted que nos emborrachemos? —la pregunté.

—Es un día en que todo se disculpa. ¿No le dijo nada mi padre?...

—Sólo supe que había usted dormido mal anoche.

—¡Y tan mal!

—¿Puedo saber el motivo?

—Ayer hablaba usted con una niña y hoy con una mujer... ¡Llegué ya a la mayor edad!... ¡Una vieja...!

—¡Anoche y hoy con un ángel, sólo que le han crecido las alas!

—¿En tan corto tiempo?

—Así son todas las ficciones jurídicas. ¡Qué sorpresa! ¿Por qué no me había usted dicho nada? De seguro que Jorge lo sabía.

—Tampoco.

—Me hubiera gustado hacerle algún presente...; aunque fuera un ramo de flores...; un epitalamio...

—¡Ja, ja, ja! ¡Si yo no pienso casarme!

—¿De modo que Jorge?...

—Un amigo como usted..., menos interesante...; absolutamente nada más... ¿Se ha contagiado usted de la manía de mi padre?...

Mi voluntad había sucumbido, y la loca imaginación, adueñada de mí, volaba a su albedrío sin permitirme recordar siquiera los propósitos que antes había formado. Eran su boca y sus ojos los que principalmente me fascinaban... ¡Irresistibles!...

—¡Qué cosas cría Dios! —exclamé neciamente.

Alargó entonces ella su copa, y dijo sonriendo:

—¡Choque! ¿Beberemos juntos el año que viene?...

—Todo es que usted lo quiera...

—¿No piensa usted viajar? El mundo parece grande y no lo es; quizá rodando por esas tierras...

—¿No volverá usted por aquí? Éste es un país de descanso, de amor, y yo espero que Jorge haga el milagro, y usted se persuada de que don Alonso tiene razón...

—Nunca lo he dudado: mi padre tiene razón y yo también. ¡Ése es el conflicto, precisamente!...

No supe qué decir, y ambos permanecemos en silencio hasta que al terminar los postres, manifestó:

—He bebido demasiado. ¡Buen comienzo de mayor edad!...

Yo estaba ya de pie, y al ver su descote, su brazo casi desnudo con la copa en la mano, sus facciones encendidas y sus ojos llenos de nostalgias (tal me pareció), dije arrebatadamente:

—¡Yo sí que estoy ebrio! ¡Me hierve la sangre en la cabeza!

—¿Bebió mucho?...

—¡No es de champán! ¡Soy un desventurado!

—¡Ja, ja, ja! ¡Está monomaníaco!

Y anduvo erguida, gentil y vaporosa, hasta ganar la puerta del vestíbulo donde nos esperaba don Alonso.

—¿Qué tal el ponche? —le preguntó.

—¡Un bálsamo! Y ustedes ¿han celebrado el día?

—Maravillosamente —manifesté—. He ofrecido a María Leticia componerle un epitalamio.

—¿Para qué fecha? —preguntó ella, apicarada y mimosa, sentándose junto a su padre.

—Me da el corazón que para muy pronto...

—Pudiera ser; pero todavía no hay síntomas en el horizonte...

—Ya es mayor de edad —dijo don Alonso— y espero que entrará en razón... Vamos ahora, José Antonio, a continuar nuestra tarea.

—¿Estorbo?... —preguntó María Leticia.

—No. Para ti no tenemos reservas, y además voy a hablarle de tu padrino, porque quiero que lo conozca.

—No lo conseguirás por mucho que te esfuerces. ¡Estaba de non en el mundo!

—La Naturaleza tiene sus leyes —comenzó diciendo don Alonso— y no permite, verbigracia, que un olmo se convierta en peral; mas sí consiente que se perfeccionen sus

creaciones. Eso es lo que hizo Chozco: despertar y fomentar cuanto existía en mí de valioso, con suma discreción y habilidad. Fue un educador. Claro es que su alma y la mía eran congéneres, y por eso me aprovecharon más sus enseñanzas, sus observaciones. Pondré un ejemplo para que usted se dé cuenta de cómo, desde los primeros instantes, me fue abriendo los ojos... Yo sentía verdadero entusiasmo por el pueblo yanqui, a quien creía suprema expresión de las virtudes de una colectividad constituida de hombres libres, audaces, cultos y emancipados de prejuicios... «Sí —me decía—, aman el trabajo y luchan denodadamente por el progreso; pero carecen del sentido de la medida. Este pueblo es una máquina formidable en que incluso las almas están mecanizadas, y así resulta que poseyendo todos los factores de la felicidad, no son felices: blasonan de libertad y son esclavos de la peor de las esclavitudes: presumen de demócratas y han levantado la más abominable de las aristocracias...». De ese modo, día por día, fue poniéndome de manifiesto todas las llagas y errores de aquella nación, que eran los míos, fundamentalmente los míos: predominio de las cosas materiales sobre las del espíritu; afanes casi exclusivos de riquezas; olvido de que la vida es una sucesión de días, de horas, de minutos y de que si se les deja correr, aguardando mejores tiempos para disfrutar de los placeres que le son inherentes, perdemos el poder de emotividad que radica en el espíritu, y nos encontramos, al fin de la jornada con que ya es tarde para la felicidad...

—¿Recuerdas su símil? —preguntó María Leticia.

—Sí. Decía que de igual modo que se pierde la potencia visual si se nos mete desde niños en una mazmorra, si se nos priva largamente de luz, se atrofian en el alma las facultades de expansión, de contento, de sentir los puros y elevados goces, cuando no se las ejercita... De ahí resulta que muchos desventurados —la mayoría de los que levantan millones— dejan para el final, para el día en que sean poderosos, el descanso y los placeres de la vida, y mueren

como mulos de noria porque ya ni saben ni pueden obrar de otra manera...

—¡Qué verdad es ésa! ¡Cuántos he conocido así! —manifesté.

—Chozco me libró de esos peligros. Me hizo ver que cada edad tiene sus fueros y que el trabajo alegre, recompensado, es el ritmo de las vidas armónicas... No quiero cansarle... Por medio de observaciones, de ejemplos, me fue haciendo ver cuánto existe de absurdo en Norteamérica, desde los «trust» hasta los menores detalles, y en los veintiocho meses que estuvimos en aquel país, fui sufriendo una especie de metamorfosis, porque sus ideas (y el lento germinar de mis propias reflexiones) hicieron camino, determinando mi verdadera personalidad...

—Se constituyó usted intelectual y moralmente —manifesté.

—Eso es. En tanto que existe algo definitivo en nuestra constitución, porque yo supongo que usted estará convencido de que en las sucesivas determinaciones de nuestra personalidad, poco hay inmutable, y que todo evoluciona en función del tiempo y de las «causas actuales», que dijo el pensador al explicar los grandes ciclos por que ha pasado la Creación.

—Conservando siempre (como usted indicó el otro día) lo que nos es característico.

—Naturalmente; pero en el dinamismo de la vida, de las acciones, la existencia de un ser consciente no puede ser como el de una piedra. En mis rasgos fundamentales yo soy el mismo que hace cincuenta años; pero en todo lo demás he variado mucho: ¿Verdad, María Leticia?... ¿Te aburren nuestras digresiones?...

—Me aburren, y como están ahí Jorge y sus primas debe suspenderse la sesión.

En efecto, venían Guadalupe, Rosita, Filomena y Jorge, con algunos presentes, porque enterados de que era el cumpleaños de María Leticia se apresuraron a bajar al hotel para felicitarla.

Después de los saludos y bromas consiguientes, abrió María Leticia una gran caja de bombones —que había sido el obsequio de Guadalupe— y volviéndose para mí manifestó:

—¿Me autoriza usted, Guadalupe, para ofrecerle las primicias a José Antonio?

—Como usted quiera —respondió—. ¡Ya no son míos!...

—¡Es un convaleciente que debe inspirarnos compasión! Tome usted, enfermito...

De su mano pasó el bombón a mi boca, mientras añadía:

—Creo haber interpretado bien sus deseos... ¿No es así?...

—¡Es siempre el niño mimado! —expresó Jorge.

—¡Sabe a gloria! —repuse, sin querer hacerme cargo de la alusión.

Atraídos por la presencia de un gran número de turistas, que llegó en aquel momento, se fueron poco después al hotel, y don Alonso y yo nos quedamos allí sentados en un banco.

—No insisto más —manifestó apenas desaparecieron— acerca de Chozco. A medida que avance en el relato se irá destacando su personalidad, que quizá halle usted un poco contradictoria en algunos momentos, porque una cosa son las creaciones del Arte, de los libros, la presentación de caracteres de una sola pieza, y otra muy distinta las vidas en acción, frente a las solicitudes de los hechos y las circunstancias... ¡Persuádase usted que son pocas, contadísimas, las almas hechas de una vez y para siempre,

que triunfan de las sugerencias y viven aisladas e inatacables como monolitos!...

—Pocas —le dije—; las que registra la Historia casi se pueden contar con los dedos de las manos.

—A los dos meses de haber llegado yo a Nueva York, comenzamos a realizar algunos negocios de cuenta y mitad; pequeñas operaciones, casi siempre iniciadas por él y ejecutadas por mí con buenos resultados. Fuimos comprendiendo que nos completábamos y al año decidimos poner todo en común. Lamento no tener aquí una copia de nuestro contrato social para que usted se diera cuenta de la confianza a que ya habíamos llegado, y de cómo estaban determinadas las funciones de cada uno en relación a sus aptitudes. Es un modelo de sencillez y de acierto, por más que nunca tuvimos necesidad de someternos rigurosamente a las estipulaciones, porque siempre procedimos como hermanos y no como socios. No hubo más que un instante de irreductibilidad, por su parte, y ya llegará momento en que se lo cuente... Todo iba bien, camino de la prosperidad; pero como la lucha era durísima, me indicó un día la conveniencia de trasladarnos a otra de las repúblicas americanas, donde, con igual esfuerzo pudiéramos obtener mayores beneficios. Asentí, y después de un estudio detenido decidimos establecernos en Venezuela, para dedicarnos a la exportación de artículos de aquel país a los mercados europeos, especialmente pieles, que estaban entonces muy baratas. Hicimos un balance para determinar las posibilidades económicas; realizamos cuanto poseíamos en especies, y después de dejar allí un apoderado, nos fuimos a Caracas... Debo declarar a usted que yo siempre he creído que entró por mucho en esta resolución el deseo que tenía Chozco de cambiar de medio, de salir de aquella populosa ciudad, porque durante el viaje hasta La Guaira fue hablándome constantemente de los encantos de la Naturaleza, de las seducciones de la vida del campo, casi desconocidos en las grandes urbes, donde los hombres pierden sus facultades, su sensibilidad para los goces más puros que Dios

concedió a sus criaturas. «No olvides nunca —me decía— lo que advierte el Evangelio: El desencanto no está en las cosas, sino en el alma; proviene de nosotros y no de lo que nos rodea. El que fuere indigente de espíritu, indigente seguirá, por más que atesore todos los bienes de la tierra».

—Oportuno recuerdo al salir de Nueva York —manifesté.

—Antes de pisar Venezuela, ya nuestras almas volaban por encima de los rascacielos. La visión de las tierras feraces, abrasadas de sol, los bosques impenetrables, los pequeños caseríos, todo aquel espectáculo de fecundidad en una Naturaleza casi virgen, que tiene por marco el mar de las Antillas, nos llenó de confianza y alborozo... La Guaira era entonces una ciudad naciente, situada en un suelo desigual, entre altísimos cerros que no le dejan otro horizonte que el del mar, de quien recibe la razón de su existencia. Nos aguardaban allí dos íntimos de Chozco, antiguos compañeros de navegación (ambos ingleses y muy bienquistos en Venezuela) que nos recibieron cariñosamente y nos proporcionaron cuantas noticias les pedimos en relación a los negocios que pensábamos emprender. Cuatro días pasamos en aquella ciudad, y muy satisfechos de la hospitalidad de los ingleses, salimos para Caracas.

Vinieron a decirle a don Alonso que un señor preguntaba por él, y después de mirar la tarjeta con que se anunciaba, manifestó:

—Un amigo que debe estar de paso. Con su permiso voy a saludarle.

Nos despedimos, y me marché en busca de María Leticia y sus compañeros, que estaban en el *hall*.

Al encontrarles observé que Jorge y ella se hablaban un poco apartados del grupo, conferenciando muy animadamente, y les di bromas para ocultar mi contrariedad. Jorge replicó, diciendo:

—¡Feliz tú, que en vez de solicitar eres solicitado! La pobre Guadalupe está como una mustia flor, suspirando por una gota de rocío.

—¡No tiene usted derecho a ser tan ingrato! —manifestó María Leticia.

—Quien no tiene derecho a aventar cenizas son ustedes, envidiables criaturas, cada vez más orientadas en el camino de la felicidad... ¡Los dichosos son así, un poco crueles con los desventurados!...

—Pues acierta; yo al menos soy feliz, y lo que quisiera es que usted y Guadalupe también lo fueran —manifestó ella serenamente, sin dar intención a sus palabras, con acento de ingenuidad.

—Ya ves —dijo Jorge—. No puede haber crueldad en tan noble propósito.

—¿Tendré encima que dar las gracias?... —pregunté.

—Debe usted hacerlo —contestó ella—; y si supiera lo que acaba de decirme Guadalupe, comprendería de lo que es capaz una mujer apasionada.

Se acercaron las primas de Jorge y quedó interrumpida la conversación. Poco después me fui al 76, haciendo mil conjeturas acerca de aquellas frases, que me habían producido un hondo desconcierto. «¡Qué mutación! —pensaba—. ¡Fíese usted de mujeres! Si es feliz, no cabe duda que está enamorada de Jorge..., que ya se ha decidido por él... ¡Si llego a confiarme, si avanzo un poco más!...: ¡qué batacazo!»...

Me cambié de ropa diciendo: «Bueno, ¿y a mí, qué?... En definitiva un incidente sin importancia, un peligro del que me he salvado afortunadamente... ¡Vaya si es desconcertante esta mestiza con las teorías del padre y del polaco metidas en la cabeza!... ¡Se acabó, y allá ellos con sus idilios, que Dios sabe cómo terminarán!»...

Bajé, y no queriendo presentarme hasta el momento de sentarme a la mesa, entré en el *bar* y pedí una copa. Poco después llegó Jorge.

—Te felicito —le dije— porque veo que eso va a todo viento...

—Parece que sí; hoy ha estado muy expresiva, sumamente expresiva... ¡Es admirable, chico!; ¡no tienes una idea!...

—¿Qué fue lo que le dijo Guadalupe?

—No sé. Alguna tontería, seguramente.

—¿Tomamos otro aperitivo?

—Como quieras.

Las dos copas me dieron una súbita energía, y al ir hacia el comedor hice el propósito de tomar desquite, mostrándome solícito con Guadalupe —porque Jorge y sus primas comían con nosotros— sin explicarme todavía el motivo de aquella su actitud.

Como presumía mi sitio estaba junto a Guadalupe, y apenas sentados la ofrecí un hermoso clavel rojo que hallé sobre la mesa, pronunciando frases de galantería que ella recibió radiante de satisfacción. Realmente me pareció más linda que nunca con su boca llena de besos, sus cándidos ojos y su ingenua sencillez. En reciprocidad me dio un ramito de violetas, que coloqué en el ojal del *smoking*, mostrándome muy satisfecho... Hablaba con ella, fingiendo mucho interés; pero mi atención era para María Leticia, sin poder evitarlo, hasta el punto que hube de pensar: «Por algo se ha dicho que el odio es una forma del amor... Pero ¿es odio lo que siento?... ¿Seré tan imbécil que vuelva a las andadas?»...

Siempre que la conversación se generalizó, procuré intervenir, decidior y bromista, como quien está muy complacido, sin revelar el estado de mi espíritu; pero en una ocasión en que la vi sonriéndole a Jorge no pude contenerme y dije a Guadalupe en alta voz, de mo-

do que la otra pudiera oír: «¡Yo preferiré siempre las sencillas violetas de mi huerto, a las exóticas y complicadas flores que deslumbran a otros!... ¡No hay comparación!...».

A partir de ese instante, su gesto (tampoco pudo reprimirse) fue el de una diosa ofendida, y yo comencé a lamentar la ofuscación e insensatez con que había procedido...

VII

Es indudable que para el corazón no existe la lógica. Así pude comprobarlo la semana siguiente a las escenas que dejo descritas. Fue una lucha terrible entre lo que pensaba y lo que sentía: mi amor propio, mi altivez, me mandaban alejarme de María Leticia, olvidarla, prescindir de ella; pero cuanto más firmes eran mis propósitos (en su ausencia) más definitiva y vergonzosa era mi claudicación así que la tenía presente. A duras penas pude ocultar los sufrimientos y mostrarme sereno a sus ojos, y los de don Alonso, que no advirtió nada de lo que estaba sucediendo.

Como los desesperados, que intentan ahogar sus penas en alcohol, busqué a miss Maison para atolondrarme, para tener un refugio, especialmente cuando la hallaba con Jorge, contenta y expresiva. ¡Qué distante la una, y qué a mano la otra!...

Durante aquellos días no me fue posible consignar por las noches, como venía haciéndolo, lo que me relataba don Alonso. Apenas tomé algunos apuntes, porque mi estado de espíritu, mis luchas interiores, me impidieron tan prolija labor; así es que ahora tendré que limitarme a consignar aquí lo que recuerde, sin emplear siempre sus propias palabras, según fue desde el principio mi propósito.

De La Guaira se trasladaron a Caracas, para establecerse definitivamente. Fueron a vivir en la hostería de un ge-

novés, una especie de posada de muy modestas condiciones, porque a la sazón no había hoteles en la capital de Venezuela. Describió a esta ciudad, según era en aquellos tiempos, asentada en un hermoso valle regado por los afluentes del río Guaire, frente a las moles rocosas del Ávila y La Silla (que si bien están distantes parecen hallarse próximas), de más de dos mil metros de altitud sobre la población, desde donde ofrecen una vista semejante a la del Teide cuando se le contempla desde el Puerto de la Cruz.

Los edificios de una sola planta, el clima, la afabilidad de las gentes y el conocimiento de algunos paisanos, le produjeron, desde el primer momento, la impresión de hallarse en una ciudad canaria y como en familia, después de vivir en Nueva York perdido en una multitud indiferente y hacinada entre ringleras de hierro y argamasa...

A los pocos días de encontrarse en Caracas tuvieron que dejar la hostería del genovés, cansados de su suciedad, para trasladarse a una casita, que tomaron en arrendamiento, situada en una de las eminencias de la ciudad desde donde se domina todo el panorama. El espectáculo es espléndido. Las crestas del Galipán y La Silla, frente por frente, sombrías y yermas, contrastan con la espléndida vegetación del pintoresco valle del Guaire, donde crecen a unos mil metros sobre el nivel del mar, todas las plantas de la zona templada, desde el plátano y la caña de azúcar, a las que aquí hermosean nuestros campos, porque la elevada situación atenúa los rigores del sol tropical produciendo un ambiente de primavera...

En Venezuela se hallan perfectamente delimitadas las tres zonas que constituyen para el hombre la superficie útil del Globo; tierras cultivadas; planicies de los pastos y región de los bosques. Todas las recorrieron y de cada una de ellas dijo que hablaría oportunamente.

De los informes recibidos en La Guaira, y de las comprobaciones efectuadas en Caracas, dedujeron que el negocio

de exportación de pieles estaba casi virgen en aquella república (eminentemente agrícola y ganadera) y que era posible adicionarle el de compra de aceite de coco, añil, cacao y café. Por esa razón resolvieron dar gran impulso a las transacciones, remitiendo dichos productos directamente a los mercados europeos donde el polaco tuviera amistades, o enviándolas a Nueva York para que allí fueran reexpedidos, dada la escasez de medios de transporte de que podían disponer en aquella época.

Para lograr tales designios consideraron indispensable acometer de frente lo más difícil de la empresa, lo que constituía su único obstáculo, que era internarse en el país, llegar a las regiones ganaderas y disponer el traslado de las pieles hasta los puertos de embarque. Las reses valían poco más de lo que pedían por cogerlas y sacrificarlas los famosos *llaneros*, hábiles y arriesgados tiradores del lazo, pues aparte del cuero, lo restante apenas lo utilizaban los indios para proveerse de la cecina, que con el arroz, el maíz y la *carauta* constituye la base de su alimentación.

—Para que usted forme idea —manifestó— de cómo abundaba la carne, y del aprecio en que se la tenía, bastará que sepa que hasta que yo salí de Venezuela se consideraba a los buitres (zamuros, que allí les dicen) como animales sagrados porque cumplían el deber sanitario de limpiar los campos, y hasta los suburbios, de las reses que después de descueradas se pudrían al aire libre, sin que nadie se cuidase de cogerlas o enterrarlas. No vi jamás tocar un buitre, siendo así que presencié la muerte de muchos indios, por un quítame allá esas pajas... ¡Vea usted, pues, cómo hasta la carroña ha servido de título para establecer jerarquías!

Puestos a la obra de trasladarse a las grandes planicies de la provincia de Caracas, y de penetrar hasta las del Apure, si era menester, prepararon la expedición con toda clase de pormenores. Buscaron un guía (mestizo de indio y blanca) a cuyo servicio estaban cinco *zambos* (producto

de indio y negra); adquirieron buenas cabalgaduras, de resistencia acreditada, armamento y víveres, y salieron un amanecer ansiosos de ganancias y emociones...

En opinión de don Alonso, Venezuela es una de las naciones de suelo más fértil de América, incluyendo aquellas que, como el Brasil, constituyen un emporio de riqueza; por esa razón lo que se diga de la prodigalidad de aquel país, puede aplicarse a la mayoría de los que fueron descubiertos y conquistados por el genio español.

De sus impresiones, durante aquella primera excursión, fue la más saliente la que recibió al penetrar en una selva. El viajero se sorprende y anonada —según dijo— ante aquel espectáculo, donde todas las formas vegetales solicitan su atención, en una especie de concurso gigantesco de las infinitas creaciones de la naturaleza, orgánica, y, sin darse cuenta, se siente transportado a las épocas fabulosas, tal y como nos las han descrito, en que la tierra obra el prodigio de la fecundidad originaria. Crecen allí las ceibas, los cedros, las caobas, los palisantos y mil clases de árboles gigantes, de maderas preciosas, algunas perfumadas como las del incienso; se entrelazan multitud de trepadoras y parásitas, a las veces cubiertas de flores de variados matices; los bejucos van por los aires, de tronco a tronco urdiendo laberintos que apenas dejan penetrar los rayos del sol; fastuosos helechos, de insospechadas formas y dimensiones (los botánicos han contado hasta veinticinco especies) cubren el suelo y tapizan las raíces; por todas partes formas sorprendentes como la de la *guadua*, gramínea arbórea que eleva su espléndido follaje hasta cuarenta metros de altura...

—¡Indescriptible, indescriptible! —exclamó don Alonso, resumiendo sus impresiones.

Viven en esas selvas, especialmente en las márgenes de los ríos, multitud de aves, de todas las formas y colores, que cantan y revolotean produciendo una sonoridad que contrasta con el silencio de nuestros bosques. Loros, cacatúas,

guacamayos, cardenales, azulejos, arrendajos, trompeteros, negros-colorados (entre los que se distinguen por su canto los *turupiales* y los canarios), pululan allí confundidos y en prodigiosa cantidad. Si a todo esto se añade la presencia de los simios, inquietos y chilladores; la de los reptiles, y a veces hasta la de tigres —si se ha llegado al Apure—, se podrá formar idea de lo que son las selvas americanas, ante las que se han quedado sorprendidos los más ilustres naturalistas europeos...

Aquella primera expedición al interior de Venezuela la realizaron en jornadas diurnas, pernoctando en cabañas circundadas de fosos para evitar el acceso de los reptiles, y alimentándose con *caraotas* (judías) —cazabe— *arepas* (pan de maíz), cecina, arroz y las provisiones que llevaron de Caracas. La idea de las culebras (especialmente las de cascabel) les atormentó las primeras noches, hasta que se acostumbraron a su vecindad y aprendieron con los indios a cazarlas sin mayores riesgos.

Después de varios días de camino y de continuas emociones, llegaron a las inmensas planicies de la provincia de Caracas. La sensación que producen es parecida a la que se recibe del mar, porque las altas hierbas que las cubren semejan oleajes, que forman horizonte, donde el viento sopla acompasado y rítmico. Las proporciones del cuadro, la soledad y el silencio, sobrecogen el ánimo del espectador, que de pronto se cree perdido en un desierto, hasta que se va dando cuenta de la enorme cantidad de ganado vacuno, mular y asnal, que puebla aquellas inmensas regiones, de donde Bolívar sacara las más aguerridas tropas para sus heroicas empresas...

Después de entrar en relaciones con algunos llaneros se pusieron a la labor de proveerse de pieles para efectuar la expedición. Los indios de aquellas comarcas, habituados desde que nacen al manejo del caballo, la lanza, el machete y la flecha, son de una movilidad, astucia y resistencia que no puede explicarse, sino viéndolos actuar frente a

las reses —todas bravas o semi-bravas— durante las faenas del acoso, de echar el lazo y del derribo, que efectúan sin darse momento de reposo.

—El espíritu aventurero de mi amigo —manifestó don Alonso— pudo más que mis reflexiones y a los pocos días de hallarnos allí ya se iba con los indios a matar reses. Tanto hizo, tanto insistió, que tuve que acompañarle, y con esa conducta (que nos acreditaba de hombres esforzados) y la exactitud en el cumplimiento de nuestros compromisos, ganamos mucho en la opinión de los llaneros.

Reunidas las pieles que consideraron necesarias para el primer ensayo, procedieron a organizar su transporte hasta el sitio de embarque. No había entonces carreteras, y fue preciso hacer el largo recorrido por penosos caminos, apenas transitables, valiéndose de recuas de mulos que tomaron de alquiler. Fue también el regreso a jornadas diurnas, y después de dejar las planicies descendieron a la costa, donde cambia por completo el panorama. Bosques de palmeras de coco y de abanico; grandes extensiones cubiertas de cacao, caña de azúcar, tamarindos, café, piñas, anones y cuantas frutas produce la zona tórrida (incluso las que dan el árbol de la leche y del pan) se brindan al viajero con una prodigalidad superior a toda ponderación.

—¡Increíble, amigo Brito, increíble! —manifestó don Alonso—. ¡Y como marco el espejo del mar de las Antillas, de un azul admirable, deslumbrando los ojos con su ardiente luminosidad! ¡Yo puedo asegurarle que allí acude a la memoria la idea del Paraíso Terrenal y se adora a Dios sin altares ni santos!...

En el transcurso de aquella semana, María Leticia se mostró muy amable con Jorge. Comenzaron a dar paseos a caballo y sus ausencias del hotel duraron horas, que a mí me parecieron siglos. ¡Qué ansiedad! Me los imaginaba

muy próximos, besándose con el aliento, hablando de amor, a lo largo de ocultos caminos, bajo la caricia de los árboles... Un día fue tan dilatada la ausencia, y de tal modo me desesperé, que cuando llegó hube de decírla, respondiendo a ciertas insinuaciones que me parecieron irónicas:

—¡Yo no soy tierra de servidumbre!... ¡Nací libre y altivo según otros nacen esclavos!...

—¡Le felicito! —repuso—: Yo también era así; pero ahora no considero la esclavitud tan abominable... ¡Es muy dulce sentirse dominada!...

Desde aquel incidente —que tuve por una ruptura definitiva— busqué con más ahínco a miss Maison y todas las horas que no ocupaba en las charlas con don Alonso las consagré a granjearme su confianza. Una tarde, que hablamos de literatura, y ella se mostró rendida al genio de lord Byron, la dije:

—¿Cree usted que conocía bien el corazón de la mujer inglesa?

—¡Como nadie! —respondió.

—¿Dice entonces verdad cuando asegura que a una señorita inglesa de veinticinco años le gustan más dos novios que uno?

¡Sus ojos azules, acariciadores y confidentes, me anticiparon la respuesta, y le cogí una mano porque noté que se me ofrecía, en un abandono netamente sajón, para corroborar con besos los juicios del poeta!...

Poco después hablamos del húsar, y como ella deplorara su ausencia, la dije insinuante:

—Yo poseo la ciencia del ocultismo y si usted quiere puedo evocar el espíritu de su novio... ¿Conoce usted la Magia?...

—He vivido muchos años en la India y he visto actuar a los fakires... ¡Figúrese usted!...

—Pues entonces no dudará de mis palabras...

—¿Está usted seguro de lograr que nos comuniquemos?...

—Depende de usted..., del momento...; si ha visto actuar a los fakires ya comprenderá lo que influyen la oscuridad..., el silencio..., ese conjunto de circunstancias extremas que aseguran el éxito de tales manipulaciones...

Una sonrisa, más elocuente que todo lo que habíamos hablado, puso fin al coloquio que quedó interrumpido porque unas compañeras vinieron a buscarla para jugar al *tennis*.

«¡La magia del sol, de este sol que caldea la sangre!», me quedé yo pensando, ansioso de que llegara el día de la primera sesión, que tuve desde entonces por descontada...

VIII

Jorge había preparado una excursión al Aguamansa, y desde el primer momento le advertí que si no invitaba a miss Maison buscaría una disculpa para quedarme. Por eso la noche anterior a la salida, me dijo:

—¡Va la inglesa! He podido convencer a María Leticia que se oponía tenazmente. ¿Qué habrá pasado?... ¡Tan amigas como eran antes!...

—¡Caprichos!... ¡Cosas femeninas!... —le contesté.

En efecto, a la hora convenida apareció miss Maison poniéndose los guantes, señoril y grave, y yo fui a su encuentro para ofrecerla, con la solicitud de un gentilhombre, el apoyo de mi mano para que subiera a la cabalgadura.

La mañana era primaveral, embalsamada y luminosa, más propicia al amor que a escuchar las andanzas de don Alonso. Por eso me coloqué junto a mi amiga, y poco a poco me fui quedando a la zaga, atento a no ponerme nunca por el lado de sus piernas... ¡Oh, yo conocía bien las normas de la pacata sociedad inglesa, y estaba seguro de que estos púdicos homenajes ante las gentes, la agradaban tanto como mis audacias de que ya tenía ella cabal concepto!...

Íbamos planeando la primera sesión de Magia, cuando observé que María Leticia volvía hacia atrás frecuentemente la cabeza como si nos espicara... ¿Sería para hablar con su padre?... ¿Realmente se preocupaba de nosotros?...

Así que estuvimos más altos que la Villa de La Orotava, detuvo don Alonso su caballo y nos esperó oteando en todas direcciones con sus gemelos.

—Pase usted delante, miss Maison —dijo cuando llegamos, haciéndose a una orilla del sendero.

Estaba admirado de la perspectiva que ofrecía el Valle y estableciendo paralelos con otros panoramas de América.

Se dominaba desde allí todo el llamado Jardín de las Hespérides. Los verdes vegetales en su infinita gama, los ocre de las tierras recién heridas del arado, y los amarillos de las primeras pajas, componían un espléndido tapiz digno del cielo azul y del mar inmóvil, cruzado de caminos de acero. Todo parecía palpitante, a la cegadora luz cenital, y el aroma de los brezos y las retamas decía ya de la proximidad de los bosques de Aguamansa.

—¡Era cosa de hacer aquí un bohío y olvidarse del mundo! —manifestó don Alonso, espoleando su rocín para reanudar la ascensión.

Perdida la esperanza de volver a mis charlas con la inglesa, le rogué a don Alonso que continuara el relato de su vida en Caracas.

—A la primera expedición —manifestó— siguieron dos más coronadas de éxito y sin ningún incidente digno de contarse. A la tercera tuvimos el primer encuentro con una partida de salteadores, de las muchas que solían campar allí por sus respetos. Fue en el viaje de ida, cuando necesariamente teníamos que llevar bastante plata, porque los llaneros sólo hacían las ventas al contado y en el momento de entregar las pieles. El error nuestro fue anunciarnos, precisando días, con demasiada antelación... Íbamos hablando tranquilamente y de pronto surgieron de un *panojal* cinco indios, dando gritos estentóreos, que nos embistieron rabiosamente. Del primer golpe derribaron al guía que no pudo defenderse, e hirieron a tres mestizos

que le acompañaban, un poco adelantados. Mi amigo y yo hicimos fuego instantáneamente con nuestras carabinas, y dos de los salteadores quedaron fuera de combate, en tanto que los otros tres reñían cuerpo a cuerpo con los indígenas que llevábamos a nuestro servicio. Las detonaciones asustaron al caballo de Chozco, que corrió despistado a campo traviesa, y yo volví a disparar dando cuenta de otro de los contendientes. Viéndose perdidos huyeron los restantes, y se ocultaron en el *panojal* en menos que se dice, sin que nos fuera posible dar con ellos por más que los buscamos... Lo terrible de estas acometidas era la celeridad con que las ejecutaban aquellos hombres de una movilidad que únicamente puede compararse a la de los monos. ¡Ya le digo: es necesario verlo para hacerse cargo!...

—Vivirían ustedes después muy prevenidos.

—Especialmente cuando íbamos por lugares adecuados a emboscadas. Eso nos salvó en varias ocasiones... En aquella tuvimos que lamentar la muerte del guía, y que conducir a los heridos hasta una cabaña próxima donde pasamos la noche.

—¿Y tuvieron ustedes otros encuentros?...

—Varios. En el último fuimos heridos y a poco más no lo contamos, especialmente Chozco, que si no es por las polainas de cuero que tenía le cortan una pierna. Yo recibí un machetazo en un hombro que me tuvo tres meses inútil. ¡Fue terrible aquella pelea que nos hizo pensar en otro modo de entendernos con los llaneros!...

—¡Claro! ¡Era una temeridad!

—Pero al principio no hubo más remedio que hacerlo. Fue menester que inspirásemos gran confianza a los llaneros, que el presidente de la República nos pusiera bajo su amparo (gracias a la amistad de Chozco con el cónsul inglés) y que unos banqueros de Caracas nos garantizaran, para lograr que los pagos de las pieles se hicieran en los sitios de embarque.

Llegábamos a Aguamansa y nos detuvimos a contemplar aquel admirable rincón. Los manantiales más caudalosos que fertilizan el Valle de Taoro corrían a nuestros pies cantando en sus acequias; los altos cerros de *Los Órganos*, hieráticos y terribles, se alzaban a la izquierda; el barranco de Pedro Gil, de márgenes rojizas, mudos testigos de ígneas formaciones, lo teníamos frente a frente; y la cordillera central, cubierta de bosque, lucía diáfana hasta la gran plataforma en que el Teide se levanta, coronado de nubes, como digno remate de la jornada en que el fuego, la piedra y el mar, libraron su contienda de siglos... Las últimas tierras de labor, exornadas de viejos castaños, las fuentes rumorosas, el sosiego y la soledad de aquel retiro, invitaban a sumergirse en el alma de las cosas, y a pensar en que si es cierto que hubo faunos sestearían por allí, junto a las consoladas ninfas, siempre que les enervase el sol o les rindiera el cansancio...

Miss Maison me recibió con una ansiedad gozosa, que atribuí a la influencia de aquel medio paradisíaco, y así que se nos presentó ocasión nos escabullimos para dar un paseo por el próximo pinar.

—¡Qué hermosura! —me dijo.

—¡Qué templo de amor! —manifesté.

María Leticia, Jorge y sus primas nos imitaron, pretextando que todavía no estaba el almuerzo y todos fuimos hacia el pinar. No bien ganamos la espesura noté nuevamente que María Leticia volvía hacia atrás la cabeza. ¡Ahora sí era indudable que nos espiaba!...

...No fue más que un beso, tras de la rama de un pino, y sin embargo es indudable que nos sorprendió, porque al regreso no pudo disimular su enojo... ¡Aquella venita azul, como un cordón, en mitad de la frente!...

El almuerzo estuvo bien rociado, y la alegría desató las lenguas, incluso la del naturalista, que trabara varias veces

empeñadas discusiones con don Alonso. Y al final dijo éste:

—¡José Antonio está completamente restablecido! ¡No hay más que verle, como esas abejas que andan por ahí, rondando el cáliz de las flores!... ¡Y que es una hermosa azucena!; ¿verdad, María Leticia?...

Se hizo la sorda, charlando con Jorge, y yo me apresuré a tomar la pulla según me convenía.

—¡Lo malo, don Alonso —manifesté—, es que en el cáliz esté metido un zángano!... ¡Ése es mi sino!...

—¿Qué más da?... ¡Arrójelo!... No creo que sea cosa imposible. ¿Qué opina usted, miss Maison?...

—Que los zánganos también tienen derecho a la vida, míster Contreras.

—¡Indudable! ¡Cumplen su misión! —manifestó el naturalista.

—¡Pero como ni labran miel, ni pueden defenderse —arguyó don Alonso— las mismas abejas los destruyen cuando ya les estorban!...

—¡Cierto! —dije mirándola—. ¡Mi sino es terrible, pero el de ellos es peor!...

Todos creyeron que yo aludía al húsar, pero sus ojos me miraron como diciendo: «Zángano!; ¡no estás tú mal zángano!»...

Después del almuerzo propuso Jorge que volviéramos a dar otro paseo por el pinar, y ya iba yo a ponerme en marcha con miss Maison, cuando dijo don Alonso:

—Paseen ustedes. José Antonio y yo les esperamos aquí, porque necesitamos resolver un asunto.

Apenas se marcharon, continuó su historia:

—El espíritu inquieto de Chozco, que ya se iba cansando de la vida de Venezuela, y la dificultad de hacer los transportes de mercancías en los términos que demandaba el

auge de nuestro negocio, le sugirieron la idea de adquirir un barco holandés que se remataba en Puerto Cabello por deudas de Justicia. Yo encontré acertado el propósito, y nos fuimos a dicha ciudad para estudiar las condiciones del velero y resolver si nos convenía o no hacer la compra. Era de bastante porte, bien construido, con espaciosa cámara, y decidimos presentarnos a la licitación, seguros de no tener competidores, como así fue en efecto.

—¿Lo iba a mandar su amigo?

—Primero dejamos el mismo capitán que tenía; pero luego, por los motivos que le contaré, tuvo Chozco que sustituirle... Hechas algunas reparaciones en el casco y la arboladura, procedimos a abanderarle con el nombre de *Bolívar* y a preparar la expedición. Como era de gran importancia (porque cargamos totalmente) y nos convenía comprar mercancías para cubrir el retorno, decidimos hacer aquel primer viaje...

—¿Iban a Nueva York?

—A Nueva York. En Venezuela escaseaban muchos artículos que podíamos importar, realizando un doble negocio; precisamente, ése fue uno de los alicientes para adquirir el *Bolívar*... En fin; una mañana de octubre zarpamos de Puerto Cabello, con buena mar, y Chozco iba contento, decidior y rejuvenecido como un prisionero que hubiera recobrado la libertad. Los dos primeros días no ocurrió nada de particular, pero al tercero, ya entrada la noche, estábamos en la cámara, y de pronto me dijo: «Voy arriba para ver el rumbo que llevamos porque he notado hoy en el capitán ciertas vacilaciones inexplicables.» Sin dar mayor importancia a estas manifestaciones, subí con él a cubierta, y figúrese usted cuál sería mi asombro cuando, apenas habló con el timonel, le oí gritar: «¡Vira, que encallamos! ¡Vira!»... Y personalmente se puso a la maniobra. «¿Qué pasa?», le pregunté. «¡Que a poco más nos varamos en un cayol! ¡Cosa de un centenar de metros!», respondió indignado mientras increpaba al marinero. Vino furioso el capitán, que se había dado cuenta de la virada, pre-

guntando quién había dispuesto aquella maniobra en contra de sus órdenes, y al encontrarse con nosotros puso cara de espanto, sacó un revólver e hizo fuego contra el timonel, a quien no alcanzó. Comprendimos que se había vuelto loco y avanzamos hacia él para desarmarle; pero así que estuvimos cerca se puso de un salto en la borda de estribor y se pegó un tiro en las sienes, en el preciso instante en que el *Bolívar* daba un bandazo que lo tiró al agua...

—¿Y pudieron salvarle?

—Por más que hicimos no nos fue posible encontrarle y cansados de bregar nos marchamos a la cámara para decidir lo que debíamos hacer. La primera intención fue desandar camino, y llegamos a la isla de Margarita, para allí producir el parte a las autoridades de la República y tomar otro capitán; pero después hizo Chozco una serie de consideraciones —entre otras que no encontraríamos capitán— y acordamos seguir hasta las Grandes Antillas, porque el viento y las corrientes nos favorecían en aquella dirección.

—¿Es que no llevaban ustedes piloto?

—No encontramos ninguno que quisiera embarcarse, ni en Puerto Cabello ni en La Guaira, y Chozco se enroló como tal... Asumió desde aquel instante el mando del *Bolívar*, y con la ayuda del contramaestre (marino viejo en aquella travesía) continuamos el viaje imponiéndose Chozco el sacrificio de no dormir sino algunas horas durante el día, pues aquellas aguas, como usted sabe, están sembradas de infinidad de islas, islotes y cayos, que hacen la travesía muy peligrosa. Yo le acompañaba constantemente, para hacerle más llevadera su situación, y una tarde en que me había hablado de astronomía; de corrientes submarinas; de los modos de defenderse de los vientos, y de otras cuestiones relacionadas con su profesión, le dije: «¡Tú naciste para esto! ¡Estás aquí como el pez en el agua!» «Sí —contestó— ya te he dicho que mi primera intención fue navegar por arriba..., hacerme cura; pero por no ser

pirata ahorqué los hábitos, y después de conocer el mundo, de adquirir la experiencia que tengo, lo que deploro hoy es que no sea posible la piratería... ¡Qué de emociones!»... Le miré burlescamente y dije: «¡Pirata! ¿Tú pirata?»... «Sí, pirata —repuso—: ¿Somos otra cosa la mayoría de los hombres? Esto del comercio, de los negocios mercantiles, de las especulaciones, ¿es otra cosa que una piratería incruenta, cobarde, en que nos desvalijamos miserablemente los unos a los otros?... ¡Llegará tiempo, no lo dudes, en que lo que llaman la conciencia universal se subleve, o aparente sublevarse, contra estos modos de robar y púdicas leyes los prohíban; pero entonces (tenlo también por seguro) inventaremos otras maneras de quedarnos con lo del prójimo!... ¡La Ética, la cultura, el progreso moral es lo que Jesús quiso enseñarnos arrojando del templo a los mercaderes!... ¡Si estamos lo mismo!»...

Regresaron del pinar los compañeros de excursión, y don Alonso dijo, poniéndose de pie:

—Estamos muy cerca de uno de los momentos en que el espíritu de mi amigo le parecerá contradictorio. Mañana llegaremos al final de esta época de mi vida... ¡La que a mí mismo me parece un sueño!...

Declinaba el sol y acordamos emprender el regreso. Yo tenía el propósito de efectuarlo junto a miss Maison, que cada vez estaba más afectuosa, y así lo intenté porfiadamente; pero ocurrió que mi caballo y el de María Leticia eran del mismo dueño y se empeñaron en no separarse. Tirones de las bridas, amenazas, castigos, todo fue inútil contra la terquedad de aquellos animales.

—¿Por qué ese empeño en separarles? —dijo don Alonso—. Están hermanados y como van a la querencia de la cuadra desean bajar juntos. Déjenlos ir así porque se exponen a dar una caída en estos vericuetos.

Obedecimos, y los rocines, así que estuvieron juntos, avivaron el paso adelantándose al resto de la caravana.

Fue un momento confuso, en que ni ella ni yo supimos qué decir, ni seguramente si deplorar o no aquella coincidencia. Por espacio de una media hora anduvimos así, muy puesto cada uno en su amor propio, sin dirigirnos siquiera una mirada; pero al llegar los caballos a un punto más espaciado del camino, juntaron las cabezas y se hicieron una ruidosa caricia de viejos camaradas.

—¡Nos dan una lección!... ¡Tienen más instinto que nosotros!...

No se movió de la silla, ni hizo el menor gesto, y desesperado añadió:

—¡Más instinto y más alma!... ¡Qué abismo de mujer!...

Pude notar entonces que una leve sonrisa iluminó su cara, y olvidado de todo rompí en apasionadas frases de reconvención y cariño, que recibiera sin inmutarse.

—¡Concluiré por volverme loco!... ¡Eres incomprensible!... —añadí tuteándola por primera vez en mi vida.

El mirar fascinante de sus negros ojos me envolvió, y por entre la espesa orla de sus pestañas vi una ráfaga, un resplandor, semejante al tremelucir de las estrellas en el abismo de la noche...

En ese momento habíamos ya llegado a la carretera y los animales se aparearon, se unieron completamente, hasta el punto de que nuestras piernas se tocaban en algunas ocasiones, sin que ninguno de los dos hiciéramos nada para evitarlo. Anduvimos así, durante unos minutos, hasta que enloquecido, frenético, sin darme cuenta de lo que hacía, me lancé sobre ella y la cubrí de besos...

Apenas la solté me dio un fustazo en la cara que a poco más me revienta un ojo. ¡Qué dolor! Debí proferir frases de mal gusto porque volviéndose para atrás dijo:

—¡Repórtese!; ¡todavía es poco para lo que merece!...

Con un pañuelo en el ojo, que creí que se me saltaba, galopé hasta el hotel desesperado y persuadido de que aquélla era una mujer incomprensible...

IX

Pasé muy mala noche y apenas aclaró el día cogí el espejo para examinar el ojo. Estaba inflamado, rojizo, con una aspecto horrible, aunque sin trastornos visuales. Calenté agua bórica y volví a ponerme fomentos, pensando qué explicación iba a dar, como justificación de aquella equimosis, especialmente a don Alonso de cuya opinión me preocupaba. Me asaltó un momento la duda de si María Leticia le diría la verdad; pero pronto la deseché convencido de que por su propio interés guardaría reserva.

Cuantos embustes se me ocurrieron los consideré inverosímiles o estúpidos, hasta que por fin me pareció lo más conveniente decir que el caballo se me había ido a la empinada con tal rapidez que no pude evitar el golpe en la cara, de resultas del cual sufrí la lesión en el ojo. Satisfecho del subterfugio me puse a recordar toda la escena, reconstituyéndola hasta en sus menores detalles. «¡Demonio de mujer —me decía—; a poco más me deja tuerto!... ¡Qué carácter!... ¡Así que el viejo concluya su historia me vuelvo a mi casa y ahí queda eso!... Pero, ¡qué boca, qué busto, qué embriagadora emanación la que desprendía su piel!... ¿Y la nuca?... ¡Afelpada, suave, estremecida al roce de mis labios!»...

De evocación en evocación llegué a dar por bien empleado lo del ojo, cuando hice memoria de que en medio de la refriega había exhalado algunos suspiros, ¡que consideré de ansiedad, de deseo, como si involuntariamente

se le hubieran abierto las braveras del corazón!... ¡No existe bien igual al de la fantasía y si nos lo arrebataran la Vida no valiera la pena de vivirla!...

Poco antes de la hora del almuerzo me fui al *hall* y allí encontré al padre y a la hija leyendo periódicos.

—¿Qué es eso? —me dijo él apenas vio el ojo—. ¿Cómo se ha producido esa lesión?...

Afectando naturalidad le expuse lo que llevaba preparado, y terminé diciendo:

—El dolor fue tan agudo que no pude ni despedirme de ustedes. Me metí en mi cuarto y he pasado la noche poniéndome fomentos para contener la inflamación... ¡Un percance sin importancia!

—¡Pudo tener mucha!... Deploro no haberlo sabido para acompañarle. ¿Y ha cedido el dolor?...

—Casi por completo.

Ella se quedó pálida, sorprendida, porque con toda seguridad no sospechaba siquiera las consecuencias que había tenido el incidente, y acaso las exageraba viendo el aspecto alarmante que ofrecía el ojo.

Durante el almuerzo no cambiamos ni una palabra. Don Alonso habló de uno de sus temas favoritos (la posibilidad de constituir los Estados Unidos de la América del Sur, para defenderse de la absorción de la del Norte) y nosotros fingimos oírle muy atentos.

La circunstancia de que una familia extranjera que había residido muchos años en América, viniera a visitarles, me favoreció para irme con miss Maison. En un rincón de los jardines estuvimos varias horas, mi dulce compañera y yo, preparando la primera sesión de Magia, cuya fecha quedó establecida con mutuas promesas de constancia y formalidad... ¡Ah, qué «medium», amable y comprensivo, me había deparado mi buena estrella!...

Ya muy entrada la tarde me decidí a buscar a don Alonso, acuciado por el temor de que llegara en sus sospechas más allá de lo que mi interés y el prestigio de miss Maison demandaban.

—¡Gracias a Dios!... ¿Dónde estuvo metido?... ¡Me parece a mí que esa inglesita le trae de cabeza!... ¿Y el ojo cómo va?... —dijo apenas llegué.

—Estuve pendiente de las curas... Voy mejor, gracias al agua bórica... ¡De la inglesita nada, don Alonso!... ¿Y usted se ha resentido de sus padecimientos con la expedición?...

—Un poco de los riñones y agujetas... ¡Años y falta de entrenamiento!...

—Le buscaba a usted por si quiere reanudar su relato. No me avengo a que se pierda completamente el día...

—Vamos allá. Aún podemos dar un avance... Como iba diciéndole, decidimos continuar con rumbo a las Antillas, sin determinar a cuál de ellas arribaríamos porque el único objeto al hacer aquella escala era reemplazar cuanto antes al capitán. El viento fue más favorable para ganar Puerto Rico, y allí entramos un amanecer, para constituírnos inmediatamente en la Comandancia de Marina a llenar las formalidades de rigor. Nos dieron noticias de un capitán portugués, que estaba sin destino, y al día siguiente le contratamos en lo que nos pidiera, para reanudar el viaje incontinenti. Así lo hicimos. Nada de particular ocurrió en la travesía hasta Nueva York, y a los quince días de estar allí, ya habíamos vendido todo el cargamento con buenas utilidades, y firmado un contrato con una casa de gran solvencia que se dedicaba al curtido y fabricación de pieles. En virtud de lo estipulado se reducían bastante los beneficios que podíamos obtener por unidad de medida; pero nuestro negocio adquiriría todo el volumen que podíamos darle, y se simplificaba al mismo tiempo, ya que todo consistía en multiplicar el número de expediciones.

—¿De modo que a un precio dado le compraban a ustedes todas las pieles?...

—Eso es. Habas contadas... Decidimos que al regreso me quedaría yo en Venezuela, para efectuar las compras, y que Chozco continuara en el *Bolívar* atento a las expediciones, cosa que, como usted comprenderá fue muy de su agrado. Dos años consecutivos estuvimos así, realizando, sin riesgo ni complicaciones, un excelente negocio que elevó nuestra razón social al rango de las más acreditadas de toda la República; pero el constante trajinar, las responsabilidades, y quizá los excesos de la edad en que el amor es fiebre de posesión, minaron mi salud hasta el extremo de que Chozco alarmado se me impuso... Quieras que no tuve que embarcar en el *Bolívar* y trasladarme nuevamente a Nueva York, en busca de descanso y médicos especialistas, porque los de Caracas no acertaban con el origen de la enfermedad.

—¿Ya tendrían ustedes una gran fortuna?

—Muy considerable, sí, señor... Chozco quiso que antes de partir dejáramos todo dispuesto para liquidar nuestros asuntos de un modo fulminante, si por cualquier evento así era menester, y tal previsión no me causó extrañeza porque dada la manera de operar que teníamos, y la inestabilidad de las situaciones políticas en aquel país, era lógico que así procediéramos, tanto más cuanto se rumoreaba que era posible el advenimiento de un período revolucionario. Todo quedó previsto y nuestro capital casi totalmente en los bancos de Nueva York.

—¿No habían ustedes adquirido propiedades en Venezuela?

—Las necesidades del negocio nos lo impidieron; pero era mi propósito hacerlo más tarde, porque aquel país tenía para mí motivos especiales de atracción, como luego le manifestaré... Llegamos a Nueva York y a los dos meses ya estaba yo restablecido (gracias al descanso y a un régimen especial a que me sometieron) razón por la que le dije

a Chozco que había llegado la hora de regresar a Venezuela para reanudar nuestras operaciones... ¡Que si quieres!... ¡Tu-
vimos entonces una escena que todavía me pone los pelos de punta y que procuraré referirle en cuanto la memoria me lo permita!... «Nuestra sociedad ha terminado —me dijo—. Yo no continúo en estos negocios. Tenemos triple capital del que soñábamos reunir cuando nos establecimos y yo necesito ahora mi libertad, toda mi libertad, para consagrarme a una empresa en la que tú ni debes, ni puedes tener participación. Si salvo la vida, y tú lo deseas, volveremos después a trabajar juntos, porque tú has sido y eres mi mejor camarada; el único a quien profeso entrañable cariño, y dispondrás siempre de mí, excepto en este caso en que tengo que obrar solo y por mi exclusiva cuenta...» ¡Excuso decirle, amigo Brito, cuál sería mi asombro al recibir esta descarga!... Me quedé tan perplejo que casi no rompo; pero por último pude decirle: «¡Bien, lo que tú quieras!; pero ¿al menos tendré derecho de saber de qué empresa se trata y los motivos por que me excluyes de tu compañía? ¿Puedo o no saberlo?... ¿Quieres explicarte?...» «Muy sencillo —repuso—; ha estallado la guerra del Perú y Bolivia con Chile y voy a prestar mi modesta cooperación a los primeros, de cuya parte creo que está la razón.» Pero ¿te has vuelto loco? —le pregunté—. «¡No sé! ¡Pudiera ser!: mas de lo que estoy seguro es de que voy a realizar uno de los sueños de mi vida y de que mi propósito es inquebrantable!» —respondió serenamente, con un gesto de firme resolución.

—¿Y la llevó a término?...

—¡No hubo modo de disuadirle!... ¡Todos mis razonamientos fueron estériles!...

—Extraño sujeto. Bien decía usted que me parecería contradictorio.

—¡Era un bloque de la recia cantera polaca, un descendiente de los inquietos y fanáticos luchadores que se habían devorado en guerras intestinas, de los incorregibles

románticos que concluyeron en el martirio!... ¡Obedecía a una obsesión, a un anhelo de toda su vida!...

—¿Qué anhelo era ése? ¿Se trataba acaso de una guerra en que intervenía alguna de las potencias que se repartieron a Polonia?...

—Ése fue uno de mis argumentos, y al emplearlo me objetó: «Malo ha de ser que no tope con algún barco contrabandista de cualquiera de las naciones que descuartizaron mi país: ¡eso es precisamente lo que persigo!»

—¿Armó el *Bolívar* en corso?...

—¡Y fuimos los dos corsarios!, según voy a referirle...

Así que tuve la convicción de que era inútil todo esfuerzo para disuadirle de su propósito, sostuve conmigo mismo una lucha terrible, porque de una parte me requerían el buen sentido, la prudencia, ante aquella temeridad y de otra el afecto entrañable que le profesaba. ¡Ni era posible dejarle solo en semejante aventura, ni yo concebía ya la vida sin él, porque esa idea me atormentaba tanto como la de la muerte!

—Otra jugada decisiva para usted... ¡Otra vez los naipes!...

—Ni más ni menos. ¿Y va usted a juzgarme insensato porque resolví acompañarle?... Si iba a un riesgo seguro, a un peligro, ¿no era mi deber seguirle y aprovechar la primera oportunidad de redimirlo?...

—Vistas las cosas como usted las presenta... Entró por mucho en la resolución el carácter de usted.

—Conforme. Las resoluciones son siempre algo subjetivo... Yo no fui nunca pusilánime y pude siempre reaccionar victorioso contra el fantasma de la muerte. Eso por una parte, y por otra la idea de perder a mi amigo, de abandonarle en un momento de ofuscación, precisamente cuando podía serle más útil, me pareció indigno, y acepté la vida de corsario...

—La de usted tiene de todo.

—Al que cuece y amasa de todo le pasa, como dice el refrán... Me costó Dios y ayuda conseguir de Chozco que aceptara mi compañía; pero por fin logré que me dijese: «¡Bueno: haz lo que quieras, pero ten por seguro que si se me presenta la oportunidad que ya conoces vengaré en sangre el crimen de mi patria! ¡Desde ahora te lo advierto para que ni me hagas reflexiones ni te llares a engaño!»

—Verdaderamente el reparto de Polonia constituye la violación del derecho a la independencia más vergonzosa que se ha cometido en nuestros tiempos.

—Y explica que sus hijos, especialmente aquellos que como Chozco habían perdido su hogar, sus bienes, y estaban expatriados, enloquecieran soñando en la revancha...

—Tiene usted razón.

—Aceptada mi compañía procedimos a equipar el *Bolívar*, al que dotamos de un motor, tres cañones, fusiles, pertrechos y cuanto era indispensable a la empresa que íbamos a emprender. La elección de la marinería fue motivo de grandes desvelos para Chozco, que anduvo varias semanas reclutando combatientes experimentados, hombres de lucha, previas informaciones de embajadores y consulados.

—Gentes aventureras, seguramente, de las que siempre hubo en todas las grandes ciudades.

—Supóngase... Cuando el barco estuvo listo nos hicimos a la mar, con rumbo a Río Janeiro, para refrescar víveres, y sin ánimo de hacer más escalas; pero a causa de una avería hicimos también la de Montevideo.

—¿Qué año fue?

—El 1879; la última vez que oficialmente se practicó el corso. La lucha, como usted recordará, duró hasta 1884; pero nuestra aventura sólo fue de veintisiete meses, por las razones que luego le diré. Hicimos todo el viaje con bandera venezolana, y durante el peligroso recorrido a lo largo de las costas chilenas, no fuimos descubiertos, ni

visitados (como Chozco temía) por ningún barco de guerra. Entramos, pues, en el Callao, como Pedro por su casa, y la operación de abanderar el barco (con el nombre de *Cabo Blanco*) y obtener la patente de corso fue cosa de muy pocos días, porque el Gobierno de aquella República conocía ya nuestros deseos por informes reservados de su embajador en los Estados Unidos.

—¿Y enseguida a la mar?

—Sin perder una hora. De cuantos íbamos a bordo yo era el único que ni tenía ofensas que vengar, ni afanes de botín, ni estímulo de ninguna clase; así es que cuando salimos de Lima no pude participar del entusiasmo de los otros, que arengados por Chozco, y bajo la influencia de las copas, vitoreaban enardecidos a las naciones a cuyo servicio habíamos entrado.

—¡Es admirable el espíritu de esos bohemios y mercenarios que se juegan la vida por satisfacer una ilusión o por guardarse unas pesetas!

—Desde el cocinero, que era chino, hasta el grumete (de nacionalidad desconocida) todos eran hombres curtidos en el mar, dispuestos a vencer o morir, deslumbrados por la codicia de las presas, que tanto Chozco como ellos estaban seguros de obtener... ¡Niños o bandidos con alma de héroes!

—¡Cuántos de esa calaña ganaron la inmortalidad!

—No es posible que yo le relate los mil y un acontecimientos de aquellos veintisiete meses...; es más, no quiero ni recordarlos, porque ese período constituye algo así como una sombra en la que a veces se abisma mi razón... ¡Sólo el propósito me justifica!... No hay modo de formar concepto de lo que es la lucha armada, el espectáculo de la sangre, la vida en permanente peligro, sin haberse visto en tales circunstancias. «¡En la guerra como en la guerra!», dice el aforismo, y es verdad, porque una vez que el hombre se lanza a perseguir y exterminar a sus semejantes, no hay límite, ni medida, y todo depende del riesgo en que

se esté, de la conducta del enemigo, de una serie de factores extraños y superiores a la voluntad... ¡Un torbellino que nos arrastra, en el que nadie puede trazar su trayectoria y decir de aquí no pasaré, porque las circunstancias se le imponen dejando al descubierto toda la ferocidad del alma humana!... ¡Más vale no pensarlo!...

—¿Por lo visto tuvieron ustedes jornadas sangrientas?

—De todo hubo, y para que forme juicio sólo le referiré la última, en que Chozco salvó la vida de milagro y yo quedé enfermo para siempre del corazón.

—¿Datan de entonces sus padecimientos?

—De entonces, sí, señor... Nos hallábamos agazapados en una pequeña ensenada de las costas chilenas, entre Valdivia y Chile, al acecho de que recalara por allí algún navío, cuando divisamos un bulto en el horizonte. Era al amanecer, y Chozco dispuso inmediatamente que se diera avante, sin quitar de los ojos los gemelos con que escudriñaba atento. Nos fuimos acercando, y a la hora poco más o menos, se volvió para mí muy nervioso diciendo: «Llevan bandera rusa! ¡Es una barca rusa!», y se fue veloz a tocar zafarrancho de combate, mientras yo me quedé pensando: «¡Ya llegó la suya! ¡Buen día nos espera!»...

—¿Eran en efecto contrabandistas rusos?

—Sí, señor... Izamos la bandera del Perú y por medio del semáforo se le dijo a la barca que parase porque íbamos a ejercer el derecho de visita y reconocimiento. Contestó que era buque neutral. Insistimos, y como no respondiera, se le intimidó disparando uno de los cañones, sin que lográramos acatamiento. Se fue entonces Chozco al timón, y maniobrando hábilmente, favorecido por el motor, logró pasar por la popa de la barca, a quien se volvió a requerir con otro cañonazo. Pudimos entonces observar que si bien era buque de más porte que el nuestro, y estaba también artillado, carecía de motor, circunstancia que nos permitiría darle pronto alcance. Así pasó, y el momento de tirar las

planchas de abordaje y los arpeos, fue espantoso, porque estuvimos bajo una ola de fuego; pero Chozco mantuvo la disciplina, gritando: «¡A ellos, camaradas, a ellos! ¡Que no quede ni una sola cabeza de esos buitres leprosos!»... Cuando ganamos la cubierta enemiga ya un proyectil de nuestros cañones la había incendiado, y el cuerpo a cuerpo tuvo lugar entre las llamas, con una ferocidad indescriptible. ¡No quiero ni acordarme!... Yo recibí una herida en la mano derecha y al hurtar otro golpe, hallándome a dos pasos de la borda, me fui al agua en el momento culminante de la pelea y sin saber de qué parte estaba la victoria. ¡Excuso decirle!... Bregué ansioso, pretendiendo subir por una maroma del *Cabo Blanco*; pero el oleaje y la herida me lo impidieron reiteradamente, y seguro de que Chozco, caso de vencer, me buscaría tan pronto como notara mi ausencia, me puse de espaldas para economizar esfuerzos y aguardé hasta que apareció un bote a recogerme.

—¡Explicada la enfermedad del corazón!

—¡Hágase cargo!... ¡Más de una hora en aquella ansiedad! Llegó Chozco y así que pudo hablarme me gritó: «¿Estás herido?»... «¡En una mano, poca cosa!», le respondí. «¿Y tú?»... «¡Victoria! ¡Prisioneros!», contestó, tendiéndome los brazos para sacarme del agua...

Tales eran las muestras de la emoción que le dominaba, que saqué el reloj y le dije:

—Ya es hora, don Alonso, de que regresemos al hotel. Suspenda usted por hoy.

—Vámonos, sí —contestó—; que tenemos invitados y María Leticia debe estar esperándome.

Media hora después me presentó a sus huéspedes. Era un matrimonio inglés, que había residido muchos años en Buenos Aires y sus hijas. Dos muchachitas que parecían talladas en alabastro, de puro finas y delicadas.

Al entrar en el comedor me manifestó:

—Tiene usted sitio en nuestra mesa y espero que lo pase bien con estas lindas flores de la nieve; por eso le he dicho a María Leticia que le coloque entre las dos.

Al determinar los sitios, manifestó María Leticia con naturalidad:

—José Antonio, usted ahí—, señalando la silla en que había de sentarme, que estaba en efecto entre las dos muchachas.

La conversación fue de América a Europa, y las jóvenes, parlanchinas y alegres como dos pájaros, hablaron de todo con el decir mimoso de las argentinas, en tanto que el padre y el anfitrión departían de haciendas y ganados. María Leticia intervino alguna vez en nuestra alegre charla, mostrándose tranquila y satisfecha, por más que la expresión de su cara dijese lo contrario. Sin querer (a despecho de mis mudas exhortaciones) los ojos se me iban en busca de los suyos, especialmente después que advertí que tenía en uno de los brazos las huellas de mis dedos, y que junto a la boca presentaba una erosión, producida sin duda en la refriega... «¡Fui brutal! ¡Obré como un loco!» —me dije, ante aquellos testigos de la lucha, que volví a reconstituir en todos sus detalles.

Al final de la comida tuve que sacar el pañuelo porque el ojo herido me lagrimeaba.

—¿Le duele mucho? —preguntó don Alonso.

—Bastante; me da punzadas.

—Pues avise mañana al doctor; no se descuide, que de un golpe así puede originarse un desprendimiento de retina. Conozco algunos casos.

—¡Justo castigo a mi imprudencia! —repuse mirando a María Leticia (en cuyos ojos me pareció sorprender algo como una exudación expiatoria, barrunto de lágrimas de arrepentimiento) y en una sonrisa triste, espaciada, nos hicimos ingenua confesión de mutua culpabilidad, primero, para después entregarnos el uno al otro, dominados de

un frenesí, como dos partes de un conjunto que reclaman su unificación...

Al despedirnos aquella noche, en un momento en que nos quedamos solos, iba yo a disculparme, y ella me contuvo diciendo:

—¡No hable!... ¡Borrado todo!... Otra vez buenos amigos...

—¿Nada más?...

—¿No le basta?...

De nuevo nos entregamos mutuamente, sin recato ni recelos, en una mirada de pasión, y como se iban ya, sólo pude decirle:

—¡Amor mío!... ¡Alma mía!...

X

Don Alonso entró por primera vez en el 76. Era muy de mañana y venía a saber de mi salud para avisar al médico caso de que persistieran los dolores.

—Esto va bien —le dije—. He dormido perfectamente y la inflamación ha cedido bastante.

—Pero el aspecto es malo: un cardenal le coge toda la órbita. ¿No le duele?...

—Apenas. No es más que aparato.

Insistió en que debía consultar al médico, y le invité a sentarse para que continuara su narración, que había suspendido en un momento culminante.

—Mientras me curaban la mano —dijo— y a Chozco las distintas heridas que recibiera, me fue dando detalles de la lucha: de nuestra parte tres muertos, y de la de ellos siete, incluyendo al capitán de la barca. Heridos, contusos y quemados casi todos... ¡Un hospital!... Supe entonces que el piloto del *Cabo Blanco* estaba a bordo con cuatro marineros, y que los supervivientes rusos iban con nosotros... «Bueno; ¿y qué has decidido?», le pregunté. «Por ahora, contestó, alejarnos de las costas y descansar. Tú has perdido mucha sangre y necesitas reposo. Ahora mismo te acuestas». Perfectamente, le dije; pero antes quiero que me des la seguridad de que tú haces lo mismo. Ninguno de los dos estamos para pensar»... Y en efecto nos echamos porque no podíamos ni movernos...

—¡Me hago cargo!

—Dormí seis horas de un tirón, soñando con monstruos acuáticos, en una verdadera fantasmagoría, y al ver que Chozco no estaba ya en el camarote subí a cubierta decidido a dar comienzo a mi campaña. Lo encontré en el puente, a la claridad de las estrellas, porque todas las luces del barco estaban apagadas, y atento a si se descubría algo en el horizonte, pues el peligro era que nos avistasen buques de guerra chilenos, de los que, como es natural, vigilaban sus costas.

—¿Iban con rumbo a Lima?

—Nos internábamos en el Pacífico, para ponernos a buen recaudo, y después adoptar la resolución que nos pareciera más conveniente... Como yo ignoraba el cargamento que tenía la barca, su procedencia, su destino, y cuanto se relacionara con la presa, lo primero que hice fue averiguar esos extremos. «Lleva fusiles, municiones y otros pertrechos de guerra —me dijo Chozco— que cargó en Nueva York para los chilenos.»

—¡Buena presa!

—Excelente. Yo comprendí que había llegado el momento de plantearle la cuestión, y yéndome desde luego a fondo le dije: «Supongo que saciados tus deseos no insistirás en la locura de seguir esta vida. He cumplido hasta hoy mi palabra, y ahora es necesario que recabe las facultades que me corresponden según nuestro contrato social. Tú has reconocido siempre en mí condiciones de hombre práctico, y en virtud de lo estipulado y de ese concepto, te pido que me dejes deducir de esta última aventura todas las ventajas de orden económico que nos corresponden. Estoy resuelto a que no hagamos más el triste papel de explotados, por gentes que no han correspondido, ni a nuestra lealtad, ni a nuestros sacrificios. ¡Esto ha terminado!...:» «¿Qué intentas? —replicó—: ¿una villanía?»... «Vamos por partes —le dije—: ¿es cierto o no es cierto que hasta aquí fuimos siempre perjudicados en la valoración

y reparto de las presas?... ¿Es verdad o no es verdad que después de veintisiete meses de constantes riesgos, de prestar valiosos servicios, apenas hemos logrado cubrir los gastos?... ¿Es eso justo, ni para nosotros ni para la gente que hemos llevado a toda clase de peligros?... ¿No hemos hablado de todo esto muchas veces?... «Sí —repuso—, tienes razón; pero bien sabes que yo no busco ventajas, que no me ha movido el lucro, y que si deploré y deploro que no se nos haya dado lo que nos correspondía, es por la gente, por ti inclusive, pero por nada más. Yo no puedo faltar a mis compromisos: si no estamos satisfechos debemos romperlos y recuperar la libertad. Eso es lo digno.»

—Pues ya le indicaba a usted la puerta.

—Por eso la aproveché. La discusión llegó a tal punto que ambos perdimos la serenidad, y entonces él, persuadido de que yo no había de ceder, y de que interpretaba el sentir de nuestros compañeros de aventuras, me dijo: «¡No discutamos: haz lo que quieras; pero yo no he de intervenir en nada de lo que se relacione con la venta de los buques y el cargamento! ¡Allá tú! Te impongo, además, la condición de que por ningún concepto las armas y municiones vayan a beneficiar a Chile. Deben ser vendidas al Perú o a una nación neutral.» «Aceptado —le contesté—; yo lo haré todo. Pon rumbo al Ecuador para saltar en un puerto de dicha república y allí se hará la operación. Yo también deseo que la presa vaya a las naciones aliadas, siempre que las paguen en su verdadero valor.»

—Había usted vencido.

—En toda la línea, porque si bien mi deseo principal era concluir con aquella aventura, la idea de obtener remuneración proporcionada a nuestros sacrificios me halagaba, especialmente por lo que hacía relación a los que habían compartido las penalidades... ¿No ve usted que era lo lógico?...

—¡Quién lo duda! Y que el cargamento valdría un capital.

—Al darle cuenta a Chozco de lo que importó no quería creerlo. Me di mis trazas (con la mediación de un grupo de contrabandistas) y al mes de llegar al Ecuador ya estaban en poder del Gobierno del Perú los barcos y el material de guerra...

Tocaron en la puerta y se presentó un mozo para dar un recado de María Leticia.

—La señorita me mandó a preguntar si ocurre algo, porque le extraña su demora —dijo dirigiéndose a don Alonso.

—Es que como supo que venía a preguntar por su salud, y no he regresado, estará haciendo fúnebres deducciones. ¡Se pone siempre en lo peor!

—Pues vamos enseguida a tranquilizarla.

—Yo, además, tengo que despachar urgentemente correspondencia que ha de salir mañana para América.

Volviéndose para el mozo le preguntó:

—¿Dónde está la señorita?

—En el salón de lectura.

—Entonces yo me iré a la oficina y usted me hará el favor de decirle que no tardaré mucho. Sólo me resta escribir unos renglones.

Descendimos a la planta baja y me dirigí al salón de lectura. Estaba sola, leyendo una revista, y apenas llegué me preguntó:

—¿Cómo está usted?

—Muy aliviado.

Al darse cuenta de que todo el ojo era una mancha cárdena, mucho más alarmante que el día anterior, exclamó:

—¡Qué enfermedad!

—Todo es externo. No se preocupe.

—¿Pero ve bien?

—Perfectamente.

—¡No quiero ni pensarlo!

—¿A qué se refiere?...

—A las consecuencias que pudo tener aquella... ¡Pero no hablemos!... ¡Todo olvidado!...

Cogí una mecedora y me puse junto a ella. No había nadie más en el salón y durante unos minutos la contemplé en silencio. Tenía una mano apoyada en el respaldo del sofá, cerca de mí, como si se me ofreciera, y venciendo la tentación de besarla, le dije:

—No hay nada para mí tan peligroso como un diálogo sin palabras... Hablemos... ¿Me permite usted una cosa?...

—Según lo que sea.

—Acariciar esa mano suavemente: ¡esa mano despiadada que casi me deja tuerto!...

—Si no es más que eso, y usted no se propasa, se lo consentiré, a cambio de otra cosa que usted ha de permitirme previamente.

—Pida usted lo que guste, y tenga la seguridad de que no me propondré.

—¿Palabra?... ¿Con toda formalidad?...

—¡Palabra; formalmente!

—Pues cierre usted los ojos y no se mueva hasta que yo le avise.

—Ya están cerrados y yo inmóvil hasta que me lo ordene.

Cerré los ojos, haciendo mil conjeturas, y poco después su boca se posó sobre mi párpado doliente, con una suavidad de plumas perfumadas, en tanto que decía:

—¡Por mi culpa!... ¡Pobrecito mío!... ¡Sana pronto!... ¡Pobrecito mío!...

Súbitamente se hizo atrás y manifestó:

—¡Ya! Ahora usted.

Como deslumbrado, loco de felicidad, cogí su mano y se la besé apasionadamente.

—¡Eso no es lo convenido! ¡Suélteme! —dijo poniéndose de pie tan rápidamente que rozó conmigo su admirable busto.

—¡Perdone! ¡No pude dominarme!

—Salgamos de aquí... Vamos a los jardines.

Ella fue delante, y al llegar al patio, todas sus líneas lucieron realzadas y magníficas en la gloriosa luminosidad del día.

—Vamos a un sitio donde estemos solos —la dije.

—La soledad es peligrosa... Ya no vuelvo a convenir nada con usted. ¡Es muy informal! ¡Qué distinto de Jorge!...

—No hagas comparaciones, ni me atormentes; ¡te lo suplico!

—¿Quién le ha autorizado a usted para tutearme? ¡Qué fresco!...

—La pasión no sabe de fórmulas. Hace un momento tratabas de tú a mi ojo. Sé consecuente.

—Ahora me dirijo a una persona y antes a una cosa. ¿Es igual?... ¿Tratar de usted a las cosas?... —dijo sonriendo picarescamente y se sentó en un banco que estaba a la sombra de una acacia.

Su vestido era tan sutil y ajustado, que todas las curvas se le señalaban, como en un alarde de turgencia y modelación. Las breves erosiones que le había producido en la refriega, lucían evocadoras en el raso de la piel, y de todo su cuerpo trascendía un aroma de juventud, de vida, que subyugaba.

—Encienda usted un cigarrillo egipcio —manifestó.

—¿Quieres soñar en Oriente?

—Quiero que usted se transporte a la India..., a países remotos con su compañera de excursiones...

—Jamás hice viajes fuera de Europa.

—Pues la otra tarde iban ustedes camino de Calcuta montados en un elefante...

—De ese modo, con esas fantasías, procuraba olvidar que otros más dichosos iban a caballo por sendas ocultas y silenciosas...

—Todo buen abogado tiene siempre pronto un argumento.

—Y toda celosa un motivo de sospecha.

—¿Celosa?... ¿Yo celosa?...

—Celos; plural... Martirio de dos...

—¡Qué pretencioso!... ¡Ja, ja, ja!

—¿Más que Jorge?...

—Con menos motivos.

—Sí, ¿eh?...

—¡Ya lo creo! ¡Ja, ja, ja!

Llegó don Alonso y tuve que callarme disimulando mi contrariedad.

—Hace media hora que tienes ahí a la modista esperándote —le dijo el padre.

—No me han dicho nada. ¡Qué servicio!

—Pues ve pronto. Aquí te esperamos.

Se despidió y enseguida dijo don Alonso:

—Se cansa ya de los paliques con Jorge. Tenía sospechas, y esta mañana me lo confirmó, rogándome que no la dejáramos tanto tiempo con él.

—Pues a Jorge no le pasa lo mismo.

—Eso parece; pero por su parte no hay nada de lo que yo suponía.

—¿Habla ya de emprender viaje?

—No. De eso nada ha dicho aún. Cualquier día me plantea la cuestión, y crea usted que lo siento, porque me hallo aquí perfectamente.

—Yo también lo sentiré.

—Mi vida ya no tiene otra misión que complacerla. De modo que cuando diga vámonos, tomaremos un vapor y a danzar por ahí hasta que se canse... ¿Seguiremos mi historia donde la dejamos ayer?...

—Eso iba a rogarle.

—Desde el Ecuador nos trasladamos (siguiendo el curso del Amazonas) a las costas del Brasil, y de allí a Río Janeiro, donde decidimos establecernos. Se negó Chozco a volver a Venezuela, cansado de aquella vida, y yo accedí contra toda mi voluntad, porque le había puesto mucho cariño a Caracas donde tenía íntimas amistades... Para formar juicio de lo que habíamos hecho los canarios en América, es menester haber recorrido la mayoría de las repúblicas de dicho continente. No creo que la población que radica en las islas exceda mucho a la que vive allí, identificada casi siempre con los naturales, constituyendo núcleos o desperdigada por campos, villas y ciudades. Es lástima que nadie se haya dedicado a recoger nombres, datos, toda suerte de antecedentes, para escribir una obra que permita conocer la magnitud del esfuerzo que hemos realizado los emigrantes isleños. ¡Asombroso, amigo Brito!... Venezuela es una de las repúblicas donde más se ve nuestra labor (en las épocas pasadas y en la presente) así por lo que hace al desarrollo de fuentes de riqueza, como a la misma vida intelectual y política del país. Encuentra usted pueblos y hasta ciudades (como la de Tenerife) fundadas por isleños; casas de comercio de la mayor solvencia; industrias, haciendas... ¡de todo!, patentizando nuestra cooperación. Si examina la Historia hallará caudillos como Monteverde y Tomás Morales, que derrotaron al propio Bolívar; guerrilleros; catedráticos; hombres de letras; de cuanto la actividad y el ingenio humano pueden alcanzar. Por ese motivo yo me encontraba en Venezuela como en una extensión

de Canarias, viviendo casi entre paisanos, muy considerado en aquella sociedad, en la que, como ya le he dicho, tenía íntimas amistades y hasta parientes.

—No le pasaría lo mismo al señor Chozco.

—Claro que no. Además se había iniciado en la política del país y estaba en la lista de los revolucionarios, que querían adueñarse del Gobierno de la nación.

—¿De modo que decidieron ustedes establecerse en Río de Janeiro?

—Para continuar la misma clase de negocios que hacíamos en Venezuela... Me permitirá usted que antes de proseguir el relato le exponga algunas consideraciones (que creo indispensables) para que no juzgue mal la conducta de Chozco ni la mía...

—No es necesario. Comprendo perfectamente los móviles que impulsaron a uno y a otro: los dos fueron lógicos según sus respectivos antecedentes.

—Bien, pues entonces no insisto; pero si usted le hubiera oído referir al piloto y a la marinería del *Cabo Blanco* el momento en que Chozco y el capitán de la barca se vieron frente a frente, la ferocidad de la pelea, comprendería mejor los motivos de aquella locura. Por lo que hace a mí baste decirle que ni cuando estuve en el agua, en trance de perecer, me arrepentí de la decisión de seguir a Chozco. Vuelvo a decirle que yo no comprendía la vida sin él. Muertos mis padres, sin comunicación con mis hermanos, aquel afecto era todo mi sostén.

—¡Y pasados los veintisiete meses de penalidades tendría usted una inmensa satisfacción!

—La mayor de mi vida; pero además, de allí en adelante todo me pareció sencillo, cómodo, plácido, hasta que perdí a mi compañera, primero, y a él, después...

—¿Se casó usted pronto?

—Ya le diré... La continuidad en el relato exige que le refiera lo que nos ocurrió en el Brasil, de cuya capital

quedé enamorado al pasar por allí en nuestro viaje al Perú. No creo que exista nada que supere a la bahía de Río Janeiro, así por su extensión como por su belleza.

—He oído ponderarla mucho.

—La realidad excede a toda ponderación, y el admirable vestíbulo no es más que el pórtico que corresponde a lo que está después. No me detengo en descripciones del Brasil. Imagínese usted una Venezuela de ocho millones y medio de kilómetros cuadrados de superficie, ocupada por veinte millones de habitantes, donde se produce de cuanto da la tierra... ¡Un emporio de riquezas apenas explotado!

—¡Qué países!

—La primera operación que hicimos fue la compra de una considerable extensión de terrenos baldíos en Río Janeiro, situados en uno de los ensanches de la ciudad. Para llegar a esa adquisición hubo de relacionarse Chozco con un secretario del conde de Eu (esposo éste de la hija del emperador), persona intrigante que andaba muy metido en las polémicas que produjeron la revolución de 1889 y la traída de la República. Como usted recordará todo aquello fue motivado por la promulgación de la ley aboliendo la esclavitud, y la resistencia de las Cámaras y del emperador a conceder los créditos indispensables para indemnizar a los dueños de esclavos. Chozco se apasionó en el asunto —patrocinado por Isabel, la propia hija de don Pedro— y después de contribuir a la adquisición de una imprenta escribió varios artículos abogando por que se cumpliera la voluntad nacional, y zahiriendo la venerable figura del soberano, ya viejo, irresoluto y achacoso. En uno de esos artículos abogaba por el advenimiento de la república (presidida por el general Fonseca) y como tales manifestaciones eran subversivas le encarcelaron.

—¿No fue Fonseca el presidente del gobierno provisional?

—Del gobierno provisional, primero, y de la República, más tarde.

—¡Pues anduvo acertado!

—Ésa fue la gravedad del artículo. Reflejaba una aspiración generalizada y tuvo un éxito que ni él mismo sospechó. Yo anduve de cabeza aquellos días del proceso; gasté todo el dinero que fue necesario, y pude lograr que la pena se redujese a lanzarle del Brasil, como extranjero peligroso, conduciéndole más allá de la frontera del Uruguay.

—Menos mal.

—De ese modo dejamos el Brasil, para instalarnos en Buenos Aires, de donde ya no salimos sino temporalmente. Mi salud estaba quebrantada y Chozco se empeñó entonces en que hiciera un viaje a Inglaterra. Realmente nuestros asuntos exigían que uno de los dos fuera a Londres, porque había desaparecido el jefe de la casa con quien más negociábamos desde Venezuela y era indispensable establecer nuevas relaciones. De ese viaje salió mi matrimonio.

—Ahí está María Leticia —le dije.

—No importa. Esta parte la conoce ella y podremos seguir hablando con libertad.

—¿Todavía dura la sesión? —dijo al llegar.

—Sí. Siéntate. Voy a referir a José Antonio cómo conocí a tu madre y establecimos relaciones.

—Le pescaron en el mar. ¡Buen anzuelo sería, ¿verdad?... —dijo ella.

—Yo había tomado billete en un vapor de la *Mala Real* y me encontré a bordo con un amigo de Birmingham, residente en Buenos Aires, que estaba allí para despedir a dos hermanas que también hacían viaje a Inglaterra. Me las presentó, rogándome que las atendiera durante la travesía. Complacido de tener con quien entretenerme se lo ofrecí, y me puse a las órdenes de las jóvenes, que

parecían gemelas, por más que una (Elfrida, la que después fue mi mujer) era más despierta y comunicativa.

—¿Se parecía a María Leticia?

—Ésta es su retrato; si le pone usted los ojos verdes y le reduce un poco la estatura.

—¡Ca! ¡Ella valía mucho más que yo! Era un tipo fino, de expresión ingenua y cándida. ¡Una santita!...

—¡Valía mucho! Ésa es la verdad... Desde el primer momento comprendí que se trataba de dos jóvenes correctas, instruidas y sumamente escrupulosas de su reputación. Nos pasábamos las horas muertas hablando, y a los dos días ya éramos amigos, con esa intimidad que se establece a bordo. Supe que habían nacido en Tasmania, que eran huérfanas de padre y madre, y que iban a Inglaterra para Elfrida hacerse Hermana de la Caridad y Lucila (así se llamaba la otra) irse a Birmingham con una parienta muy vieja que reclamaba su compañía.

—Ya ve usted, José Antonio, ¡torció la vida de una religiosa!... —dijo María Leticia.

—Eso es. ¿Quién tuvo, por tanto, el anzuelo? —expresé yo.

—No fue anzuelo, sino red...; ese tejido de mallas invisibles, que poco a poco y sin darnos cuenta, nos priva de libertad, nos esclaviza, cuando menos lo esperamos... ¡En todo pensaba yo entonces menos en el matrimonio!

—Por eso te salió bien. Lo que yo digo: ni tú sabías de ella, ni ella de ti, y se encontraron en el mar, porque habían nacido el uno para el otro.

—¡Déjate de romanticismos!... Nos encontramos de casualidad...

—¡Naturalmente! Lo casual suele ser lo definitivo. Cuando más se busca una cosa menos se la encuentra...

—¡Pero cuando no se sabe lo que se quiere es imposible encontrarlo!

—¡Hombre!... ¿Y quién sabe lo que quiere?...

—Los sonámbulos de la vida, sencillamente, que sueñan y se creen despiertos... José Antonio me entiende...

—Y yo también. ¡Vaya qué gracia! ¡Prefiero los sonámbulos a los muy despiertos!

—Bueno; sigue pensando así, que ya las narices te lo dirán...

—¿Las narices?

—¡Claro! ¡Te las has de romper a testarazos con la realidad!... Déjame seguir...

—Lo cierto es que tú ibas para Inglaterra sin pensar en el matrimonio, soñando Dios sabe en qué, mamá a profesar y que se encontraron para no separarse. ¿No es eso?...

—Exacto.

—¡Es irreductible! —dije yo, mirándola sonriente.

—Está usted equivocado. ¡Qué manía! ¿Pero, por lo visto, papá le ha dicho?...

—¡Que buscas un marido inteligente, fiel, culto, apuesto, laborioso, viril, moreno, rubio, y no sé cuántas cosas más, para vivir en la soledad, en el sosiego de una Arcadia tocando la flauta!... ¡Época pastoril, amigo Brito!...

—No es eso. Yo no busco a nadie ni quiero imposibles. Lo que he dicho es que estoy muy bien soltera y que si algún día me caso será con un hombre... como a mí me guste.

—¿Te crees perfecta?... ¿Por qué expurgas tanto?...

—Me creo digna.

—Pues confórmate con otro digno. No aspire a más.

—¿Qué expurgo?... Si el pasado y el presente son malos, ¿cómo tener fe en el porvenir?...

—Los hombres son hijos de las circunstancias. Cada estación tiene sus colores —dije yo.

—Evidente. Un hombre sin que haya conocido el mundo no es hombre; de modo que como no lo busques para muñeco... ¡Pero, en fin, déjela usted, amigo Brito, que cualquier día se puede enamorar y entonces los defectos le parecerán virtudes!... ¡A lo mejor de un mamarracho!...

—¡Quién sabe! —repuso ella, subrayando las palabras con un gesto festivo y malicioso.

—Como iba diciéndole —prosiguió don Alonso— trabamos buena amistad. Al quinto día de navegación me sentí enfermo hasta el punto de no poder salir de la litera. Fiebre, intenso malestar y el corazón al galope. Vino el doctor, y creyéndome atacado de alguna enfermedad contagiosa, me hizo trasladar a la enfermería con orden de rigurosa incomunicación. Durante aquel día y la noche siguiente estuve a merced de un practicante, tomando quinina, muy amodorrado, sin conciencia casi; pero al amanecer noté un gran alivio y comprendí que no tenía nada de gravedad. A eso de las ocho volvió el médico, y después de confirmar la mejoría me dijo: «Una señorita ha solicitado autorización para verle a usted y constituirse en su enfermera. Le contesté que probablemente se trataba de una enfermedad contagiosa, e insistió; pero como ahora veo que estaba en un error, dígame si quiere que la consienta que le haga compañía.» «Si no existe peligro me sería muy grato, doctor», le respondí, viendo los cielos abiertos de tener con quien hablar.

—¡Y comenzó a correr el hilo por la devanadera!... ¿Ve usted cómo se tuercen los dogales?... —dijo María Leticia.

—Dogal no fue —repuse yo.

—No, señor; no fue dogal sino vínculo que, día por día, nos anudó para siempre. La suavidad, la ternura, el altruismo de aquel corazón se hicieron con el mío, olvidado ya de lo que era el amor desde el desastre de Virginia... ¡Era, además, tan hermosa!...

—Mire usted su retrato de entonces —dijo María Leticia, mostrándome un cincelado medallón de oro que contenía la efigie de su madre.

—¡Muy bella! ¡Qué corrección de líneas! Se ve en sus ojos la bondad del alma —manifesté, sinceramente admirado de la perfección y frescura de aquella faz, de gran parecido con la de María Leticia.

—No da sino una idea. Valía mucho más de lo que ahí se apreciaba, porque la expresión de dulzura, la ingenuidad candorosa de sus ojos, que eran su mayor encanto, no hubo fotógrafo ni pintor que las reprodujesen —habló don Alonso.

—¡Pobrecita! —exclamó María Leticia.

—Mi enfermedad no fue grave, pero sí larga, y cuando llegamos a Londres tuve que ingresar en una casa de salud para convalecer, por indicación del médico de a bordo, y a ruegos de Elfrida, que no se fue a su hotel hasta dejarme convenientemente instalado. Era en uno de los barrios extremos de la ciudad, y allá se iba ella todos los días para acompañarme.

—Se ve que tenía verdadera vocación de hermana de la Caridad —manifesté.

—Sí, señor; pero la mujer, cuando se le llega a interesar el corazón, es antes que nada la esposa, la madre, y eso es lo que ocurrió. Yo me enamoré locamente, y comprendí, ¡cómo no iba a comprenderlo si los ojos delatan siempre al sentimiento!, que ella no era indiferente; pero no me atrevía a decirle una palabra, poseído de esos vagos temores que suelen apoderarse de los enamorados.

—¿De modo que tú crees que los ojos no guardan secretos? ¡No estoy conforme! —dijo María Leticia.

—Secretos de amor, no, si los interlocutores son un poco avisados. Todo gran fuego se delata, y no se necesita ser un lince para averiguar cuándo una mujer nos corresponde —repuso don Alonso.

—¡Vaya!... ¡Qué zahorí!... ¡Pues no es poco!... ¡Qué pretencioso! —manifestó María Leticia.

—Como tú no te has enamorado no puedes hablar de estas cosas. Si llega el caso tus ojos lo pregonarán. ¿No está usted conforme, amigo Brito?...

—Distinguiendo... ¡Hay mujeres y mujeres!...

—No. Lo que usted dirá es que hay que diferenciar la pasión de lo que no lo es: ¡Mujeres frívolas; mujeres coquetas!... ¡Ya lo creo!; pero ¿qué tiene que ver eso con el amor?...

—Nada. Juegos de la vanidad femenina, maneras agradables de pasar el tiempo.

—Sí; el *flirt*, que es a la pasión lo que el fuego de San Telmo al sol... Ni Elfrida pertenecía a ese mundo, ni yo aludía a tales escarceos.

—Bueno, pues continúa, y que conste que si yo me llego a enamorar mis ojos dirán lo que yo quiera solamente.

—¡Querer y amar!... ¡Sinónimos; no hay escapatoria!...

Su mirada fue entonces un mentís a cuanto había dicho, y el secreto de nuestros corazones quedó proclamado en una mutua sonrisa, llena de promesas y compenetración, que no sé cómo don Alonso no supo interpretar.

—Yo comprendía, repito, que era correspondido; pero abrigaba dudas acerca de si ella abandonaría su propósito de consagrarse al amor de la Humanidad para hacerlo al mío solo, porque su hermana me había manifestado que iba a profesar contra la voluntad de toda la familia y que era una obstinación de muchos años. Vacilé varios días y una tarde me dije: «¡a Roma por todo!», y me fui a su casa para invitarla a dar un paseo, decidido a plantearle la cuestión. ¡Que si quieres! ¡No me atrevía!

—¡Qué tímido eras! —manifestó María Leticia.

—Es que la idea de una negativa me aterraba, y por otra parte ningún momento me parecía propicio, porque su inocencia (o su habilidad) conducía los temas de modo

que la conversación nunca me daba pie. Ya oscurecido, cuando regresábamos le cogí una mano y se la besé efusivamente. ¡Fue la rotura del dique; lo que suele suceder cuando las aguas se remansan y contienen demasiado tiempo; el instante impetuoso y arrollador de una pasión que se desborda!...

—¡Del uno al otro polo! —expresó María Leticia.

—Así fue. De la sorpresa pasó a la confesión, y yo, acostumbrado a deducir de las circunstancias todo lo que se puede, no cejé hasta que de su boca a la mía nuestros corazones se hicieron juramento de fidelidad. ¡Ahí tiene usted, amigo, cómo hallé mi compañera y el motivo por el que mi vida cambió de allí en adelante de un modo radical!...

—Ya era hora de que usted constituyese su hogar —le dije.

—Le escribí a Chozco, dándole la noticia, y a los dos meses regresaba a Buenos Aires con mi mujer.

—¡No perdiste mucho tiempo! —expresó María Leticia.

—Cuando uno encuentra la felicidad debe cogerla sin tardanza.

—¿Y si se equivoca?...

—Eso puede pasar en todas las decisiones; pero si el corazón habla, y la inteligencia corrobora, se tienen los factores posibles del acierto.

—¡Son ustedes tan veleidosos!...

—No más que ustedes. La constancia en el amor es como la gracia, que hay que merecerla.

—No te comprendo...

—¡Pobre de ti si no lo entiendes! Encendida una hoguera es necesario conservar el fuego, darle siempre combustible, vigilarla atentamente como las sacerdotisas de Vesta.

—Eso supongo que será mutuo.

—Se entiende; pero la parte activa, dinámica, del amor, que corresponde al sexo masculino, exige todo lo inherente a la acción. De forma que a mayor necesidad, mayor estímulo...; pero estas cosas se sienten más que se razonan... ¡Es todo el mundo de las intuiciones femeninas!...

—¡Pobres mujeres!... ¡Siempre lo peor!...

—Lo que les corresponde... ¿De qué valen las alas cuando no existen deseos de volar?...

—Ésos siempre los tienen ustedes...

—Mira, hija, dejémonos de polémicas que a nada conducen. Día llegará en que pienses de otro modo si no quieres ser una desgraciada... Tu madre tuvo una tan fina intuición, un poder de seducción tan exquisito, que logró hacer de mí un constante y fiel enamorado... Yo confío en que llegada la ocasión tú seas digna de ella y comprendas que el amor es el hecho más complejo de la Vida...

—¡No cabe duda! —manifesté, mirándola atento.

—Y ahora —dijo don Alonso— vámonos a la mesa que ya avisaron, porque aquí si uno es puntual puede matar el hambre, y si no, *acta est fabula*, como decía Chozco...

Echó él delante, y María Leticia y yo le seguimos en silencio, besándonos locamente con los ojos...

XI

Miss Maison era una mujer quintaesenciada en achaques de amor. No es cosa de determinar aquí su categoría ética, ni de referir secretos que la caballerosidad y la gratitud imponen reservar. Sea o no la hipocresía el homenaje que el vicio rinde a la virtud, lo cierto es que entre la verdad y el cinismo existe una gran zona, que en todo medio civilizado debe llenar la ciencia del disimulo...

Fue su padre un general que sirvió muchos años en la India, y era la madre una señora casi ciega, que vivía para cuidar un loro regalo de su difunto. Tenían dinero y viajaban por el Globo... No tengo más antecedentes, ni me importan...

No obstante mis esfuerzos, me fue imposible evitar que se diera cuenta de los desvíos y repulsas de María Leticia, después del día de la excursión al Aguamansa. Su altivez la hizo callar durante algún tiempo; pero una tarde no pudo reprimirse, y me dijo:

—¡Qué primitiva y tonta es la argentina! Por lo visto no le basta Jorge para sus juegos de colegiala... ¡Me es indiferente!...

—¿Dudas de mí?

—No. Creo adivinar lo que sospecha y supongo lo que quiere...

—¡Afanes en las nubes!... ¡Cosas para el altar!...

Su sonrisa fue entonces la de un epicúreo, la de un espíritu práctico que desdeña idealidades y se atiene a los fines concretos del utilitarismo a lo Fray, de quien, si no consciente discípula, era intuitiva y feliz corroboradora. Por eso me dijo:

—He resuelto trasladarme al hotel Martíáñez. ¿Qué te parece?...

—¡Maravilloso!... Su vecindad del mar...; su discreta situación...; su sosiego... ¡Maravilloso!...

—¿Hoy mismo?...

—Mañana. Es necesario que celebremos esta noche nuestra última sesión de Magia.

—¿La última?...

—¡En el *Taoro*!... ¡No faltaba más!...

Y así pasó. Dadas las doce de la noche allá me fui, por entre las tinieblas de las vastas galerías, con mis zapatos de piso de caucho, decidido a rematar dignamente la primera etapa de nuestras experiencias cabalísticas.

.....

A la madrugada le dije:

—¿Qué te ha parecido esta noche el húsar de la muerte?...

—¡Muy latino! —respondió con voz de cansancio, mientras me acariciaba con las húmedas violetas de sus ojos.

Al comenzar el regreso al 76 tuve que encender una cerilla para orientarme, porque la galería estaba como boca de lobo. ¡Qué oscuridad! Iba sigilosa y lentamente, con un brazo tendido para eludir tropiezos, cuando al cruzar junto a las habitaciones de María Leticia oí un ruido, un golpetazo, semejante al de un picaporte... «¡Demonios!», me dije. «¿Será ella?... ¿Me conocería?... ¡Aviado estoy! ¡Qué contrariedad!»...

Llegué sudando, como si hubiera hecho una caminata, y casi no logro conciliar el sueño, perdido en una selva de exclamaciones e interrogantes a propósito del suceso y sus posibles consecuencias.

Por la mañana sentí un vehemente deseo de ver a María Leticia, para deducir de la expresión de su semblante si había sido o no la del picaporte. ¡Estaba seguro de acertar! Mientras me vestía preparé mentalmente elementos de defensa (por si llegaba la lucha) decidido a negar en redondo, sin vacilaciones, que saliera de la habitación de miss Maison. «Confesarse a una mujer es lo peor —me decía—. ¡De ningún modo!: ¡negar, siempre negar!...».

Prevenido convenientemente, y recordando la frase de don Alonso, «en la guerra como en la guerra», me puse en marcha en busca de mis amigos, y anduve cosa de una hora de un sitio para otro, sin encontrarles, hasta que cansado me senté en una de las terrazas. A poco llegó Jorge.

—¡Hola! —dijo—. Venía buscándote. ¿Puedo decirte dos palabras?...

—A tus órdenes. ¿Qué te ocurre? Tienes cara de pocos amigos.

—¡Y tan pocos! ¡Hasta tú has dejado de serlo!

Comprendí que había llegado el momento de la escena que desde días atrás estaba esperando y le invité a que hablásemos en un sitio distante del hotel.

—¡No quiero hacer más el ridículo —manifestó de entrada— y vengo a que me digas la verdad, toda la verdad, como creo merecer de ti!... ¡Ni un día más soporto esta situación! ¿Sabes a qué aludo?...

—Sí. Hace tiempo que estoy pensando abordar la cuestión; pero no tuve oportunidad... Temí, dudé, dándole veinte vueltas en la cabeza... ¡Tú comprenderás!...

—¡Comprendo todo menos que te hayas callado! ¡Permíteme que te diga que eso no es digno de ti! ¡Yo por ningún caso lo hubiera hecho! ¡Parece mentira!...

—Te juro que las cosas han venido de modo que no pude evitarlas, ni tuve valor y ocasión para decirte... ¡Palabra, Jorge! Serénate. No formes juicios temerarios...

—¿Que no pudiste decirme que estabais en relaciones?... ¡Vamos, hombre!...

—Pues ése es el caso: que ni lo hemos estado ni lo estamos.

—¿Que no?... ¡José Antonio!...

—Te hablo con el corazón. Yo no pensaba (ni creo que ella tampoco) y un día, repentinamente... ¡Qué sé yo cómo fue, Jorge; ni para qué contártelo!...

—De ti di lo que quieras; de ella sé perfectamente que desde que te vio... ¡Y no lo comprendí!... ¡Estaba ciego!...

—No exageres. Si antes estuviste ofuscado, ahora más. Yo no niego que le fuera simpático; que tus referencias; la idea que se ha forjado... ¡Las mujeres son así, Jorge; tú lo sabes!...

—Te repito que de ella no me digas nada. Lo que no tiene justificación posible es que cuando entrasteis en relaciones siguieras callando. ¡Leal y noblemente debiste decírmelo! ¡Qué desengaño!...

—Ya te he manifestado que no estamos en relaciones, lo que se llama en relaciones.

—¡Ella ha sido más franca y por eso no seguiré haciendo el ridículo! ¡Qué cosas!...

—¿Cómo?... ¿Qué te ha dicho?...

—La verdad.

—¿Puedo saberla?...

—¡Vamos!... ¡Hasta ahí podías llegar!... ¿Por quién me tomas?...

—Mira; si te pones en esa actitud más vale terminar. Te he dicho que no estamos en relaciones, que no somos novios, y ésa es la verdad... ¿Lo crees?; ¡bien! ¿No lo crees? ¡allá tú!... Preludios, mutuas simpatías, afinidades..., lo que quieras; pero nada más... He faltado, ¡qué duda cabe!, en informarte de lo que ocurría; pero una cosa más fuerte que yo, invencible, me hizo claudicar del primer propósito que fue alejarme (resistir porque tú estabas de por medio) y las dudas de si serían meras apariencias sus insinuaciones me obligaron a callar, a diferir el día en que te dijera la verdad si llegaba a convencerme de su amor... ¡Ésa es la historia!

—¿No estabas convencido todavía?... ¿No había llegado el momento?... ¿Quién miente entonces?: ¿ella o tú?...

—Ignoro lo que te ha dicho. Tú afirmabas que es una mujer incomprensible, desconcertante, y ahí lo ves: te ha confiado a ti lo que yo no sé todavía. ¿Qué fue?: ¿hablas o no?...

—Tuve una escena estúpida, de la que me arrepiento, y al verme en aquella forma me dijo: «No insista usted porque yo tengo novio. Perdóneme si alenté indebidamente sus esperanzas. Le doy todo lo que puedo: mi sincera amistad»... «¿Quién es?, le pregunté. ¿José Antonio?»... Inclino la cabeza afirmativamente y me quedé viendo visiones... ¿Comprendes cuál sería mi asombro?... ¿Te explicas mi situación?...

—¡Sí, Jorge! ¡Perdóname a mí también! ¡Dame un abrazo!

Me fui a él y me rechazó con una frase que no quiero consignar.

—¡Alto! —le dije entonces—. ¿Qué deseas?...

Nos miramos torvamente, y hubo un silencio de indecisión rencorosa, que pude romper diciéndole:

—¿Qué derecho tenías más que yo?... ¿No comprendes que ha sido inevitable?... Si el destino nos unió, ¿qué podía yo hacer?...

—Advertírmelo a tiempo.

—Pues ése es un pecado venial dada la confesión que ya te hice. Te he pedido perdón. ¿Qué más quieres de mí?...

—¡Adiós! ¡No hablemos más!

—Como quieras; pero prométeme pensar en lo que te he dicho: ni ella ni yo hemos podido sustraernos... ¡No me niegues tu amistad, Jorge, te lo pediré de rodillas si fuere menester!...

—Mi amistad poco ha significado para ti. ¡Qué hemos de hacer! ¡Adiós!

Se marchó, y no podría decir si el incidente me produjo más contrariedad que alegría, tanto por la confesión de María Leticia, cuanto por haber salido de aquel apuro que me quitaba el sueño.

Cuando volví a la terraza encontré a don Alonso, y sin disimular mi ansiedad le pregunté por la hija, extrañado de su ausencia.

—¡Otra noche en claro! Tiene jaqueca y se ha quedado en cama —me dijo.

—¿Algún trastorno?...

—Suelen afectarle demasiado; pero ahora hay algo más. No sé lo que le pasa.

Atraídos por el ruido del mar, que estaba de leva, nos trasladamos a la fachada norte del hotel. Las olas cubrían por completo el malecón y toda la ribera ofrecía un aspecto imponente.

—¡Qué tormenta! —dijo don Alonso—. Fíjese en aquel pailebot cómo corre el temporal.

—No quisiera verme en él. Parece que va a hundirse.

—Si se hubiera aguantado un poco más sobre las anclas se viene a tierra. ¡Son lobos de mar estos paisanos nuestros!...

—¿Van hacia La Palma?

—No; se remontan para hacer rumbo a Santa Cruz.

—¡Qué espectáculo! ¡No hay otro semejante!

—Me recuerda los días del *Ibiza* y del *Cabo Blanco*.

—A propósito. Supongo que su vida cambiaría después del casamiento.

—Y la de Chozco, porque mi mujer fue para los dos un rellano en la cuesta, una dulce e inesperada sombra en la que compartimos la paz del hogar. Elfrida era un ángel que tenía las alas mayores que su nido y pudo dar calor a cuantos tuvieron mi estimación. ¿No ve usted que su espíritu era el de una hermana de la Caridad?...

—¿Vivieron ustedes juntos?

—Hasta la muerte. Elfrida consideraba a Chozco como un hermano mío (mi hermano mayor) y él la tuvo siempre por algo que Dios nos enviara para advertirnos que la mitad de la vida está en el cielo. Sin hacernos sentir su influencia, con una suavidad penetrante y adormecedora, fue llevándonos a su reino, que era el de la bondad, el desinterés, la ingenua contemplación de las cosas en sus aspectos más hondos y sencillos... ¡Nos dominó, se hizo con nosotros, del único modo que esto era posible!...

—Otra mutación para usted.

—A la que me avine con más dificultad que Chozco, en algunos aspectos, porque entre mi amigo y Elfrida existían mayores afinidades. Las almas de los dos, por ejemplo, eran de creyentes, y la mía de despreocupado —ya que

no de otra cosa— en todo lo que hace referencia a problemas del *más allá*. Mi indiferencia, mi insensibilidad, la hicieron sufrir...; pero ¿es posible que uno sea de otro modo que como Dios lo hizo?... ¿Cabe que el sol alumbre en mitad de la noche?...

—Claro que no.

—Yo procuré no contrariarla; pero no pude hacer más, porque no nací para hipócrita, ni para fementido... No vaya a creer por esto que le estoy diciendo, que intentara catequizarme...; ¡no, eso no! ¡porque ni ella fue fanática, ni yo lo hubiera consentido!...

—Se respetaron ustedes mutuamente.

—No hay otro modo de convivir en paz, cuando se discrepa en materias que siendo de fe, suponen divergencias irreductibles... Pero yo no me refería únicamente a estas cosas cuando le indiqué antes que tuve dificultades de adaptación. Aludía principalmente a las mudanzas que mi mujer nos trajo en orden a la vida material; a lo que es y puede ser este tránsito, para aquellos que hacen del deber y el amor a los suyos una religión. Tuvimos en Elfrida nuestra Doctora, y Chozco fue siempre delante de mí en el aprendizaje... No es posible que entre en pormenores; pero sí le diré que por su influencia cambiaron nuestros hábitos de hombres de negocios, y que de comerciantes nos hicimos terratenientes, hacendados, invirtiendo casi todo nuestro capital en empresas agrícolas.

—Excelente orientación. Yo hubiera hecho lo mismo.

—Lo comprendí luego; pero al principio opuse resistencia, que Chozco le ayudó a vencer... Semiapartados de la sociedad, en holgado y confortable retiro, vivimos dichosos, atentos a la tierra y sus productos, hasta que Dios se los llevó y vino para mí esta última faz en que me encuentro... ¡La peor de todas, amigo Brito, por los motivos que ya usted conoce!...

—¿No tuvieron ustedes más hijos que María Leticia?

—Nada más. Vino cuando ya no esperábamos sucesión, y excuso decirle que desde ese momento los tres vivimos para ella, porque el padrino la quería tanto como nosotros.

La presencia de miss Maison y su madre, que descendían hacia el *Martíáñez* en coche, interrumpió el diálogo por un momento.

—¿Sabe usted que cambian de hotel? —le dije.

—No; primera noticia. Qué extraño que no se hayan despedido.

—Me dejaron un recado para ustedes. Fue una cosa repentina. La madre tuvo anoche una ataque y parece que el médico les ordenó que se trasladasen hoy mismo.

—Pues María Leticia lo celebrará. Esa chica es de una intransigencia rayana en el ridículo... Yo no sé qué ha pasado entre las dos. ¿No había usted notado nada?...

—Cierta frialdad.

—Pues tiene a su amiga en el número de las indeseables y a usted en el de los sospechosos.

—¿A mí?...

—Eso deduje de ciertas preguntas que me hizo. ¡Figúrese usted: ponerle puertas al campo!... ¡Es la madre, la herencia de la madre!...

—¡Sentiría que usted me creyera capaz!...

—¡Nada, hombre!... ¡Yo he sido cocinero antes que fraile!... ¡No faltaba más!...

—¡Si se trata de personas serias..., de la hija de un general!...

—No se esfuerce. Si hubo brecha hizo bien en aprovecharla... Yo no le he dicho a usted nada de mis amoríos porque esas cosas en labios de un viejo son ridículas; pero como es natural, hice lo que pude y no me arrepiento... Con su permiso voy a ver cómo está María Leticia y a

intentar que baje al comedor. Seguramente quedará muy complacida cuando sepa que miss Maison se ha ido al *Martínez*.

—Espero de su bondad que la disuada de esa idea... Formalmente le aseguro...

—Pero, hombre, ¿le da usted valor a esas tontearías?...

Las palabras de don Alonso me tranquilizaron bastante, y me puse a considerar que la ausencia de miss Maison actuaría como un sedante sobre los nervios de María Leticia. «Pero ¿fue ella la del picaporte? ¿Me reconocería?», continuaba pensando, sin lograr vencer mis preocupaciones. Por fin apareció vestida de blanco, pálida, con una sombra de tristeza en los ojos, que parecía querer disimular mostrándose feliz y sonriente. Fui a su encuentro y antes de que pudiera decirle nada, manifestó:

—¡Ya pasó!... ¡Nervios!... ¡Cosas que sólo preocupan a mi padre!...

—Y a mí también. He pasado una mañana de ansiedad, suponiéndote muy malita, y esas ojeras denotan que en efecto has debido sufrir...

—¿No dice que le gusto así, con ojeras?...

—Si son de insomnio y por mi causa...

—¡Pues eso ha sido!... ¡Ja, ja, ja!...

—¿Ya de risas? —manifestó don Alonso que llegaba en aquel instante.

—José Antonio hace reír a un muerto.

—Es que he dado con la causa de sus males —expresé.

—¿Se puede conocer?...

—Es un secreto —repuso ella—. Ya te lo diré cuando estemos en París... ¿No sabes que José Antonio nos acompaña?

—Tendría una inmensa satisfacción —dijo don Alonso—. ¿Le has comprometido?...

—¡Ja, ja, ja! ¡Le estoy comprometiendo!...

Me sonreí, sin hallar una contestación, y el punto blanco de la desgarradura de la córnea de don Alonso pareció convertirse en un interrogante. Afortunadamente entrábamos ya en el comedor y no se dijo más del viaje. Estaba temeroso de que sin previa preparación le revelara allí al padre el secreto de nuestros amores.

«Si fue la del picaporte no me reconoció», me quedé pensando, y prometiéndome no pasar siquiera por el *Martíánez*. ¡Qué alivio sentí al descargarme de aquel peso!...

Don Alonso disertó prolijamente acerca de los cambios que en función del tiempo, y del fluir de la vida, sufre la personalidad humana. Volvió sobre un tema que ya me era conocido, y tanto por esto como porque sólo pensaba en María Leticia, le presté poca atención. Comprendí que quería decirme que su alma de emigrante, de aventurero, había ascendido por entre el torbellino de los sucesos, depurándose sin cesar, hasta adquirir todo el valor y la perfección de que era susceptible.

—¡Ser artífice de sí mismo, troquelar la propia personalidad, según su genio y las circunstancias a que se vea sometido, es la primera obligación del hombre! ¡Quien no obre así es indigno del dictado de ser consciente! —manifestó al terminar el discurso, en el tono enfático de los que han podido vencer hasta sus propias pasiones.

Poco después del *lunch* llegó el matrimonio inglés, de las dos hijas que parecían de alabastro, a invitarles a dar un paseo y nos despedimos hasta el día siguiente.

En un aparte me manifestó María Leticia:

—¡Qué fastidio!... Tenía muchas cosas que contarle hoy... ¿Ha visto a Jorge?...

—Tuvimos una escena.

- ¿No le da compasión?...
- Uno de los dos necesitaba ser la víctima...
- Es muy noble. No debemos perder su amistad...
- ¿Le confesaste todo?...
- Me conmoví ante sus lágrimas... ¡Adiós!
- ¡Adiós, alma mía!...

XII

La mañana era calurosa, como de estío, a pesar de hallarnos en los comienzos de la primavera. Habían transcurrido algunos días así, de alta temperatura, y María Leticia y sus amigas, ansiosas de motivos de expansión, organizaron una serie de baños en la playa de Martiánez.

Al comunicarme la noticia les indiqué que aún era muy prematuro, fingiendo pocos deseos de acompañarlas (por lo que creyera don Alonso); pero en realidad el propósito me pareció de perlas, ya que me proporcionaba ocasión de contemplar a María Leticia en el semidesnudo tentador del traje de baño, y, sin oponer grandes resistencias, me sumé al grupo.

Lo componían, a más de ella, una alemana de estridentes formas; dos inglesitas de buen ver; tres *jirafas* de nación desconocida, y yo, único varón a quien invitaron. Don Alonso se limitaría a dar el paseo hasta la playa.

Salimos a las nueve, y enseguida me preguntó:

—¿Nada usted bien?

—Regular. De muchacho tuve gran afición.

—Pues prepárese porque María Leticia lo desafiará. Nada como un pez. Todos los veranos íbamos dos meses a Montevideo y allí la enseñó Chozco. ¡Tiene un delirio por ese deporte!

Esta noticia me dio la seguridad de que podíamos estar juntos en el agua.

Llegamos. El mar, de un azul turquí muy intenso, estaba dormido, sin una ola, de no ser las laminadas y rítmicas que morían en la arena. El sol cegaba y un penetrante olor a mariscos transcendía de los sentidos al espíritu...

Me retiré de ellas, para desnudarme, y don Alonso me acompañó describiendo algunos balnearios célebres de América. Estaríamos a unos cuarenta metros del grupo, que, a la sombra de unos tarajales levantaba una algarabía de voces y risas, comentando no sé qué suceso.

La primera que se puso en pie, y salió de debajo de los tarajales, fue la alemana. ¡Terrible!... ¡Carne para ella y tres más!

Don Alonso manifestó al verla:

—Tienen razón las mujeres para defenderse de las grasas como de su mayor enemigo.

—¡La línea es todo! —manifesté en el momento en que María Leticia, con desnudez casi estatuaría, se levantó ofreciendo a nuestros ojos el triunfo definitivo de la Forma.

No pude resistir, por más que estuviera el padre delante, al placer de contemplarla, y me quedé embebido, absorto, sin nada en el pensamiento que no fuera para el culto al Arte y la Belleza. ¡Todo me pareció un sacrilegio ante aquella beldad que avanzaba solemne y magnífica como una diosa que fuese a ofrendar a Neptuno la flor de su virginidad!...

Así que todas estuvieron en el agua sacó don Alonso sus prismáticos y yo me fui presuroso hasta la orilla. Ella se había adelantado bastante y nadé hasta alcanzarla. Después seguimos mar adentro, hombro con hombro, en un porfiado avance, hasta que de pronto, volviéndose de espaldas, se quedó tendida, yerta, sobre las olas. Yo la imité y entablamos un vivo diálogo, en el que ella empleó más

las risas que las palabras... Teníamos los ojos cerrados porque el sol nos enloquecía, y nuestros cuerpos, cediendo al oleaje, se rozaron algunas veces, singularmente las manos que parecían buscarse... Súbitamente, en un impulso ciego, me zambullí y crucé por debajo de ella para reaparecer por el otro lado.

—¿Resistes mucho bajo el agua? —me preguntó.

—Más que tú.

Como si obedeciéramos a una fuerza instintiva, nos hundimos los dos simultáneamente, y nos besamos sin rebozo, con la libertad y efusión de los hijos del mar, que no saben de la hipocresía de los hombres...

Vimos venir a la alemana, lenta y pesada como un *paquebot* y tornamos a la cómoda posición de antes. La tudesca hizo igual y durante algunos minutos estuvimos los tres recuperando fuerzas, enfocados constantemente por los gemelos de don Alonso, cuyos cristales relucían en la playa.

—Tu padre nos vigila —la dije.

—¡No se fía de ti! —repuso.

—¿Habría notado?...

—¡Yo creo que sí! ¡Ja, ja, ja!...

Al regreso echamos por delante a la alemana, y fuimos dándola escolta hasta mitad de la travesía, sin que se me ocurriese siquiera repetir el arriesgado juego de las inmersiones. De pronto volvió María Leticia a ponerse de espaldas sobre las olas, y le pregunté:

—¿Sientes fatiga?

—No. Deja que la alemana se adelante.

«Por primera vez me ha dicho hoy de tú, por primera vez me ha dado un beso, como si el pudor fuera cosa de la tierra —me quedé pensando— y ahora quiere que se adelante la alemana»...

De deducción en deducción llegué a la certidumbre de lo que todo aquello significaba y olvidado de los gemelos de don Alonso me zambullí a bastante profundidad... ¡Orlada de espumas, como una ninfa de los mares que refulgiera en una nube de zafiros, apareció rauda y nos abrazamos!...

—¡Qué amarga es! —manifestó al ponerse a flote.

—¿Bebiste mucha?

—¡Casi me ahogas!

—¿Y tu padre?... ¿Qué pensará tu padre?...

—¡Ja, ja, ja!...

—¡Trágame tierra!...

—¡Ja, ja, ja!...

La inolvidable serie de baños duró solamente cinco días, porque el tiempo se descompuso y hubo que suspenderla. La última vez que fuimos a la playa me pareció advertir en don Alonso indicios de complicidad, y le pregunté a la hija:

—¿Ha notado algo tu padre?...

—¡Ya cayó del burro!

—¿Y qué le dijiste?...

—Le confesé todo. Me remordía la conciencia.

—¿Qué cara puso?...

—¡Casi me pega!

—Pero ¿es que también le contaste?...

—¿Iba a negárselo?... Yo siempre le digo la verdad y sabía por otra parte que le proporcionaba una satisfacción.

—¿Cómo? ¿Una satisfacción si le dijiste?...

—Él da siempre a las cosas el valor que tienen. Su enojo fue por habérselo ocultado.

—¿Y qué dijo de mí?...

—¡Furioso!

—¡Qué imprudencia la tuya! ¡Qué insensatez!

—¡Ja, ja, ja!... ¡Prepárate porque a él le gustan las situaciones despejadas!...

—Y a mí también. Convéncete que debemos casarnos enseguida, antes del viaje...

—No pienses en eso. Ya te he dicho que esta situación es la más agradable de la vida y debemos prolongarla. Además yo necesito saber si no te aburres de mí; si verdaderamente estás enamorado. ¡Soy exclusivista!

—¡Por Dios, María Leticia!

—Tengo que luchar con mi padre y contigo; pero no me venceréis.

—¿Te hizo indicaciones?...

—Si no le disuado telegrafía a Buenos Aires pidiendo mi documentación. Es más: no sé si la habrá pedido... ¡Tomó los besos por contrato de esponsales!...

—¡Qué situación!... ¡Buen conflicto me espera!...

—Quizá hoy mismo te hable porque me manifestó que si no le decías nada abordaría él la cuestión... ¡Ja, ja, ja!... ¡Qué cara pones!...

Al atardecer me encontró don Alonso —cuya presencia había eludido como un chicuelo que teme una amonestación— en el instante en que depositaba unas cartas en la portería del hotel. Me saludó, con la amabilidad de siempre, y me propuso que diéramos un paseo en tanto que María Leticia terminase una partida de *tennis* que estaba jugando.

Salimos, sin rumbo fijo, discurriendo de cosas indiferentes, y al llegar a la casa del pastor protestante se sentó en un banco, y con gran naturalidad me manifestó:

—¿De modo, amigo Brito, que va usted a intervenir en las dos últimas jornadas de mi vida?... ¡Quién lo iba a pensar cuando le contaba mi historia y le refería secretos acerca de María Leticia!... ¡El albur, el eterno albur, tanto en las cosas de aquí (de este mundo) como en las del otro!... ¿Quiere usted que hablemos sinceramente, sin gatzmoñerías, como dos hombres que se estiman y están ligados por el Destino?...

—Con mucho gusto; estoy a sus órdenes...

—Pues bien: ya sabe usted quién soy y cuál es mi preocupación, mi única preocupación...; lógicamente no le será difícil deducir lo que pienso y lo que quiero...: porque parto de la base de que usted está enamorado de mi hija y de que se le alcanzan las consecuencias de su conducta... ¿No es así?...

—Desde luego; ambos supuestos son exactos.

—Entonces contésteme, tenga la bondad de contestarme a esta pregunta: ¿De quién partió la iniciativa?; ¿de ella o de usted?...

—No lo sé, don Alonso. Me es imposible precisarlo.

—Yo tengo la misma duda (después de tantos años) acerca de la iniciación de mis amores con Virginia y Elfrida... En uno y otro caso sólo supe que estaba en ascuas, ardiendo; pero no puedo asegurar quién lanzó la primera chispa... ¡Claro es que sin materia combustible no hay fuego; pero también es verdad que ni siquiera la estopa arde por sí sola!... ¿Me permite usted una confianza?...

—No se preocupe de mí; diga lo que piense.

—Gracias. Conocidos el carácter de usted, su caballerosidad, el afecto que profesa a Jorgito, y la indiferencia que hasta hace muy poco observó ante mi hija, he deducido que fue ella quien puso los primeros jalones... De no ser así lo hubiera yo sabido inmediatamente, como supe siempre todo en casos semejantes... Las mujeres guardan únicamente dos secretos: el de un amor ideal no correspondido, y el de la primera caída mientras que el mundo no la

pregona... Por eso su reserva: no pudo decirme en los primeros tiempos que estaba enamorada de usted, porque el pudor se lo impedía, y después calló hasta tener la seguridad de que era correspondida... Y siendo así todos (los tres) estamos de enhorabuena... ¿Comprende usted por qué?...

—Lo supongo.

—Yo creo que los amores felices y perdurables suelen ser precisamente aquellos en que la mujer es quien inicia, si lo hace (como en este caso) obedeciendo a su corazón. Conforme a cualquier concepto que usted profese del Amor, tendrá que admitir que el hombre, en virtud de la agresividad de que está dotado, y del ambiente social en que vivimos, va de acá para allá en permanente acometida, y que en ese trajín se estraga, pierde sensibilidad...: diríasele un cazador sin fijeza, sobreexcitado, que concluye por hacer fuego sobre todo lo que se mueve ante sus ojos... ¿Manifiesto algo que usted no conozca?...

—Ciertamente que no.

—Pues eso no le pasa a las mujeres. Ellas conservan los instintos de selección, los anhelos espirituales, como se los dio la Naturaleza: puros, despiertos, y cuando hallan en un hombre la satisfacción integral de todo lo que necesitan, no se equivocan... Aquél es el objeto que (conforme a cada organismo) demanda la especie para su selección y su perpetuidad... ¿No está usted conforme?...

—Me parece que generaliza usted demasiado; yo he conocido mujeres que sólo se amaban a sí mismas, y otras que...

—¡Despacio! Eso es tan verdad como que existe el andrógino; pero yo me estoy refiriendo a la mujer de corazón, a la que se da y necesita darse, a la que ha nacido para el amor y la maternidad.

—Siendo así; conformes.

—Bien. Mi hija es una de esas mujeres, y ha encontrado en usted cuanto le piden su temperamento (que funda-

mentalmente es el mío) y las ideas que la madre y el padrino le metieron en la cabeza... Si (como supongo) desea el éxito, o lo que es igual casarse con ella, es indispensable que no pierda, ni desvirtúe, el concepto que de usted se ha formado...

Hizo una pausa, para encender un tabaco, quizá en lucha consigo mismo, sin saber cómo continuar, y después manifestó:

—¡Temperamento!... ¡Si usted conoce mi historia y sabe (porque acabo de decírselo) que el de ella es fundamentalmente el mío!, ¿a qué voy a indicarle lo que tiene que hacer para avivar su pasión?... ¡Siga usted por donde dio comienzo!...

«¿En qué va este hombre a parar? ¿Qué se propone?», estaba yo pensando, metido en un mar de confusiones, y tales debieron ser mis muestras de extrañeza, que mirándome atentamente manifestó:

—¡Estoy seguro: si ella fue la chispa usted ha sido el viento...! ¡No es cosa fácil engañarme a mí!... Un golpe de audacia... algo con todos los caracteres de la pasión tuvo que ser... ¡No ve usted que yo conozco a mi hija como a los dedos de la mano!... Aunque yo sea el padre y usted el pretendiente, ¿vamos por eso a dejar de ser hombres?... ¿No perseguimos una misma finalidad?...

—Sí, señor.

—Pues entonces no será mucho que le haya dicho que continúe por donde empezó, ¡y sepa usted que si yo he respetado y respeto la espontaneidad de los sentimientos de mi hija, una vez conocidos arrollaré cuantos obstáculos se presenten para llegar al fin!... Eso del viaje a Europa, de los aplazamientos indeterminados, de las fantasías, de los celos, desaparecerán como una pluma cuando los dos nos lo propongamos... Hemos de llegar al mismo punto por distintos caminos... Si de verdad la quiere haga usted crecer el fuego y ella pondrá lo demás; ¡bien advertido,

claro es, de que yo estoy aquí!...; ¡de que para todo hay límites!...

—¡Ciertas indicaciones me ofenden! —manifesté energicamente.

—No fue ésa, ni podía ser mi intención, sino hablar como deben hacerlo los hombres... Considéreme obseso, ofuscado, por la idea (que ya conoce) más terrible para mí que todos los martirios, y si en algo me excedí o le lastimé, discúlpeme como viejo y como padre... Lo esencial es saber si estamos o no entendidos...

—Y con el mismo propósito.

—Entonces sólo me queda por decirle que yo vencí a Elfrida con la pasión (comunicándosela) y que a esta chica debe usted, además, pintarle una existencia tranquila, honesta, consagrada al amor, con poco dinero (porque yo le he dicho que no tenemos fortuna y la de usted no da para dispendios).

—Ya lo hice.

—¡Muy bien!... ¡Venga esa mano, amigo Brito, y a la jugada, atento a la jugada, seguro de vencer si no olvida mis indicaciones!... ¿Es aquélla María Leticia?...

—Viene buscándonos.

—Aparentemos indiferencia, como si hablásemos de otro asunto... Está muy desconfiada...

—Quizá nos suponga conjurados.

—Vamos a su encuentro.

Así terminó aquella entrevista, que quizá se tuviera por inverosímil, de haberla forjado la fantasía de un novelador...

Yo estaba seguro de que la bondad y sencillez de mi madre se captarían la estimación de don Alonso y de su hija; pero no creí que alcanzaran un éxito tan rápido y definitivo. Fue llegar y vencer.

Mi propósito al decidirla a pasar unos días en el *Taoro* era que se conocieran, que trabasen amistad, para después enterarla de mis amores con María Leticia.

Sus relaciones en todo el Valle originaron una serie de visitas de lo más linajudo y saliente de aquella sociedad, y mis amigos fueron presentados como personas de nuestra confianza, con gran complacencia de don Alonso, que se hacía lenguas de la cortesía y afabilidad de todas aquellas familias, algunas entroncadas con los conquistadores de Tenerife.

Dejé transcurrir algunos días, sin hacerla la menor indicación, para que se fuera dando cuenta de que estaba enamorado de María Leticia, y una noche, cuando íbamos a acostarnos, me dijo:

—Hablabas en tus cartas de que Jorge pretendía a María Leticia, pero ahora no le veo por aquí. ¿Qué ha pasado?...

—¡Fue al principio!... ¡Ya eso terminó!... Y por cierto es necesario que tú intervengas para disipar las sombras que existen entre los dos.

—¿Entre quiénes?...

—Entre él y yo.

—¿Qué me dices?... ¿Jorgito y tú?...

—¡La fatalidad!... ¡Cosas inevitables!... ¿No te has dado cuenta?...

—¡Qué se ocultará a una madre!... ¿Por qué no me lo habías dicho?...

—Quería que la conocieras, que antes formaras tu opinión... ¿Qué te parece?

—Desde el primer día te di mi impresión.

—¡Que es bellísima!... ¡Que es admirable!... Eso se refiere al físico; ¿pero y lo demás?...

—¿Es que tú piensas?...

—Si tú no te opones. Ha llegado el momento que tanto anhelas...

—Hijo mío: ¿con una mujer desconocida: que ha venido así; que no sabemos ni quién es?...

—¡Un ángel, madre! ¡Yo lo sé como si la hubiera visto nacer!

—¿No te engañará tu corazón?...

—¡No, madre: por primera vez me ha dicho lo que es el amor!

—Hijo mío, yo...

—Sólo he impuesto dos condiciones: que tú aceptes y que vivamos aquí, en la isla, mientras Dios te quiera tener en nuestra compañía.

Ahogada en lágrimas no pudo hablar, y nos besamos íntimamente conmovidos, en tanto que ella repetía el nombre de mi padre.

En los días sucesivos las relaciones entre los cuatro se hicieron familiares, y don Alonso y María Leticia vivieron para ella, sinceramente prendados de sus inestimables condiciones, que no cesaban de ponderar.

Jorge y yo nos reconciliamos noblemente —a presencia de nuestras respectivas madres— y cuando la mía regresó a Santa Cruz un ambiente de efusiva cordialidad reinaba entre todos...

XIII

La proyectada ascensión al Teide había sufrido, por diversas causas, distintos aplazamientos, y así que se fue mi madre decidimos realizarla.

María Leticia y yo nunca creímos prudente que don Alonso subiera al Pico, y tratamos de disuadirle, difiriendo una vez más aquella excursión, pero no hubo modo de convencerlo. Alegaba que era una ilusión de toda su vida, un sueño de devoto de su país, semejante a los de los creyentes que van a Lourdes o a otro santuario cualquiera a satisfacer necesidades del espíritu. Vencidos ambos, se dio comienzo a la organización, y Jorge y el gerente del *Taoro*, ocuparon toda la semana en prevenir y ultimar hasta los menores detalles. Querían que tanto el viaje como la permanencia en Alta Vista fueran lo menos incómodos posible. Yo me limité a ordenar que llevaran bastante leña, dolorosamente aleccionado por anteriores excursiones.

Debíamos partir a las seis de la mañana y a eso de las cinco me fui al baño contiguo al 76. Estaba ocupado por el naturalista, y me trasladé a otro de la galería más próxima, a la sazón en que llegaba a él María Leticia para entrar en el departamento de señoras. Gratamente sorprendidos nos saludamos con el alborozo de dos alondras a la indecisa luz de la alborada...

—¿Por qué vienes aquí? —me dijo.

—Porque el naturalista se me anticipó y está en mi baño.

—¡Qué casualidad! ¡Llegamos juntos!

—¡Comienza bien el día!

—¡Para terminar más allá de las nubes, cerca del sol!

Entramos cada cual en su departamento, que están separados por un débil tabique de ladrillos, y yo, poseído de una atávica e invencible curiosidad, me quedé buscando estúpidamente un orificio, una rendija...

Momentos después el tabique se estremeció y la oí meterse en el baño...

—¡Qué fría! —gritó—. ¡Está como el hielo!

—¡Dichosa tú! —exclamé—. ¡Yo estoy quemándome! ¡Si es un baño turco!

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué niño eres!

—¡Me abraso! ¡Puedes creerlo!

El golpe de la ducha sonó en aquel instante, y no sé por qué peregrina asociación de ideas, se me vino a la memoria el recuerdo de Heine, cuando ya moribundo hizo que le llevaran por última vez a contemplar a la Venus de Milo... y volví a buscar en el tabique la manera de satisfacer mi curiosidad de artista...

—¿No estás todavía? —dijo al salir—. ¡Anda que nos esperan!

—¡Ahora mismo; ya me estoy secando!

Me vestí rápidamente, y un cuarto de hora más tarde nos reunimos en el comedor para tomar el desayuno, al que añadimos sendas cucharadas de kola, por indicación de don Alonso.

Las dificultades de alojamiento nos hicieron limitar el número de expedicionarios a la alemana, el naturalista, Jorge y nosotros tres. Todos fuimos puntuales.

María Leticia llevaba un severo traje de amazona, y su maravilloso busto sin corsé, me pareció más perfecto que nunca cuando la subí a la mula. El pobre animal destinado a la tudesca se hizo como una hoz, al recibir el peso de aquella mole, que despertaba la codicia de los arrieros... Partimos...

La mañana era opaca. Un fantástico collar de nubes rastrantes limitaba el horizonte del mar en todo el espacio de la vista; las más altas cumbres del valle, dibujadas ambiguamente en la niebla, lucían ya los primeros reflejos del sol que emergía solemne; el recomenzar de los afanes campesinos se anunciaba en penachos de humo que subían lentos, y el tañido presuroso de la campana menor de una iglesia distante, parecía decir que el cura no aguardaba más tiempo a sus feligreses...

La primera parte de la ascensión ofrece los mismos panoramas que el viaje al Aguamansa, por más que en mi espíritu se reflejasen de muy distinto modo. ¡De María Leticia a miss Maison!... ¡De aquel día en que ahogara pesares y celos en las seducciones de la carne, de los sentidos, a este otro en que todo el poder de la Vida, en su doble palpitación me elevó de la Tierra a Dios!...

Ya el sol inundaba todo el Valle cuando llegamos al caserío de Palo Blanco. Las bestias se detuvieron para apagar la sed en la corriente de un regato, y los arrieros, invitados por Jorge, tomaron pan y queso en una venta próxima, donde una joven garrida y vivaracha, les escanció vino, bromeando con todos muy complaciente.

Y de nuevo a subir. El camino era cada vez más áspero y tortuoso, lo que nos obligaba a marchar lentamente, de uno en uno, arreando las bestias, que cubiertas de sudor estiraban los cuellos y se sacudían las moscas. Rompía marcha Jorge y detrás iban la alemana, don Alonso y el naturalista. Nosotros nos quedamos un poco rezagados, junto a las mulas que conducían la impedimenta, discutiendo acerca de lo que era la vida para las gentes que

habitaban las miserables casucas y pajales que hallábamos al paso. Eran la última manifestación de la sociedad humana, y María Leticia, después de inquirir varios pormenores, lo hallaba todo bien siempre que yo estuviera en su compañía, alejado del mundo, pensando sólo en ella. Recordé entonces los consejos de don Alonso, y tuve frases de exaltación para las existencias humildes y sencillas, consagradas al amor en el seno de la Naturaleza...

Después, soledad, silencio, reverberación, ¡arriba, siempre arriba!, bajo un sol de agosto, sin otros síntomas de vida que alguna cabra montaraz que corría huraña entre los brezales o tal cual pájaro plumizo que volaba presto.

Al mediar el día divisamos la fuente del Almagre, donde debíamos comer. Ya estábamos más altos que las nubes, que en aquel momento se extendían sobre todo el Valle como un gran dosel de espumas, y María Leticia mostró su admiración.

—¡Parece un mar —decía— en el que se hubieran hundido todas las poblaciones y lugares por donde hemos pasado! ¡Me da un poco de miedo!... ¡Qué sensación!...

—¡Es admirable!

—¿A qué altura estamos?

—A más de dos mil metros.

—Sólo esto merece la pena de hacer la excursión. ¡Dichosas las aves que vienen hasta aquí siempre que quieren a gozar de estas emociones!

—¡Y a olvidar que existen hombres y alimañas en el mundo!

—¡Verdad!

—¿No te sientes como aliviada de peso; como si te hubieran salido alas?...

—Sí; pero mi mayor impresión es contemplar el cielo en toda su pureza, con las nubes debajo, sin nada que lo empañe... ¡Qué luz, qué diafanidad, qué ambiente!...

—Esto debe ser para ti una enseñanza... Date cuenta que las nubes sólo llegan hasta cierta altura, y que después están los espacios azules, inmaculados, libres del dolor de las sombras...

—¿Por qué me dices eso?...

—¿No lo adivinas?... ¡Por tu carácter, por tus celos, por tus desconfianzas!...

—Desgraciadamente vivimos entre nubes.

—La realidad te advierte que subiendo más desaparecerán los celajes...

—¿Y cómo lo hago?... ¿Cómo me elevo?...

—Queriéndome más: llegando a la pasión... ¿No ves cómo para mí ya todo es luz, transparencia, diafanidad?...

Le dije esto en el instante en que le tendía los brazos para que descendiera de la cabalgadura, y sin contestarme se dejó venir sobre mi pecho, ¡más rendida de amor que de cansancio!...

A la sombra de un grupo de brezos improvisamos una mesa para los dos, y allí comimos deliciosamente com-penetrados, oyendo a veces discurrir al naturalista que explicaba a don Alonso fenómenos de vulcanismo. Jorge y la alemana, puestos a la turca sobre una alfombra de hojas, se desquitaban bulliciosamente de las penalidades de la ascensión, bromeando con arrieros y espoliques, sin dejar de engullir de cuanto les ponían delante...

Terminamos. De pronto el naturalista se puso de pie en actitud de perro cazador, y emprendió veloz carrera a campo traviesa, con tal celeridad, que hubo de caerse de bruces sobre un montón de zarzas. Sonó una carcajada general.

—¿Qué le ocurre, míster Balvi? —le preguntó don Alonso.

—Nada. ¡Helo aquí! —respondió, con aire de triunfo, mostrándonos no sé qué insecto, peregrino habitante de

las faldas del Teide, que después de examinar atentamente con la lupa, guardó imperturbable en una cajita de latón.

Y otra vez a subir, ¡arriba, siempre arriba! bajo un sol canicular que incendiaba la sangre. Ya entrábamos en la región de los codesos. El paisaje es cada vez más grandioso y desolado.

—¡Ya se despejó! —dijo mi arriero—. Vuélvase ahora, que se ve el Valle.

Hicimos girar los mulos y en efecto no quedaba una nube. Un vientecillo suave las había disipado súbitamente, como si se hubiera corrido un telón, y todo el Valle con sus poblaciones y caseríos, el mar y la isla de La Palma, se ofrecieron a nuestra contemplación. El espectáculo es de los que no vuelven a borrarse de los maravillados ojos.

—Tu patria es muy hermosa —manifestó María Leticia— y si es verdad que las almas tienen siempre algo de la tierra en que han nacido, es incuestionable que en la de mi padre hay algo de todo esto: ¡montañas como la que subimos, y valles como el que admiramos, constituyen el fondo de su carácter!...

—¡Entonces tú serás igual, uniforme, inmensa, como la pampa argentina!...

—No sé cómo soy; pero es indudable que sentía la nostalgia de estos panoramas y te he encontrado a ti... Todavía no he descubierto más que lo que corresponde a los valles, a las tierras de las flores... ¿Ocultarán también algún volcán?...

—¡En ignición!... ¡No te quepa duda!...

Las nubes volvieron a tender su manto de blondas. Estaba entonces desgarrado, y permitía contemplar trozos de la tierra y del océano, iluminados por una clara luz, como grandes lunares en la noche de las sombras.

La presencia del guía, que vino a despertarnos de nuestro sueño de quimeras, nos puso en marcha y subimos hasta el Roque del Peral. Ya estábamos en el perímetro de Las Cañadas, donde el propio poeta florentino, el visionario de las ingentes y terribles cosas, se sentiría anonadado; en el enorme cráter, lugar de desolación y muerte, hecho por las fuerzas cósmicas para abismar las almas; en el horrible paraje en que se ve que es un delirio todo propósito de escalar los cielos.

Las nubes se detuvieron, como si participaran de las emociones que a todos nos embargaban, y María Leticia exclamó:

—¡Esto es demasiado para una hija de las pampas!... ¡Me siento muy pequeña!...

—¡Yo también! —la dije—. Se pierde uno en la magnitud de las cosas...

—¡Tengo mucho miedo! ¡No te separes de mí!

—Acércate.

—¡Por primera vez he pensado qué sería yo en el mundo si perdiera a mi padre y no te tuviese a ti! ¡Qué aterradora soledad!

Me puse junto a ella. Éramos los últimos de la caravana y ordené a nuestros arrieros que buscasen algunas violetas, para quedarnos completamente solos.

—¡Aquí todo es santo!... ¡Dame un beso! —la dije así que aquéllos se marcharon.

¡Obediente y apasionada se inclinó hacia mí, y nuestras bocas, un poco secas por la emoción y el aire de las cumbres, se fundieron como los hemistiquios de un verso en que se alabara a Dios ante el prodigio de sus obras!...

—¿Violetas aquí? —dijo al ver que volvían los arrieros.

—Las famosas violetas del Teide. ¿No sabías de su existencia?

—No. ¡Qué lindas son!

—Al cabo de los siglos este páramo comienza a cubrirse de retamas y violetas, lo que confirma que la Vida triunfa de todo.

—¿Llegan arriba?...

—Más allá sólo encontraremos lavas, escorias, cenizas, esperando que les llegue el don de la fecundidad...

Ebrios de sol y de ilusiones reanudamos la marcha, ¡arriba, siempre arriba!, por un senda imprecisa en el piso crujiente de la piedra pómez... Las Cañadas forman un enorme círculo de dos mil metros de diámetro, de donde emerge el cono del Teide, el Pilón de Azúcar, última faz del Titán, que lucía entonces majestuoso, dominador, en el arco azul de un cielo transparente...

Ganamos Montaña Blanca y nos quedaba lo más penoso de la excursión: ¡Lomo Tieso! El guía, los espoliques y los mulos estaban extenuados, vencidos, y hubo que darles descanso antes de emprender aquella terrible cuesta por una vereda de diablos.

—¡Épico, épico! —decía la alemana, roja como un tomate en plena madurez, con el sombrero en la mano, despechugada y enseñando unas pantorrillas estupefacientes...

¡Y épico es en verdad trepar por allí confiando únicamente en los designios de la Providencia!...

Al fin llegamos a Alta Vista. ¡Doce horas en mulo y el sol metido en la cabeza! No tuvimos alientos ni para celebrar que por aquel día había finalizado la excursión. María Leticia tenía síntomas del mal de las alturas y me apresuré a darle café y una poción de kola para reanimarla.

—Ocúpate de mi padre —expresó—. ¡Esto ha sido una temeridad! ¿Cómo le encuentras?...

—Bien. ¡Es de acero! Concluyo de preguntarle cómo había hecho el viaje, y me contestó que lo más penoso para él ha sido la ciencia del naturalista... ¡Le ha vuelto loco!

—¿Y la alemana?

—Ya ha salido para la cueva del hielo.

—¿Sola?

—Con Jorge.

El refugio de Alta Vista es una casuca miserable, con tres habitaciones sin comunicación interior, en el que existen algunos camastros provistos de colchonetas. María Leticia se horrorizó cuando supo que tenía que dormir allí, junto a la alemana, sin calefacción y careciendo hasta de lo más indispensable.

—¡Espantoso, espantoso!... —decía.

—Hemos traído sábanas, colchas y cuanto fue posible —le manifesté—. Verás cómo después que arreglen las camas encontrarás esto un poco más comfortable.

—¿Y ustedes duermen en la habitación próxima? —me preguntó.

—Ellos sí; yo me quedaré al aire libre, junto a una hoguera y al soco de una de las paredes de la casa. No puedo resistir el aire confinado.

—Te vas a helar.

—Resisto bien el frío y envuelto en el capote y las mantas pasaré la noche apurando café. Para eso he traído dos termos.

—¿A qué altura estamos?

—A tres mil doscientos metros.

—¿Y qué nos queda para mañana?

—Subir al cono, al último cráter, que está a quinientos metros más de altitud.

—¿A qué hora salimos?

—A las cinco de la mañana.

—¿Y qué se ve?

—Lo más grandioso que puedes imaginarte. No quiero decirte nada para que sea más pura la impresión que recibas. ¡Ya verás, ya verás!...

—Es inexplicable que no hayan construido aquí una casa con algunas comodidades. ¡Qué abandono!

—Somos así, ¡y perdemos el tiempo miserablemente hablando de turismo, de la industria del turismo!

Nos trasladamos a la habitación contigua. Estaban allí todos los compañeros de excursión, prestándole ayuda al guía y a un camarero del hotel que preparaban la mesa donde debíamos cenar. La escasa luz de unas bujías puestas en faroles de mano, y el resplandor de dos braseros, daban a las personas y las cosas una expresión fantástica. María Leticia se puso también seguidamente a la faena y yo aproveché la oportunidad para preguntarle a don Alonso por el estado de su salud.

—Respiro mejor que cuando llegué —me dijo—. Vámonos fuera.

La noche se precipitaba sin crepúsculo, porque traspuesto el sol, la sombra del vértice del Teide caía sobre nosotros a manera de un manto de tinieblas; las ingentes moles iban desapareciendo en las sombras, y el cielo, apenas iluminado por luces del Poniente, parecía aguardar nostálgico la salida de la Luna.

—Estos grandes espectáculos —manifestó don Alonso así que salimos— sólo pueden compararse a los que se producen en el fondo de la conciencia. ¡Ninguna otra cosa se les parece!... Dios puso el alma de cuanto existe en el mundo geológico: mares, continentes, abismos, volcanes... ¡de todo, sujeto a leyes ignoradas!...

—Por lo visto está usted todavía bajo la influencia de las impresiones que ha recibido durante la excursión.

—Desde que llegué a Las Cañadas se han apoderado de mi espíritu estas apocalípticas visiones, determinando no sé qué clase de presentimientos... ¿Quiere usted creer

que hace unos instantes sentí inopinadamente tales angustias que si me hubiera sido posible me voy en un vuelo al hotel?...

—A todos se nos imponen un poco estas desnudas y colosales formas.

—Lo comprendo. Debe ser además que mi corazón no envía a los centros nerviosos toda la sangre que necesitan... ¡Viejo y cardíaco, imagínese usted!...

—¿Se arrepiente de haber venido?...

—No; eso no, todo lo contrario. En definitiva vivir es experimentar emociones, y éstas que he recibido hoy son de las pocas que me quedaban...; por otra parte he adquirido la convicción de que usted avanza, de que eso va viento en popa...

—Sigo sus consejos.

—Acaba de decirme (quizá para animarme al verme fatigado) que por primera vez había comprendido en estas soledades que yo tengo razón.

—Fue sincera; antes me lo había manifestado a mí.

—Pues esa confesión es el comienzo de su derrota, y la prueba de que ya piensa en que si le faltase mi compañía, la única que puede sustituirla es la de usted... ¡Qué consuelo, qué tranquilidad me produce esa noticia! En conclusión, a mí, como ya le he indicado, no me quedan más que dos cosas por hacer: una que ella esté bien, y otra morirme persuadido de que no hago falta... Lo demás, ¿qué es para mí, si he vivido de sobra?...

—¿Me quiere usted hacer el favor de no insistir en ese tema?

—Perfectamente. Ése es asunto que ni se adelanta ni se detiene con disquisiciones. Vamos a lo otro, y no olvide usted nada de lo que tenemos convenido.

Quando regresamos a la habitación en que estaban nuestros compañeros ya la sopa humeaba en la mesa, y todos nos pusimos a cenar oyendo discutir a Jorge y la alemana,

que debatían humorísticamente acerca de si el naturalista estaba o no en lo cierto acerca de la edad del Planeta.

Salvo ella y Jorge todos fuimos frugales, porque la fatiga y el propósito de acostarnos seguidamente, nos impidieron hacer los honores a gran parte de las viandas que nos sirvieron.

María Leticia estuvo pendiente de su padre —que apenas probó bocado— y como obsesionada por la idea de una posible erupción volcánica.

—No voy a dormir —me dijo—. Siento una inquietud, una picazón en todo el cuerpo que me desespera.

—Es el enrarecimiento de la atmósfera —le manifesté—. Procura no pensar en cosas trágicas y verás cómo duermes.

—¿A qué hora sale la luna?

—Muy avanzada la noche. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque me dijo el guía que así que salga debemos partir. ¿Cuánto se tarda en llegar arriba?

—Una hora aproximadamente.

—Es demasiado para mi padre.

—Iremos poco a poco, haciendo descansos.

—Si pudiéramos disuadirle. ¿Por qué no le convences?

—Lo intentaré, pero dudo del éxito. ¡Tú le conoces!

Tan pronto como terminó la cena nos despedimos para irnos cada uno a su puesto. Al salir al descampado una racha de aire frío me estremeció. La hoguera ardía alegremente, y Felipe, mi arriero, la vigilaba fumando su gran pipa. Después de ponerme mi capote, colocamos una de las colchonetas en el suelo, y me abrigué con todas las mantas de que disponía. La leña estaba próxima y me era fácil alimentar la hoguera sin auxilio de nadie. Por eso le ordené a Felipe que fuese a descansar con sus camaradas, y tal era el cansancio que al poco tiempo me

quedé dormido, pensando en cómo disuadiría a don Alonso de su propósito de subir al cráter.

Sólo dormí tres horas porque el relincho de un mulo me despertó bruscamente. Puse combustible a la hoguera, y persuadido de que ya no volvería a conciliar el sueño, apuré el café que me quedaba en uno de los termos. Encendía un cigarrillo, cuando oí una voz:

—¿Estás ahí?... —preguntó.

—¿Tú?... —contesté—; ¿pero eres tú?...

—¡Me asfixiaba! ¡No podía estar allí un momento más! ¿Tú no duermes tampoco?...

—¡Qué sorpresa! ¡Pensaba en ti!...

A la luz de la hoguera sus facciones eran de oro, sutilizadas, de una perfección irreal, y su pecho, batido por la emoción, parecía el de una deidad que se acercara a la pira de los sacrificios... ¡Qué imprudencia!...

Tiritaba de frío y nos pusimos casi sobre las llamas. Segundo por segundo, el fuego interior fue aumentando hasta tomar las proporciones de un incendio, y ni ella ni yo supimos más... ¿Sugestionados?... ¿Inconscientes?...

.....

La salida de la luna nos trajo la inquietante y pálida visión de las cosas que nos circundaban. Del abismo de las tinieblas fueron surgiendo las cumbres, los picachos, las hondonadas, el cono del Teide y el Cielo, de una indecisa y melancólica claridad, donde sus ojos, anegados en llanto, buscaban una explicación que nadie podía darla...

XIV

Don Alonso había pasado mal la noche. Exacerbada su dolencia del corazón, tuvo frecuentes ahogos y no logró dormir. Jorge le daba no sé qué pócima, en el momento en que yo llegué, y el naturalista abrió la ventana de par en par.

—¿Qué ha sido eso? —le dije—. ¿Cómo está usted?

No pudo contestar porque la sofocación se lo impedía, y me hizo una seña indicando que aguardara un poco.

Jorge habló entonces:

—Es la falta de presión atmosférica. Debemos emprender el regreso desistiendo de subir al cráter.

—¡Indudable! —manifesté—. Nos pondremos en marcha así que salga el sol.

—La poción que le hemos dado ahora le aliviará notablemente —expresó el naturalista.

—No se alarmen —logró él decir—. Esto pasará. Otras veces me he visto peor.

Estaba sentado en el camastro, en una posición que me pareció incómoda, y le sostuve con la mano izquierda mientras con la otra le tomé el pulso.

—¡A pleno galope! —expresó—. ¿Y María Leticia?... ¿Sabe usted cómo pasó la noche?...

—Como todos: medianamente. En este momento se debe estar lavando.

—Le ruego a usted que la entretenga hasta que me encuentre más aliviado... No le diga nada, no la intranquilice, porque repito que esto pasará.

—¡Claro que sí! Dentro de un momento seré con ella.

—Váyase entonces desde ahora y no regrese hasta que yo le avise.

Lo calcé con todas las almohadas que pude reunir, y cogí la puerta ansioso de verme al aire libre, para pensar serenamente lo que debíamos hacer, porque no obstante sus manifestaciones, yo no creía posible que el alivio de don Alonso fuera tan rápido y completo que le permitiera regresar a lomos de un mulo. Improvisar una camilla, un palanquín, que condujeran cuatro hombres, era la solución que consideraba más conveniente. Busqué al guía, y le dije lo que pensaba, solicitando su opinión acerca de aquel mi propósito.

—Sí, señor; puede ser —me contestó—. Otras veces hemos bajado así a personas que se inutilizaron. Lo peor será llegar hasta Las Cañadas, pero en la mina de piedra de pómez tenemos brazos para lo que haga falta.

—¿Trabajan allí?...

—Sacando piedra.

—Pues vete planeando todo por si fuere menester. Pronto te avisaré.

La puerta de la habitación de María Leticia proyectaba un rectángulo de luz sobre las rocas, y me acerqué para ver si ya había terminado sus abluciones. Charlaba con la tudesca y batí palmas anunciándome:

—¡Adentro! —dijo ésta—. ¿Trae usted algo caliente?...

Al reconocerme añadió:

—¿Esta puntualidad es española?...

—¡Esos señores no concluyen sus *toilettes*! —repuse—. Vengo de formular una protesta.

—¿Y mi padre? —preguntó María Leticia.

—¡Una noche de perros, como todos! —contesté.

—Yo dormí perfectamente —habló la alemana.

—¿Lograste disuadirle?... —volvió ella a interrogar.

—Sí.

—¡Qué bien!

Para ganar tiempo les pregunté si querían que les sirvieran allí el desayuno.

—¡Colosal! —gritó la alemana.

Me fui a la cocina y dispuse que les llevaran de cuanto tuviesen preparado. Entretanto llegó Jorge, pidiendo una taza de café, y al tropezar conmigo, exclamó:

—¡Qué noche! ¡Tengo el frío metido en los huesos!

—¿Cómo está ahora don Alonso?

—Ya le pasó... ¡Es formidable! ¡Tiene siete vidas como los gatos!... Vete allá y dile al pobre naturalista que venga a tomarse una taza de café.

—¿Y a don Alonso no le damos algo?...

—No quiere tomar nada. Insiste tú por si acaso.

Al verme entrar movió de un lado a otro la cabeza, y dijo:

—Viene usted antes de que le avisen... ¡No se asuste!... ¡Aquí me tiene otra vez a bordo del *Cabo Blanco*!... ¿No se lo dije?...

—Es que Jorge me indicó que viniera a sustituir a míster Balvi, mientras se tome una taza de café.

—Es verdad. Perdona usted, míster Balvi. Desayúnese con calma que yo tengo que hablar con José Antonio.

Después de indicarme dónde quedaban las drogas, por si había que utilizarlas, salió el naturalista con su gesto de imperturbable tranquilidad. Don Alonso manifestó:

—Como usted comprenderá yo no puedo subir a la Caldera. Tengo que renunciar a esa ilusión. Me convienen unas horas de reposo para después emprender el regreso.

—¡Ni pensarlo, don Alonso!; es una subida muy penosa. Todos desistimos.

—No lo consiento. Se queda únicamente míster Balvi (que ya me lo ofreció) y ustedes suben como estaba proyectado. Tengo especial interés en que María Leticia complete la excursión. ¿Ya habló usted con ella?...

—Hace un instante. Me atuve a sus indicaciones. Lo único que le añadí es que había logrado que usted desistiera de subir.

—Perfectamente. Anúnciele que me he quedado en la cama, porque tengo frío, y dígame que venga.

Así lo hice. Poco después el padre y la hija se abrazaban cariñosamente.

—Estás un poco nerviosa. ¿Te ocurre algo?... —le preguntó él.

—Nada... La mala noche. Y tú, ¿cómo te encuentras? —repuso ella.

—Ligeramente fatigado por la misma causa. José Antonio me ha convencido y no les acompañaré a la Caldera. Míster Balvi se quedará conmigo porque no tiene interés en presenciar una vez más ese espectáculo.

—Yo también me quedo —manifestó María Leticia.

—¡De ningún modo! Si insistes en esa actitud ahora mismo me levanto y todos partiremos juntos.

—¡Eso no! Haré lo que dispongas.

—Pues andando; que el guía acaba de decirme que ya no tienen tiempo que perder.

Nos despedimos. María Leticia no se dio cuenta del verdadero estado de don Alonso, pero su semblante reflejaba una gran preocupación, y seguía con frecuencia mirando al cielo, donde ya la luna iba alta sin una sola nube en todo su camino.

Jorge y la alemana partieron delante. El guía y yo nos pusimos a cada lado de María Leticia y emprendimos la ascensión. Aunque la senda lucía clara, a la luz de la luna, llevábamos faroles, y el resplandor que éstos producían daba un aspecto fantástico a las rocas volcánicas por que íbamos pasando. De vez en vez nos deteníamos, para descansar o encender un cigarrillo, y entonces animábamos a María Leticia que iba silenciosa.

Una de las veces manifestó el guía:

—¡La señorita es muy valiente! No son todas las que hacen esto. Únicamente las extranjeras suben hasta aquí.

—Pero ya me rindo —contestó ella.

—¿Sientes mareos? —le pregunté.

—Me ahoga el olor del azufre.

—Es que llegamos a las fumarolas. Ya queda poco. ¿Quieres sentarte?

—Bien. Tomaré alientos.

Pusimos una manta sobre las rocas y allí se sentó.

—Voy entre tanto —dijo el guía— a asomarme ahí más adelante, no sea que el señorito Jorge se haya extraviado. Pronto divisaré los faroles.

Aquella determinación me pareció un acto providencial. Cuanto estuvimos solos nos besamos con la boca y con el alma. Ella inclinada sobre mí, desvanecida, y yo arrojado a sus pies como si la adorase.

—¡Para siempre juntos! —la dije—. ¡Ya ningún poder nos separará!...

Una lágrima rodó.

—¿Qué tienes, María Leticia? ¿Estás llorando?...

—¡Me anonada la idea de perderte!... ¿Qué piensas de mí?...

—¡Que eres tan santa como lo fue tu madre o como lo es la mía!... ¡No pienses más en lo inevitable!...

—¡Te busqué sin pensar!... ¡Qué insensatez!...

—¡Y dos llamas fueron una!... Considera, además, que no hay altar como el Teide, ni sacerdotes como los astros...: lo otro vendrá pronto, enseguida, así que lleguemos al Valle.

Regresó el guía y reanudamos la marcha hasta subir a la Caldera. Todo en aquel momento tenía un color argentado, blanquecino, de ensueño, porque diríase que la Luna, al anuncio del Sol, derrochaba sus últimos tesoros para hundirse en el Mar. La columna de vapores que salía del cráter, se elevaba hasta perderse en el Cielo, donde agonizaban algunas estrellas titilando afanosas. Reflejos fosforescentes, producto de las combustiones del azufre, alucinaban los ojos como gemas perdidas entre las escorias del Volcán, y un ruido de cadenas, que se arrastraran muy hondas, ponía algo de pavor y misterio en el ánimo.

En uno de los bordes de la Caldera, yertos de frío, esperamos la salida del Sol. La cara de María Leticia fue tomando la expresión de una efigie hecha en marfil, atormentada de hondas inquietudes, y tuve que decirla:

—Tranquilízate. Mira al frente: por allí ha de venir el Día. ¿Notas ya algo?...

—Un augurio, un resplandor...

A través de una neblina virginal lucía el primer reflejo de la aurora, un efluvio de luz, el inicio de los milagros de la forma y el color. Era una blancura láctea, de constelaciones, que se abriera camino entre el Cielo y el Mar, hendiéndolos para separarlos...

Tal era la emoción que nos dominaba que guardamos silencio, para gozar mejor, devotamente, aquellas sensaciones que llegaron hasta el fondo de nuestro ser.

De pronto la superficie del océano pareció estremecerse, agitarse, como en un dolor de alumbramiento, y el ápice solar, magnífico y radiante, hizo su aparición en la raya del horizonte. Después ocurrió algo que sólo allí se puede ver: la bola ígnea subió con tal celeridad, que mientras los ojos no se ayezaron a la luz quedamos deslumbrados, aturdidos, ante el brillo y el desmesuramiento de sus contornos. La púrpura y la sangre corrieron en todas direcciones, como si provinieran de una corriente líquida que resbalara sobre el ópalo de las ondas, y el Cielo se hizo un esmalte, dorado y refulgente, en el amatista de las nubes más próximas...

Como tocada de Dios, ella cayó de rodillas, musitando cosas que no pude entender.

—¡Levántate —la dije poniéndome de pie— y mira allá, que ya luce una de las islas!

Era la de Gran Canaria. Bajo las nubes parecía de cuarzo, en el cerco de espumas que formaban los bajíos. Luego emergió, de una hondonada negra y terrible, La Gomera, que parecía estaba a nuestros pies, y más tarde el Hierro, una peña no más en el claro-oscuro del amanecer.

—¡El cono, el cono! —gritó Jorge, vuelto hacia el Poniente.

La sombra del Teide se proyectaba mar adentro, atravesando la isla de La Palma, cuyo perfil parecía el de un animal fabuloso amodorrado sobre las ondas. Un ansia infinita de sol, un frenesí de vida, dijérase que se había apoderado de todo en aquella dirección, y que el viento y las olas, entonaban acordes, un himno a la nueva luz del nuevo día... Toda la magnitud del Pico quedó patente a nuestros ojos y pude apreciar por qué las águilas tienen un tercer párpado. ¡Desvanecido, a tal altitud, la isla entera

sólo me pareció el basamento inexcusable del coloso que marca el cruce de las gloriosas rutas con su índice de fuego!...

No nos fue posible descubrir Lanzarote y Fuerteventura, por más que a las veces creyéramos divisarlas en la fantasmagoría de una sombra, o en el embrujamiento de una nube.

María Leticia me sacó de mi éxtasis:

—Debemos regresar —manifestó—. Me inquieta la salud de mi padre.

—Vamos —le contesté—. ¿Comprendes ahora que nuestras nupcias se celebraron ante Dios, y que ningún magnate ha tenido en sus bodas una fiesta como la que acabas de presenciar?...

—¡Comprendo que soy tuya, sólo tuya, y que todo propósito humano es como hoja en el viento!...

Descendimos.

Antes de llegar a la casa se me acercó un arriero para decirme cautelosamente:

—Don Alonso está grave. Hace un momento casi se nos va.

María Leticia comprendió que algo anormal ocurría, y en un impulso frenético se puso en la puerta de la habitación donde estaba su padre.

La luz de la ventana caía sobre el camastro, y la faz terrosa de don Alonso, las turbias pupilas y el pecho jadeante, se nos ofrecieron bruscamente en toda su terrible realidad. Uno de los arrieros le tenía asido por los brazos, y el naturalista le abanaba con un periódico.

María Leticia, con gran dominio de sí, se llegó hasta él sin hacer aspavientos y le besó en la frente.

—¿Tomaste la digitalina? —le preguntó.

—No la traje —repuso el naturalista.

—¡La tengo yo en el maletín! —exclamó ella desapareciendo rápidamente en busca de la medicina.

Don Alonso me miró entonces fijamente, como si quisiera llegar a los más profundos silos de mi conciencia, a pesar de que los párpados se le cerraban, y dijo:

—Cuando ella vuelva hablaremos los tres.

Tan pronto como la hija le dio la cucharada, todos los presentes salieron, y él pudo decir con grandes dificultades:

—Por si la hora ha llegado os pido una sola cosa para mi tranquilidad...

—¡Desde anoche le pertenezco! —interrumpió María Leticia—. ¡Puedes vivir tranquilo, padre adorado!...

—¡Es cosa hecha, don Alonso!... —manifesté.

Pugné entonces desesperadamente por hablar. Los dos, abrazados a él, guardamos silencio presas de una congoja indefinible... Aquellos momentos fueron una eternidad...

Y el aneurisma le mató...

F I N

Benito Pérez Armas nació en Yaiza, Lanzarote, el 30 de marzo de 1871, pero desarrolló su vida política y literaria en Tenerife; murió en Santa Cruz el 25 de enero de 1937. Su obra narrativa ofrece dos etapas diferenciables. En la primera brilla un patrón amasikista que asume explícitamente la ascendencia precolonial como línea clave del diseño del yo colectivo del pueblo canario; ese mismo patrón, modulado hacia el maguismo folklórico, pero siempre atento a la supervivencia demográfica y cultural de nuestros abuelos amasikes, reaparece en la novela corta *De padres a hijos* (1901). La segunda época culmina en 1925, año en que aparecen el cuento o biografía novelada *Las lágrimas de Cumella*, y las novelas *Rosalba* y *La vida, juego de naipes*. Estos títulos, sobre todo el último, permiten ver la novela de Benito Pérez Armas como el pico del realismo en la tierra o *tamurt* o Tamaska del Teide.

Pablo Quintana (Lanzarote, 1948), tras una varia experiencia viajera y una filología cosmopolita, investiga, desde hace quince años, la Literatura Canaria oral y escrita, y la literatura africana, en los márgenes libres de su profesión universitaria. Con Cándido Hernández, mantiene nuestra primera (y casi única) editorial nacionalista: Benchomo. En la BOC, iniciada en abril de 1981 (V cumpleaños del I Congreso de Poesía), como una acumulable biblioteca nacional de Canarias, ha editado, entre otras novelas que parecían inexistentes, la escandalosa y linda *República ba-*

nanera, de Alonso Quesada. En *El árbol de la nación canaria* (1985), firmado por Africo Amasik, recuerda que los magos son los hijos de Magec. En *La Literatura africana hoy* (1985) y con la *ROA* quiere comunicar el más contemporáneo cuadrante africanista a todo el horizonte hispanófono. Entre los asesores de esta BBC era el único con una clara cultura nacionalista y africanista: si no fue convidado por eso (sino por sus conocimientos empíricos), sí fue por eso por lo que se decidió a participar.



Biblioteca Básica Canaria

1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología poética*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Canarias*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABRÉU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de la Corte de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas literarias*.
12. Nicolás ESTÉVANEZ: *Fragmentos de mis memorias*.
13. Benito PÉREZ GALDÓS: *La Fontana de Oro*.
14. Luis y Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos*.
15. Benito PÉREZ ARMAS: *La vida, juego de naipes*.
16. Ángel GUERRA: *La lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Obra narrativa*.
19. Domingo RIVERO: *Poesías*.
20. *Antología de la poesía de finales del siglo XIX*: María Rosa Alonso.

21. Manuel VERDUGO: *Estelas y otros poemas*.
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules*.
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa)*.
24. Saulo TORÓN: *El caracol encantado y otros poemas*.
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas y otros poemas*.
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre*.
27. Emeterio GUTIÉRREZ ALBELO: *Campanario, Romanticismo y Enigma del invitado*.
28. Fernando GONZÁLEZ: *Antología poética*.
29. Agustín ESPINOSA: *Crimen y otros textos*.
30. Josefina DE LA TORRE: *Poemas de la isla*.
31. Domingo LÓPEZ TORRES: *Obra selecta*.
32. Pedro GARCÍA CABRERA: *Transparencias fugadas, Dársena con despertadores y Entre cuatro paredes*.
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología poética*.
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o herramienta*.
35. Agustín MILLARES SALL: *La palabra o la vida*.
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía*.
37. Manuel PADORNO: *El nómada sale*.
38. Arturo MACCANTI: *El eco de un eco de un eco del resplandor*.
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío*.
40. Justo JORGE PADRÓN: *Antología poética 1971-1988*.
41. Lázaro SANTANA: *Bajo el signo de la hoguera*.
42. Eugenio PADORNO: *Teoría de una experiencia*.
43. Juan JIMÉNEZ: *Itinerario en contra*.
44. Isaac DE VEGA: *Conjuro en Ijuana*.
45. Rafael AROZARENA: *Caravane*.

46. Alfonso GARCÍA RAMOS: *Guad.*
47. Juan Manuel GARCÍA RAMOS: *Malaquita.*
48. J. J. ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal.*
49. Luis LEÓN BARRETO: *Las espiritistas de Telde.*
50. Juan CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos.*
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe.*
52. Nivaria TEJERA: *El barranco.*
53. Víctor RAMÍREZ: *Cada cual arrastra su sombra.*

Se acabó de imprimir
el día 27 de diciembre de 1990,
en los talleres de
MARIAR, S. A.,
de Madrid.

En su primera época, es evidente un amasikismo que asume la ascendencia precolonial para un diseño del yo colectivo de nuestro pueblo. En su segunda época, sobre todo en *La vida, juego de naipes*, la novela de Pérez Armas puede verse como la cumbre realista del occidente canario.



Biblioteca Básica Canaria



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

socadem